COMBATE
ESPIRITUAL,

Escrito en Idioma Italiano

POR EL V. P. DON LORENZO Escupoli, de el Orden de los Padres Clerigos Reglares de San Cayetano.

Traducido del Original Italiano en todas Lenguas, Flamenca, Alemana, Latina, Francesa, y Portuguesa.

Y ahora nuevamente de la Lengua Portuguesa en la Castellana, por un humilde Monge profeso de la Real Cartuja de Santa Maria del Paular.

Añadido en esta Impresion el modo de consolar, y ayudar à bien morir à los Emfermos.

PARTE SEGUNDA.

Madrid: En la Imprenta, y Librería de Joseph Doblado. Año de 1771. donde se hallarà.

APROBACION DEL *Rmo. P. M. Fr. Andrés Ferrer de Valdecebro, del Orden de Predicadores, Calificador de la Suprema, y Cronista de su Religion.*

POR orden, y comision del Señor Vicario de esta Coronada Villa de Madrid, he visto esta segunda Parte del Combate Espiritual, que con tanto acierto, y lógro escribiò uno de los grandes Sugetos de la Religion de S. Cayetano, y traduxo otro de los mayores Sugetos de la Religion de la Cartuja. Afectaron ocultar su nombre los que dieron á la estampa el primer tomo de este Combate; porque asi parece haberlo dado á entender el Traductor, pero sin ninguna razon;

porque ſe debe dár lo que es del Ceſar al Ceſar.

No aprecia el vulgo de los Eſcritores las traduciones; porque ſe hacen à fuer de ſer obras de ingenio, ſin conſiderable trabajo à ſu juicio, neciamente engañado. Empeño, y empleo ha ſido de los mayores hombres de Europa, y no lo ſon muchos en nueſtra Eſpaña, porque quieren ſer mas necios por sì, que ſabios por otros. Sintió el gran Poeta Petronio la ingente dificultad de el traducir, pues decia, que habia de eſtàr dotado de Poesía.

Det primus verſibus annos.

De Philoſophia;

Mœniumque vivat, felice pectore fontem.

De Oratoria Latina, y Griega:

Mox, & Socratico plenus grege mutet habenas.

Liber, & ingentis quatiat Demoſtenis arma.

De

De eſtas, y mas altas Filoſofias eſtaba dotado el Padre Don Bruno de Solís y Valenzuela, pues traducia el manejo de las virtudes, que con verdad pura, humildad profunda, y ardiente caridad obraba. Eſcribió mucho en breves Tratados, que no hace el volumen la grandeza de los Eſcritos. No es lo miſmo eſcribir muchos libros, que eſcribir mucho en libros, que eſto lo hacen pocos, aquello muchos.

Ha llegado á tan míſera ruína nueſtra Eſpaña, que no eſcriben los que ſaben, ſino los que quieren; porque pienſan que ſaben, y nunca ſabe mucho el que pienſa que ſabe.

Venero con reverencia el eſpiritu fuerte, y vivo del Autor; pero con aſombro el de quien le traduce, porque aquellas voces, que no alcanzan á entender facilmente los que no curſan el exercicio ſanto de la oracion mental, las dá à entender con tan grande claridad, que de-

dexa igualmente ſoſegado, y devoto el animo de quien le lee. El retirarſe de dàr à la eſtampa ſus obras (que algunas han celebrado los mayores ſugetos de eſta Corte, hoy muy dignas de que regiſtren el comun beneficio de la luz de la eſtampa (para comun beneficio, y luz de los hombres) y traducir las agenas, dicen ſu fervor, y zelo ſanto, pues huía la vanidad propia, para ſocorrer el aprovechamiento ageno.

Dale nueva vida el Traductor al Tratado á la vida que le dió ſu Autor. *Ille dedit vitam, tu quam dedit ille tueris.*

Y todo para mayor aprovechamiento de las almas. Que eſto ſolo ſe habia de eſcribir, y ſe habia de enſeñar, porque las calamidades que padecemos, ſolo con eſto pueden conſeguir ſer menos. El Señor nos dé luz, y conocimiento, por quien es, y no ſe hallará poca, y poco en eſte Tratado, ſi ſe lee con

aten-

atencion, y eſpera. Eſto ſiento, ſalvo, &c. Y que no tiene coſa alguna contra nueſtra Santa Fé, y buenas coſtumbres. En eſte Convento de la Paſion, y Hoſpederia á 3. de Septiembre de 1678.

Fray Andrès Ferrer de Valdecebro.

PRO-

PROLOGO
AL LECTOR

Esta Segunda Parte del Combate Espiritual, que escrivió el grande Siervo de Dios Don Lorenzo Escupoli, de la Religion pe los Cayetanos, se compone, piadoso Lector, de quatro Tratados, que son: *Adiciones al Combate: De la paz interior: De los dolores mentales de Christo: Del modo de consolar á los enfermos, y ayudar á bien morir.*

El que traduxo la Primera Parte fue el V. P. D. Bruno de Solís y Valenzuela, Monje Cartujo de el Paular de Segovia: él mismo traduxo esta Segunda Parte, con mas ardiente espiritu, fervor, y empeño que aquella primera, que tanto lucimiento, y aplauso ha tenido en toda nuestra España porque (aunque no tuviera tanta

apro-

aprobacion de Varones tan famosos, y sobre todos la mayor de la luz del espiritu, y devocion de nuestro siglo, San Francisco de Sales) el mismo Tratado se la trae consigo, tanto mas ventajosa, quanto de ser de espiritu, y fervor, que resalta sobre los corazones de quantos le leen.

Esta Segunda Parte parece que se aventaja á la Primera, porque hace mas tratable, y mas facil quanto en ella se escribió. Estoy persuadido, que ha de correr con tanta facilidad como felicidad, esta Segunda, como ha corrido la Primera: porque es tan dulce manjar, y tan suave pasto de el alma, que desea, y busca la perfeccion, que para llegar á coronarse en su cumbre, no necesita, ni de mas comida, ni de mas fortaleza. Fuera de que el sabor que dexa la Primera Parte, solicitaba con apetencia gustosa esta Segunda. Una, y otra se ha traducido, para ma-

yor

yor aprovechamiento de los que con ansia espiritual buscan las virtudes, y para conseguirlas, y con ellas el gran don de la perseverancia. Estos combates son el modo mas eficáz, y oportuno. Plegue al Señor encuentren todos con el aprovechamiento, que quien le escribió, y quien le ha traducido, y que desea quien le dá para comun beneficio á la estampa.

Vos hodie contra inimicos vestros pugnam committitis, non permitescat cor vestrum, nolite metuere, nolite cedere, nec formidetis eos. Quia Dominus Deus vester in medio vestri est, & pro vobis contra adversarios dimicabit, ut eruat vos de periculo. Deuteron. 20.

COMBATE ESPIRITUAL.

TRATADO I.

Que contiene las Adiciones al Combate Eſpiritual.

CAPITULO I.

Qué coſa ſea la perfeccion Chriſtiana.

PAra que no te fatigues en vano (ó anima devota) en los exercicios eſpirituales, como ha ſucedido á muchos, y para que no camines ſin ſaber á donde, has de entender primero muy bien, que coſa ſea la perfeccion Chriſtiana.

Eſta no es otra coſa, que una

cumplida obſervancia, y guarda de los preceptos de Dios, y de ſu Ley, á fin ſolo de obedecerle, y agradarle, ſin apartarſe, ni à la dieſtra, ni á la ſinieſtra parte, ſino ſiguiendo ſiempre la regla derecha, (*& hoc eſt omnis homo*) y eſto es el sér del hombre.

De modo, que el fin de toda la vida del Chriſtiano, que quiſiere ſerlo perfectamente, ha de ſer engendrar, criar, y alimentar en sí todos los dias un habito, con el qual deſauciandoſe de que no ha de hacer en coſa ninguna ſu propia voluntad, todo lo que hiciére lo haga ſolo como movido de la voluntad de Dios, y ſolo á fin de agradarle, obedecerle, y honrarle.

CAPITULO II.

Como conviene combatir para alcanzar la perfeccion Chriſtiana.

EN pocas palabras ſe te ha dicho lo mucho que pretendes; pe-

ro reducirlo à practica, y ponerlo en execucion: *Hoc opus, hic labor est.* Esta es la dificultad, esto lo acerbo, y duro de el trabajo. Porque estando arraygada en nuestros malos habitos, viciados desde el pecado de nuestro primer Padre Adan, una ley, que totalmente es contraria á la de Dios, conviene que combatamos, y pelecmos contra nosotros mismos, contra el mundo, y el demonio, autor, movedor, é inventor de todas nuestras guerras.

CAPITULO III.

De tres cosas, que le son necesarias al nuevo Soldado de Christo.

PUblicada yá la guerra, ha menester para ella el nuevo Soldado de Christo tres cosas, que le son muy esenciales. Ha menester un animo grande, y resuelto de pelear, y jamás bolver atrás de lo comenzado. Ha menester armas, y ha menester

manejarlas, y saber usar de ellas.

La famosa resolucion de pelear la ha de tomar, grangear, y sacar de la frequente consideracion que debe tener, de que esta vida es una continua guerra: *Militia est vita hominis super terram*: y en ella hay una ley muy cierta, y puesta en practica, que quien no pelea como debe, de cierto perece, y muere para siempre.

La grandeza del animo, y valor que se requiere conseguiràs, si desconfiando de ti misma, confias grandemente en Dios, teniendo por cosa cierta, que el peligro està cerca de ti, y dentro de ti misma.

Ni tienes para que imaginarte segura nunca, porque seràs asaltada, y acometida de los enemigos muchissimas veces; mas todas las que lo fueres desconfiada de tus propias fuerzas, y saber, acogete con confianza segura al poder, bondad, y sabiduria de Dios, que combatiendo, y pe-

peleando tu, ſu Divina Mageſtad te harà conſeguir victoria.

Las armas para eſta guerra ſon eſtas dos, Reſiſtencia, y Violencia.

CAPITULO IV.

De la Reſiſtencia, y Violencia, y de el modo de gobernarſe con ellas.

AUnque la Reſiſtencia, y Violencia ſon por sí miſmas armas peſadas, y penoſas, ſon todavia muy neceſarias para alcanzar la victoria, ſi las manejamos, y uſamos en la forma ſiguiente.

Quando te hallares combatida de tu corrompida voluntad, y de tus malos habitos, que te perſuaden, y tiran para que no hagas, ni cumplas la voluntad de Dios, has de reſiſtirle, diciendo: *Si, ſi, yo quiero hacer la voluntad de Dios.*

Con la miſma reſiſtencia te has de oponer, quando de eſta antigua, y corrompida voluntad, y malos

habitos fueres atraída, y persuadida à hacer algo contra la voluntad de Dios. Respondeles luego al punto: *No, no*, la voluntad de Dios quiero yò hacer, con su ayuda siempre. Y podràs decir à su Divina Magestad: Dios mio, socorredme presto, para que esta voluntad que por vuestra gracia tengo de hacer, no sea en ninguna manera, ni en ninguna ocasion ahogada, ó vencida de mi antigua, y corrompida voluntad; y en sintiendo flaqueza en tu voluntad, y mucha pena en resistir, has de hacer toda suerte de violencia, acordandote, que el Reyno del Cielo padece violencia, y que los que lo alcanzan son los esforzados, que la hacen à sì mismos, y à sus propias pasiones.

Y si la pena, y la violencia fuere tan grave, que te angustie el corazon, vete luego con el pensamiento al Huerto de Getsemanì, y acompaña à tu Señor Jesu-Christo en las congojas, y angustias que allí tiene,

y

y junta las tuyas con estas, y pidele, que en virtud de las suyas, te dé la victoria de ti misma; y de todo corazon podràs decir à su Padre Celestial: *Non sicut ego volo, sed sicut tu, fiat voluntas tua.* No se haga, Señor, lo que yo quiero, sino tu santa voluntad. Y procuraràs una, y otra vez llegar, y conformar tu voluntad con la de Dios, queriendo como él quiere que quieras.

Procurando luego, luego, sin dilacion alguna, hacer en qualquiera cosa que hicieres un acto de tanta fineza, y pureza de voluntad, rendida à la de Dios, como si en ese solo consistiera toda la perfeccion, y todo el agrado, y honra de Dios. Y de este modo podràs hacer el segundo acto, y el tercero, y el quarto, y otros muchos.

Y en acordandote, que has quebrantado algun precepto de Dios, duelete muy mucho de la transgresion, y toma mayor vigor, y fortaleza de animo para obedecer à Dios

en aquel mismo precepto, ó en otro qualquiera que te ofreciere la ocasion.

Y para que no dexes pasar ocasion alguna, por pequeña que sea, de obedecer à Dios, advierte, que si eres obediente à su Divina Magestad en las cosas minimas, te darà nueva gracia, para que con facilidad le obedezcas en las mayores. Demàs de esto, debes acostumbrarte, à que quando te viniere al pensamiento qualquier precepto Divino, lo primero adores à Dios, y luego le ruegues que te socorra, para que le obedezcas.

CAPITULO V.

Que conviene velar de continuo sobre nuestra voluntad para reconocer con qual de las pasiones se vá.

VEla sobre ti quanto mas puedas, para que espies, y reconozcas, con qual de tus pasiones se vá

và mas à menudo tu voluntad, y hallaràs, que de esa està hecha sierva, y esclava. Porque la voluntad de el hombre no està acostumbrada á estar sola, siempre se acompaña de alguna de sus pasiones, y de continuo ella ama, ó aborrece, ó desea, ó huye, ó està alegre, ó triste, ó espera, ó desespera, ó teme, ó es atrevida, y es iracunda: y asi en hallandola apasionada, no segun quiere Dios, sino segun la tira su amor propio, procura con todo cuidado apartarla de el amor de sí misma, y llegarla al amor de Dios, y que se acompañe, y conglutine con él, y con la observancia de los preceptos de su Santa Ley.

Y despues hacer, y procurar esto con todas las veras que te fueren posibles, no solo en las pasiones, que son de momento, y que inducen, y mueven á pecado mortal, y pueden ocasionarle, mas tambien en aquellas que pueden ocasionar los veniales: porque

aunque te parezca, que eſtos no manchan, ni ſalpican, ſino ligeramente, poco à poco te enferman, te deſganan, y deſvirtuan quando ſon voluntarios, y te ponen en peligro manifieſto de caer con mucha brevedad en los mortales, porque te vàn diſponiendo para ello.

CAPITULO VI.

Como quitando la primera paſion, que es el amor de las criaturas, y de noſotros miſmos, y dandole á Dios, todas las demás paſiones quedan corregidas, y ordenadas.

PAra que mas brevemente, y con mejor orden libres tu voluntad del cautiverio de las paſiones deſordenadas, has de darte toda de continuo à vencer, y ordenar la primer paſion de todas, que es el amor, porque ordenada eſta, que es como la cabeza de ellas, todas las demás la ſeguiràn como ſus miembros, porque

nacen de ella, y en ella tienen ſu raiz, y vida: como ſe vé claramente diſcurriendolo; porque lo que mas ſe deſea, es lo que mas ſe ama, y lo que mas ſe ama, es en lo que mas ſe deleyta el que ama; y lo que mas huye es lo que mas aborrece; y lo que mas le entriſtece, y ofende, es lo que impide la coſa amada, ni otra coſa le place, ni eſpera, ſino es eſta. Y eſta es la cauſa de entriſtecerſe, y de eſperar quando la dificultad de alcanzar lo que ama le parece inſuperable, y é invencible: ni teme, abomina, y aborrece coſa alguna mas que lo que eſto le impide, y puede ofender à la coſa que ama.

Y aſi el modo de vencer, y ordenar eſta paſion primera, es conſiderar, ſi en la coſa amada concurren las calidades, que merezcan aquel amor; y hallando, que tiene las de belleza, bondad, y utilidad que pretendes, buelve en ti, y dì: Y qué mayor belleza, y qué mayor bondad que la de Dios? Claro eſtá

que ninguna. Porque él solo es la unica fuente, y manantial de todos los bienes, y de toda la perfeccion.

Y si en lo que mas pretendes utilidad, y provecho: Qué cosa se puede imaginar, que llegue, ni iguale con millares de millares de leguas al que consigo trae el amor de Dios, porque amandole, se transforma el hombre en el mismo Dios, y deleytandose, y gozandose solo en él.

Y porque el corazon del hombre de derecho es de Dios, pues para eso lo crió, y por eso lo redimió, y por eso, haciendonos cada dia nuevos beneficios, amorosissimamente nos lo pide, diciendo: *Fili præbe mihi cor tuum.* Dame hijo tu corazon.

Perteneciendole, pues, á Dios el corazon, por tantas razones como luego diremos; y siendo él tan pequeño, te hallas obligado á ser zelosisima. Este tu zelo ha de ser, de que no ame tu corazon otra cosa sino es á Dios, y las cosas que so-

ſolo pertenecen á ſu Divina Mageſtad, y todo eſto con la moderacion, orden, y modo que Dios quiere.

Y eſte zelo ſe debe tener tambien (porque eſtas dos coſas ſon el fundamento de la fabrica de la perfeccion) con la paſion del odio, y aborrecimiento, porque no le debe tener el alma ſino ſolamente del pecado, y de lo que puede inducir á él.

CAPITULO VII.

Que conviene ſocorrer, y ayudar á la voluntad humana.

Y Porque nueſtra humana voluntad, eſtando apaſionada, es muy debil, y flaca para hacer la reſiſtencia, que le es neceſaria en el vencimiento de ſus paſiones, y para ordenarlas, y enderezarlas á Dios, y á ſu obediencia (como lo mueſtra la experiencia; pues aunque ella quiera, y proponga de

ajuſtarſe, y mortificarſe en todo, en llegando la ocaſion de hacerlo, ahogada de ſus paſiones ſe le deſvanecen los buenos propoſitos, y miſerablemente ſe rinde à ellas) conviene ſocorrerla, y aun darla, no ſolo en las ocaſiones de que tanto neceſita, ſino cada hora, y cada momento, para que aſi cobre fuerzas contra sí miſma, y ſe venza, y ſe libre, y ſe eſcape de la dura ſervidumbre de ſus paſiones, para que aſi pueda entregarſe toda á Dios, y al entero cumplimiento de ſu voluntad ſantiſima.

CAPITULO VIII.

Como venciendo el mundo, es ſocorrida la voluntad de el hombre en gran manera.

MOviendoſe comunmente nueſtras paſiones, y cobrando fuerzas de el mundo, y de ſus coſas, mientras él nos mueſtra ſus falſas grandezas, riquezas, deleytes, y entretenimientos: ſe ſigue de

de aqui, que venciendole, y despreciando estas sus cosas, viene la voluntad del hombre á respirar, y á verse muy otra, no pudiendo ella estar sin amar, y sin tener en que deleytarse.

El modo de vencer al mundo es, considerando profundamente qué sean en la verdad sus cosas, y quales sus promesas, su certeza, y duracion.

Y si no estamos ciegos con alguna de nuestras pasiones, considerando esto bien, sacarémos por conclusion verdadera la que sacó el sapientisimo Salomon, que hizo experiencia de todo lo que hay en él: *Vanitas vanitatum* (dice) *& omnia vanitas, & afflictio spiritus.* Vanidad de vanidades, y todo vanidad, y afliccion de espiritu.

Aquesta verdad prueba cada dia, porque deseando el corazon de el hombre hartarse, aunque alcance todo lo que desea, no por eso queda harto, y satisfecho, sino antes con mas hambre. Y sucedele esto,

no por otra coſa, ſino porque apacentandoſe de las coſas del mundo (aunque las tenga todas) viene à apacentarſe de ſombras, de ſueño, de vanidad, y de vientos; coſas todas que no le dàn nutrimento alguno.

Las promeſas del mundo ſon teſoros de duendes, que ſe buelven en carbon, ſon todas falſas, y llenas de engaños; promete uno, y dà otro; promete felicidad, y dá inquietud; promete, y no dá; y ſi cumple lo que promete, luego la quita, y ſi no lo quita luego, aflige de nuevo à los apaſionados con nuevos deſeos, ſin darles un momento de quietud. A los quales juſtamente ſe puede decir: *Filii hominum, uſquequo gravi corde? Ut quid diligitis vanitatem, & quæritis mendacium?* Hijos de los hombres haſta quando os ha de durar eſe corazon peſado, enlodado, y cargado de tierra? Para què amais la vanidad, y andais en buſca de la mentira?

Con

Concedamos un imposible (que lo es) que estos bienes del mundo, que son aparentes, fuesen verdaderos; qué dirèmos de la velocidad, y presteza con que la vida de el hombre, para gozarlos, se pasa? Qué son las grandezas, las riquezas, las felicidades, las opulencias, las sobervias, los dominios, los Imperios de los Reyes, Monarcas, y Emperadores? Viento. Qué se hicieron? Pasaron en un punto, y ni aun el sonido nos dexaron.

Si tu, pues, vences el mundo con la profunda consideracion de lo que es, de suerte tal, que le buelvas las espaldas, y le obligues á que él te las buelva á ti, y se puede decir de ti, que estàs crucificado al mundo, y que el mundo está crucificado en ti, pues te buelve las espaldas, socorrerás muy aprovechadamente la voluntad; porque no estando ella, ni el entendimiento apasionados de el mundo, ni de sus cosas, con faci-

li-

lidad le despegarás de las criaturas. Y en las propuestas que te hiciere, le podràs decir: Eres criatura? Quita allà tu apego, tu aficion, y tu amor, que yo voy buscando en la criatura solo à mi Criador, y en lo corporal solo lo espiritual. Ni otra cosa deseo, ni procuro amar, y obrar, sino es la virtud, y agrado de mi Dios.

CAPITULO IX.

De el segundo socorro con que se ha de ayudar la voluntad humana.

CONsiste este en echar fuera de ella al Principe de las tinieblas, como al que es el autor, y promovedor de todos los desordenados encendimientos de nuestras pasiones.

Si echamos fuera este enemigo, y le vencemos, en este vencimiento le tendremos tambien de nuestras concupiscencias, y deseos desordenados.

Y aſi, ſi quieres que el demonio huya de ti, reſiſte tu á tus paſiones, que eſta reſiſtencia es la que, como Santiago dice, le ahuyenta. Y debes advertir, que eſte enemigo no ſe canſa una, y otra vez, y millares de ellas buelve á aſaltarte, encendiendo la concupiſcencia de la carne, y las demás paſiones, para obligarte al rendimiento. No le cedas, ni te aflijas: reſiſtele valientemente; y ten por cierto, que Dios eſtá contigo, para que no ſe te haga ninguna afrenta. Reſiſtele, que te digo en verdad, que ſi perſeveras, le vencerás.

Y he dicho, ſi perſeveras, porque no baſta reſiſtirle una, y otra vez, tercera, quarta, y quinta, ſino millares de veces, y cada vez que él intente rendirte. Porque es coſtumbre de eſte aſtuto enemigo, tentar mañana con lo que hoy no ha podido vencer, y la ſemana ſiguiente, con lo que no ha ſalido victorioſo en la preſente, y à eſte

tono, con grande astucia, maña, y paciencia vá continuando sus acometimientos, variandolos de tiempo en tiempo, yá con furia, yá con destreza, hasta salir con su intento.

Por lo qual conviene estar siempre constante, y perseverante con las armas en la mano; ni hay que fiarse, y descuidarse, por muchas que hayan sido las victorias conseguidas; que la vida del hombre es una continua guerra, y la victoria de ella no consiste en hoy, ni en mañana, sino en el fin.

Y si tu en esto sientes pena, sabe, que mayor es la que el demonio siente, quando bien lo resistes; y asi para tu consuelo, y su afrenta le puedes decir: A penar vás demonio infernal; mas porque penas iniquamente, y yo peno pòr no ofender á mi Señor, y mi Dios, tus penas serán eternas, y las mias por la gracia de Dios, se mudarán en paz eterna.

CA-

CAPITULO X.

De la tentacion de la ſobervia eſpiritual.

EN el precedente capitulo te he advertido de las tentaciones con que el demonio ſuele acometer, valiendoſe de el mundo, de ſus riquezas, y deleytes, mas ahora he de tratar de la ſobervia eſpiritual, complacencia, y vanagloria de que ſe vale para derribarte, tanto mas peligroſa, y mas de temer, quanto es menos conocida, y enojoſa á Dios. O quantos generoſos Soldados, y quan gran Siervos de Dios, deſpues de las victorias inſignes de muchos años, han perecido en eſte eſcollo! Y por eſta ſobervia de hijos de Dios, que le eran por ſu gracia, por la ſobervia ſe han hecho hijos de Lucifer.

El eſcape de eſta tremenda culpa, y oculto lazo de Satanas, es temer ſiempre, y obrar las buenas

obras

obras con temor, y temblor, no sea que en ellos se engendre el gusano oculto del amor propio, y de la soberbia, que tan odiosa es á Dios; y por eso humillandote en ellas, debes procurar cada dia hacerlas mejores, y estar con rezelo, como si no se hubiese obrado bien. Y quando te parece (que no debes pensarlo) que has obrado alguna cosa bien, y con perfeccion, debes de todo corazon decirle á Dios: *Servi inutiles sumus*: Vuestro siervo soy sin provecho. Y sobre todo debes recurrir à menudo à Christo nuestro Salvador, y Maestro, pidiendole, que librandote de toda especie de sobervia, te enseñe, y ayude para ser humilde de corazon. Y asimismo debes recurrir muy à menudo á la humildisima Marìa, Madre de Dios, rogandola, que te alcance de su Santisimo Hijo la verdadera humildad, la qual es el fundamento de todas las virtudes, la que las cria, las acompaña,

y

y las aumenta; y así no la perdamos, ni nos aseguremos.

Y haviendo tratado largamente de esta materia de humildad en la primera Parte de este Combate, no tengo mas que decirte aqui, sino remitirte alli.

CAPITULO XI.

De el tercer socorro para la voluntad humana.

EL tercer socorro para la voluntad humana es la frequente oracion; y así en acercandose el enemigo, que te asalta, de contado, y sin dilacion alguna acude á Dios, por medio de la oracion, y dí: *Deus in adjutorium meum intende: Domine ad adjuvandum me festina*; Dios mio, socorredme, y ayudadme à toda priesa.

Y tu batalla, y combate sea acompañado de la oracion, con la resistencia en presencia de tu Dios, siempre vestido de la desconfianza

de

de ti misma, y de la confianza en su Divina Mageſtad. Que si con eſte aparato, y de eſte modo combates, ſegura tendrás ſiempre la victoria.

Qué coſas no ſobrepuja, y vence la oracion? Qué dificultades, y peligros no rinde, y avaſalla la reſiſtencia hecha con deſconfianza de ti miſma, y con confianza en Dios.

Y de qué pelea puede ſer uno vencido ſi guerrea, y combate en preſencia de ſu Dios, con animo de agradarle? Cierto de ninguna.

CAPITULO XII.

Del modo que ha de habituarſe el hombre para tener preſente à Dios todas las veces que quiera.

PAra que tú alcances el habito de tener á Dios preſente todas las veces que quieras, eſtudia en tener un continuo penſamiento de que Dios te mira, y conſidera, qua-

quales son tus obras, y quales tus pensamientos, porque à ellos está presente. Y qué son por ventura todas las criaturas suyas, que tu vés, sino otras tantas ventanas, por las quales nuestro buen Dios se asoma, te mira, te aguarda, y una, y otra vez te dice: *Petite, & accipietis. omnis enim qui petit accipit, & pulsanti aperietur*? Pedid, y recibireis, que al que pide, se le dá lo que pide, y al que llamáre à la puerta, yo le abriré.

Podràs, demàs de esto, hacer presente á Dios, meditandole en sus criaturas, en las quales, dexando lo corporal, te has de ir luego con el pensamiento à Dios, considerando, como su Divina Mag. es quien les dá el sér, la vida, el movimiento, la virtud, y las operaciones.

Quando combatiendo, ó haciendo alguna cosa, quisieres orar, representate á Dios, en qualquiera de estas dos maneras, ora pues, y pidele ayuda, y socorro.

Y ſabe, ó alma devota, que en el eſtar en la preſencia de Dios conſiſte el que tu ganes las victorias; y no ſolo eſto, ſino que hallarás teſoros infinitos. Y eſtando tu en preſencia de tu Dios, tu te guardaràs de muchos penſamientos, y palabras, y aun de obras, que no ſon decentes á ella, y à la vida de ſu Santiſimo Hijo Jeſu-Chriſto.

Y tén por cierto, que eſta preſencia de Dios te infundirà, y darà virtud, para que tu puedas eſtar como debes en ſu preſencia.

Que ſi de la preſencia, y vecindad del agente natural, que es de virtud limitada, y finita, ſe ſaca ſu qualidad, y virtud, qué ſe ſacará de la preſencia, y vecindad de Dios, que es de infinita virtud, y comunicable lo que no es decible?

Demàs del ſobredicho modo de orar: *Deus in adjutorium meum intende: Domine, ad adjuvandum me feſtina.* Ayudame, Señor, y date priſa á ſocorrerme: que ſe ha de

ha-

hacer, y decir cada dia, podrás orar con otro modo especial. Como deseando tu conocer, y executar la voluntad de tu Dios, la oracion que has de hacer, es una de las siguientes: *Benedictus es, Domine, doce me facere justificationes tuas: deduc me, Domine, in semitam mandatorum tuorum. Utinam dirigantur viæ meæ ad custodiendas justificationes tuas.* Bendito eres, Dios mio, enseñame á executar tus preceptos, guiame por la senda de tus Mandamientos. Ojalà que todos mis pasos se enderecen á guardar tus justificaciones!

Y para pedir à Dios quanto se le puede pedir, y quanto á su Divina Magestad agrada, y se complace que le pidan, puedes usar la Oracion del Pater noster, la qual decir con toda la atencion posible, y con todo el afecto de corazon, para que asi alcances lo que pides.

CAPITULO XIII.

De algunos avisos acerca de la Oracion.

LO primero, has de advertir, que la Oracion (no hablo aqui de la meditacion, que de esta diré mas abaxo) debe, no solo ser breve en el modo sobredicho, sino tambien continua, y llena de deseos, y de actual Fé de que Dios te ha de socorrer, y ayudar, si no á tu modo, y como tú quieres, con asaz mejor socorro, y en tiempo mas oportuno.

Lo segundo, que vaya siempre acompañada, ó actual, ó virtualmente, con algunas de las clausulas siguientes: Por tu bondad. Segun tus promesas. A tu honra. En nombre de tu amantisimo Hijo. En virtud de su Pasion. En nombre de Maria, Virgen, Hija, y Esposa, y Madre suya.

Lo tercero, que algunas veces

le juntes algunas jaculatorias, como: Concededme, Señor, tu amor, en nombre de tu amantiſsimo Hijo: Y quàndo ſerá, Señor mio? Quàndo gozaré de tal ventura?

Y aſi ſe puede hacer tambien en las peticiones de la oracion del Pater noſter, ó en todas, ó en parte, como: *Pater noſter qui es in Cœlis. Sanctificetur nomen tuum.* Padre nueſtro, que eſtás en los Cielos. Santificado ſea tu nombre. Mas quándo ſerá el dia, Padre nueſtro Celeſtial, que vueſtro nombre ſea conocido por toda la redondez del mundo, honrado, y glorificado, y enſalzado? Quándo, Dios mio? Quándo? Y á eſte modo en las demás peticiones.

Lo quarto, que pidiendo en la Oracion virtudes, y gracia, ſerá bien, á bueltas de ella, conſiderar ſu valor, y lo que conviene tenerlas. La grandeza de Dios, y ſu infinita bondad: los meritos de quien pide, que de eſta manera ſe pedirá con mucho afecto, y deſeo,

con mucha reverencia, y confianza, y con mucha humildad. Y finalmente, se ha de considerar el fin de lo que se pide, que sea para agradar á Dios, y para honra suya.

CAPITULO XIV.

De otro modo de tener Oracion.

SUelese orar perfectisimamente estando en presencia de Dios con el pensamiento, sin decirle cosa alguna, enviandole de quando en quando suspiros amorosos, y manifestandole un corazon deseoso de agradar á su Divina Magestad, y un breve, y encendido deseo de que te socorra, para que le ames puramente, le honres, y reverencies como es justo, y debido. O con un deseo de que te otorgue la gracia que le tienes pedida en la oracion precedente.

CAPITULO XV.

Del quarto ſocorro de la voluntad humana.

EL quarto ſocorro es el Amor Divino, el qual de tal manera ſocorre, y fortifica la voluntad humana, que no hay coſa, que con él no pueda, ni paſiones, ni tentaciones que no venza.

El modo de conſeguirlo es la oracion, pidiendoſelo á Dios en ella muy á menudo; y la meditacion, meditando aquellos puntos, que ſon á propoſito con la gracia de Dios, para encenderlo en el corazon humano. Estos ſon:

Quien es Dios. Quánto, y qual es ſu infinito poder. Qual ſu ſabiduria, bondad, y belleza. Qué ha hecho Dios por el hombre, y qué mas hiciera, ſi fuera neceſario. El animo con que lo ha hecho. Qué coſas no hace cada dia por el hombre; y qué coſas tiene que hacerle, y darle en la otra vida, ſi mientras vive en

esta es obediente á sus preceptos por agradarle, y con pureza de alma, y entendimiento servirle.

CAPITULO XVI.
De la meditacion del sér de Dios.

QUe cosa sea Dios, y qual su sér, no se puede declarar, sino es respondiendo á esta pregunta lo que el mismo Señor: *Ego sum qui sum.* Yo soy el que soy.

Es tal, y tan grande este predicado de Dios, que sin él no se puede dár criatura alguna, ni Principes, ni Reyes, ni Emperadores, ni los Angeles, ni todo el mundo junto, porque todas las cosas tienen su sér dependiente de Dios, y sin él se buelven á la nada.

De aqui se saca bien, quan vano es el hombre que ama las criaturas, no amandolas en su Criador, ni segun quiere su Señor.

Y digo vano, porque ama la vanidad: vano, porque piensa satis-

tisfacerse de aquellas cosas, que de sí no son, ni tienen sér; vano, porque se fatiga por tener aquellas cosas, que de suyo son caducas, y perecederas, y que no llenan su corazon, que solo Dios puede llenarle.

CAPITULO XVII.

En la meditacion del poder de Dios.

PAra rastrear algo del infinito poder de Dios, medita como no solo, si una potencia de el mundo, sino si todas las potencias de él se juntasen en uno, pretendiesen edificar, no un Reyno entero, ni una Ciudad, sino un solo Palacio, de quantas cosas tendrian necesidad, de quantos materiales, y aparatos, de quantos Maestros, y Oficiales, quanto tiempo tardarian; pues aunque mas quisiesen, y mas lo procurasen, no por eso habia de estár acabado quando ellos quisiesen. Mas Dios, con solo su poder, y querer, de nada en un

punto crió todo el universo mundo, y con la misma facilidad puede criar otros mil mundos, y destruirlos, y reducirlos á nada.

Este solo punto, si profundamente se medita, quanto mas se meditáre, no solo nos excitará nuevo estupor, y reverencial miedo, sino tambien nuevos incentivos de amar à un Dios, y Señor tan sumamente poderoso.

CAPITULO XVIII.

De la meditacion de la Sabiduria de Dios.

QUan alta, é inescrutable sea la sabiduria de Dios, no hay quien lo pueda decir, ni menos comprender. Pero para rastrear algo de ella, puedes bolver los ojos del entendimiento á los ornamentos de essos Cielos, à la baxeza de la tierra, à la harmonía de todo el Universo, que no estan manifestando cosa mas clara, que la incomprensible sabiduría de su Arquitecto Divino.

Buelve la mente ácia el vivir de los hombres en la tierra, tantos, y tan varios accidentes como en ella les ſuceden, que parece que no hay coſa mas deſordenada, y deſcompueſta; y ſabe, que delante de Dios no ſon ſino efectos de ſu ſabiduría infinita, é ineſcrutable.

Medita los Myſterios de la Redencion, y los hallaràs todos llenos de eſta altiſima ſabiduría; y di con frequencia lo que S. Pablo, abſorto en eſte inmenſo pielago: *O altitudo divitiarum ſapientiæ, & ſcientiæ Dei, quàm incomprenſibilia ſunt judicia ejus!* O alteza, y ſublimidad de inmenſas riquezas de la ſabiduría, y ciencia de Dios, quan incomprenſibles ſon ſus juicios!

CAPITULO XIX.

De la meditacion de la bondad de Dios.

LA bondad de Dios es (como todas las otras infinitas per-

fecciones ſuyas) incomprehenſible en sí miſma; mas por aquellas coſas en que por defuera ſe dilata, y eſtiende, es tambien tal, y tan grande, que no hay coſa en el mundo à que ſe pueda comparar.

La creacion es efecto de la bondad de Dios. La conſervacion, y gobierno es tambien efecto de eſta bondad. En nueſtra Redencion ſe moſtró tan ineſable eſta ſu bondad, que por nueſtro reſcate dió ſu propio Hijo, y ſe eſtiende à tanto, que tambien nos lo dà por comida, y ſuſtento quotidiano en el admirable Sacramento del Altar.

CAPITULO XX.

De la meditacion de la belleza de Dios.

DE la belleza de Dios, aqueſto ſolo debe ſatisfacer á todos, que es ſaber, que es tal, y tan grande, que contemplandoſe en ella el miſmo Dios abeterno, con

ſu capacidad infinita, es incomprehenſiblemente Bienaventurado.

O hombre! conoce la altiſima dignidad, à que eres llamado de Dios, que es para gozar de eſta ſu incomparable belleza. Haſta quando has de tener duro eſe corazon, como la tierra, ó como el bronce? Haſta quando te has de ir trás de la vanidad, y tràs de las ſombras? Llamate Dios al amor de ſu poder, ſabiduría, y bondad: llamate á que goces de ſu belleza, y de los incomparables bienes, que te tiene preparados en el Cielo, y tu te haces ſordo? Pienſa, pienſa en tus obras, pues te dá ahora tiempo para eſo: mira no llegue tarde el arrepentimiento.

CAPITULO XXI.

De lo que ha hecho Dios por el hombre, con qué animo, y que mas hiciera ſi fueſe neceſario.

PUedeſe vér, y colegir muy bien lo que Dios ha hecho

por

por el hombre, si se medita bien la Creacion, y Redencion.

El animo con que lo ha hecho, es de obrar su salud, y ha sobrepujado lo infinito.

Infinito ha sido el precio del rescate, mas el animo ha sido mas infinito, porque ha sido de padecer, y bolver à morir por el hombre, si fuese necesario. Y asi, si al rescate infinito eres, ó alma, tan deudora, que toda te debes á quien te rescató; en qué grado lo seràs al animo del que te rescató, sobrepujando este con tantos quilates á ese mismo rescate.

CAPITULO XXII.

Qué es lo que cada dia hace Dios por el hombre.

NO hay dia, hora, ni momento en que éste no esté recibiendo de Dios nuevos beneficios, porque le está conservando, y dando el sér.

Cada momento le sirve con sus cria-

criaturas, con ſu cielo, con el ayre, con ſu tierra, con el mar, y con quanto en ellos hay.

Cada dia le dà ſu gracia, llamandolo del mal al bien, guardandole para que no peque, y en pecando, le ayuda para que no peque mas: lo eſpera, lo llama à la penitencia; y bolviendoſe à él, luego le perdona. Cada dia le dà ſu Hijo Santiſimo, con todas las riquezas del Myſterio de la Cruz, y ſe la dá preſente en el Santiſimo Sacramento del Altar.

CAPITULO XXIII.

Quanta bondad mueſtra Dios aguardando, y tolerando al pecador.

PAra que conozcas quanta bondad mueſtra Dios en ſufrir al pecador, es neceſario que medites, y ponderes, que amando Dios la virtud indeciblemente, aborrece tambien al pecado infinitamente.

Qué

Qué bondad, pues, es (siendo esto así) la que Dios muestra, sufriendo al pecador, que delante de los ojos de su Divina Mag. y de su infinita pureza, comete tantas maldades, no una, dos, ó tres veces, sino mas, y mas?

Bien puede decirle el pecador: Señor mio, que quando yo pecaba, tu me decias al corazon: Entremos á cuentas, y veamos quien vence; tu en ofenderme, ó yo en perdonarte.

Cree, que este punto bien meditado, encenderà con la gracia de Dios el corazon del pecador, para que luego se convierta.

Y si no lo hace, debe temer los altos, é inescrutables juicios de Dios, el qual suele tomar la justa venganza de las culpas cometidas contra su Divina Magestad muy presto, y sin remedio alguno.

CAPITULO XXIV.

Qué hará Dios en la otra vida, no solo con quien bien le ha servido, sino con el pecador convertido?

SON tantos, y tales los bienes, y felicidades, que Dios tiene preparados para el hombre en su Reyno Celestial, que no se pueden imaginar clara, y cumplidamente, por mas que un alma los medite.

Porque quién llegará á percibir, y entender bien, qué cosa sea el asentarse el hombre à la mesa de Dios, y que en ella el mismo Dios le sirva, y le apaciente de su Bienaventuranza?

Quién llegará á imaginar debidamente, qué cosa es el entrar un alma bienaventurada en el gozo de su Señor?

Y quien comprenderá el amor, y la estimacion que muestra Dios á sus Ciudadanos, y Escogidos? De este dice Santo Thomás de Aquino

en

en el opusculo 63. *Deus omnipotens singulis Angelis, Sanctisque, Animaque in tantum se subjicit quasi sit servus emptitius singulorum.* Nuestro Omnipotente Dios, en tanto grado se sujeta à sus Angeles, y à las almas Santas, como si fuera siervo comprado de cada una de ellas; y aun mas, como si ellas fueran su Dios. No halló el Santo Doctor mayor concepto con que explicarse.

O Señor! O Señor! Quién considera profundamente vuestras obras para con las criaturas, que no repàre, y conozca estais como embriagado en su amor; pues teneis vuestra bienaventuranza en amarlas, en hacerles bien, y apacentarlas de vos mismo?

Dadnos, Señor, que de tal modo obre en nosotros esta consideracion, que te correspondamos, y amemos; y amandote, nos juntemos contigo mismo, por union amorosa.

O corazon humano! Donde cor-

corres? Trás que vàs? Trás la sombra? Trás el viento? Trás la nada? Dexando aquello, que es todas las cosas? La omnipotencia? La suma sabiduría? La belleza increada? El sumo bien? El pielago infinito de toda perfeccion? La inefable bondad? Quién te socorre? Quien no solo con los antiguos beneficios, sino con muchos nuevos, que cada dia te hace, te llama con voces fuertes. Esto es lo que dexas, por correr trás la vanidad, y trás la nada.

Sabes donde te se origina, y de donde nace un grave mal? Yo te lo diré. Porque no tienes oracion, no meditas; y asi estando sin luz, y sin calor, no es maravilla que no te muevas, sino es á las obras, que son propias de las tinieblas.

Entra, (y buelve en ti) ó hombre, ó alma, ó Religioso tibio; entra en la escuela de la meditacion, y oracion, que en esa tu hallarás probado, que el verdadero estudio del Christiano, y del Religio-

gioſo, es negar ſu propia voluntad, para que ſe haga la de Dios: aborrecerſe á sí miſmo, para que Dios le ame.

Advierte, que todos los eſtudios ſin aqueſte, (aunque ſean de todas las Ciencias) eſtán llenos de preſuncion, y de ſobervia; y que quanto mas alumbrado el entendimiento, ſin eſta luz, eſtá mas cercano con ſu voluntad á la ruina de ſu propia alma.

CAPITULO XXV.

Del quinto ſocorro para la voluntad humana.

EL odio de noſotros miſmos es muy neceſario ſocorro para nueſtra voluntad; porque ſin tener eſte, no podremos tener el del Amor Divino, Autor de todo bien.

El modo de conſeguirle es, lo primero pedirlo à Dios, y deſpues ir meditando los daños que ha hecho, y todavia hace el amor propio.

No hay daño alguno en el Cielo, y en la Tierra, que no lo haya causado el amor propio.

Que este amor propio es de nosotros mismos, y es de tanta malignidad, que si le fuera posible el entrar en el Cielo de la Celestial Jerusalén, le convertiría en confusa Babylonia. Considerese, pues, que hará esta peste, y este mortifero veneno en esta vida presente, metido, y apoderado del pecho humano?

No es otra cosa el amor propio del mundo, sino un Infierno.

Quien, pues, será tan impío, y tan desacordado contra sí mismo, que meditando el sér, las calidades, y los efectos del amor propio, no se indigne contra él, y le aborrezca, y con todas veras procure desterrarle de sí?

CAPITULO XXVI.

De que modo se podrá conocer el amor propio.

PAra que tu conozcas quan largo es tu amor propio, y á quanto se estiende, acude à menudo á verle, y examinarle, y atiende con qual de las pasiones está mas frequente tu alma, y con qué està mas de continuo ocupada tu voluntad, que nunca la hallarás sola.

Y en hallando que ama, ú desea, ó se alegra, ó entristece, considera luego si la cosa amada, ú deseada, es de la virtud; ó segun los preceptos de Dios, y lo mismo en la alegria, ó tristeza, si es de aquellas cosas que Dios quiere, que nos alegremos, ó entristezcamos. O si à la verdad esto nace del mundo, ú de sus criaturas; porque está negociando con ellas, no por necesidad, ni quanto conviene, ni como Dios quiere. Y si ha-

hallas algo de esto, es clara cosa, que reyna en ti el amor propio, y es el que mueve tu voluntad.

Mas si los negocios, y ocupaciones de la voluntad son acerca de las virtudes, y en las cosas que Dios quiere, debes bien considerar, si meramente son por su voluntad, y por agradar à su Divina Magestad, si en ella se mezcla tu propio parecer, y complacencia; porque ésta se suele introducir aun en las obras buenas, como son, la oracion, los ayunos, la Sagrada Comunion, y otras obras santas.

La prueba para discernir esto, es en dos maneras. La una es, si tu voluntad no se dà en todas las ocasiones que se ofrecen à todas las obras, que son buenas indiferentemente. La otra prueba es, si ofreciendosele algun justo impedimento, se lamenta, se inquieta, y se turba; ó si sucediendo como quiere, se deleyta, se complace de sí misma.

Si

Si las cosas son de Dios, demás de lo dicho, se ha de considerar à qué fin las endereza; porque si el fin es solamente su agrado, y cumplir su santisima voluntad, và bueno el negocio; pero no debe asegurarse, porque es tan sutil, y tan astuto el amor propio, que muy disimuladamente se suele ingerir, y entender aun en las mismas obras buenas.

Quando se conoce manifiestamente, que esta cruelisima bestia se ha introducido, debes perseguirla con todo odio, y aborrecimiento, y despegarla, y desterrarla de tí, no solo en las cosas grandes, sino aun en las mas menudas, y pequeñas.

Del amor propio que està oculto, y tu no puedes discernir, debes, ò alma, estar siempre sospechosa; y asi en todas las buenas obras que hicieres, humillate ante tu Dios; y dandote golpes en los pechos, ruegale que te perdone, y te guarde del amor de tí misma.

Y será bien, que à la madrugada, quando le dés á su Divina Magestad el alva, buelta á este Divino Señor, le protestes, que tu intencion, y pensamiento en todo aquel dia es de no ofenderle, y de hacer en todo quanto en él se ofreciere su santisima voluntad, y esto solo por agradarle.

Y le rogaràs que te socorra muy á menudo, y te ponga la mano sobre tu cabeza, para que conozcas, y hagas quanto à su Divina Mag. le place, y en la forma, y manera que mas le place.

CAPITULO XXVII.

Del sexto socorro para la voluntad humana.

EL sexto socorro que ayuda al hombre à traer bien gobernada su voluntad, es, el oír Misa, la Confesion, y la Comunion, porque siendo el principal, y mas necesario socorro de nuestra voluntad, para que se guarde del

mal, y execute el bien, la gracia de Dios, necesariamente le sigue, que todo aquello que ayuda al aumento de esta gracia, es socorro de nuestra voluntad.

Y para que tu oyendo Misa adquieras nuevo aumento de gracia, la debes oír en la siguiente manera.

En la primera parte (que en tres se divide la Misa) que comienza el Introito, estudia en encender en tí un deseo grande, de que como Jesu-Christo vino del Cielo al mundo, para encendar en nuestra tierra el fuego de su Divino Amor, asi se digne de venir, y nacer en tu corazon con su virtud, para que en lo intimo de él arda este fuego, no pensando otra cosa mientras vivieres, y siempre, sino es como agradarle, y servirle.

Quando despues el Sacerdote dice las oraciones, con este deseo, que has procurado encender en tu alma, pidele à Dios te conceda esta misma gracia.

En

En comenzandose la Epistola, y el Evangelio, pide con la mente á Dios, que te dé entendimiento, y virtud para entenderlo, y observarlo todo.

En la segunda parte, que comienza en el Ofertorio hasta la Comunion, abstrayendote de pensar en las criaturas, y de ti misma, ofrecete toda á Dios, y à la execucion de su Divina voluntad. Y en alzando el Sacerdote la Hostia, y Caliz consagrado, adora el verdadero Cuerpo, y Sangre de Christo junto con su Sacratisima Divinidad.

Y contemplandolo debaxo de aquellos accidentes de pan, y vino, rindele amorosas gracias, porque cada dia se digna de venir á nosotros con los preciosos frutos del Arbol de su Cruz, y ofrecete à ti misma, como él lo hizo á su Eterno Padre estando clavado en ella, y tambien ahora puedes tu tambien hacerle esta oferta.

Despues en comulgandose el Sa-

cerdote sacramentalmente (si tu no lo hubieres de hacer) puedes comulgar espiritualmente, recibiendole en tu corazon, como se te ha enseñado en la Primera Parte del Combate Espiritual, à fin de que el mismo Señor encienda en el de todas sus criaturas el fuego de su Divino Amor.

En la tercera, y ultima parte, asi como el Sacerdote recita con la lengua aquellas oraciones, dilas tu mentalmente, pidiendole á Dios todo lo que en ellas se le pide.

CAPITULO XXVIII.
De la Comunion Sacramental.

PAra que comulgando, tu recibas grande aumento de gracias, te conviene disponerte bien, y no pudiendo de nosotros mismos tener la disposicion que conviene, diràs con grande afecto, para que Dios te la otorgue, la Oracion siguiente.

Conscientias nostras, quæsumus Domi-

mine, visitando purifica: ut veniens Jesus Christus Filius tuus, Dominus noster cum omnibus Sanctis, paratam sibi inveniat mansionen. Qui tecum, &c.

Rogamoste, Señor, que visitando nuestras conciencias, las purifiques, para que viniendo Jesu-Christo tu Hijo, y nuestro Señor con todos los Santos, halle aparejada la mansion, y posada digna que merece.

Mas por no dexar de hacer de nuestra parte alguna cosa con el ayuda de Dios, te debes preparar, considerando, lo primero: A qué fin instituyó Christo el Santisimo Sacramento del Altar, y hallando, que fue para que nos acordasemos del amor que él nos mostró en el Mysterio de su Pasion, y Cruz, considera despues, á que fin quiso poner esta memoria.

Y siendo este fin para que nosotros le amasemos, y obedeciesemos, será buena nuestra preparacion, si despertamos en nosotros

un fervoroso deseo, y una encendida voluntad de amarle, y obedecerle, doliendonos mucho de no haberle (en lo pasado) amado, y obedecido, sino antes ofendido.

Y con aqueste deseo, y voluntad encendida, tendrémos preparado el corazon antes de la Sagrada Comunion.

Mas en llegando el tiempo de ella, avivando la Fè, para que firmemente crea, que debaxo de aquellos accidentes del Pan consagrado està el Cordero verdadero de Dios, que quita los pecados, adoralo profunda, y devotamente, ruegale, que quite, y borre de tu corazon qualquier pecado oculto, y que te perdone los demás, y recibele con toda reverencia, y con firme esperanza de que lo harà asi, y te darà su amor.

Recibido, introducelo en tu corazon, y pidele una, y otra vez, que te dé su amor, y todo aquello que conviene para agradarle.

Des-

Deſpues lo ofreceràs al Padre Eterno, y Celeſtial por ſacrificio de ſu inmenſa caridad, pues la moſtró en eſte ſingular beneficio, y en todos los demàs de la Redencion, que aqui tienes cifrados, daráſe gracias por ellos, pediràſe ſu amor, y deſpacharás con ſu Mageſtad Divina todas tus peticiones, rogando por los vivos, y los muertos.

CAPITULO XXIX.

De la Confeſion Sacramental.

LA Confeſion Sacramental, para ſer hecha como ſe debe, neceſita de algunas coſas.

Y la primera de un buen examen de conciencia, regulandolo con los preceptos de Dios, y con las obligaciones de el propio eſtado.

Y examinando tus pecados, y faltas, aunque ſean muy pequeñas, llorarlos amargamente, conſiderando, que ſon ofenſas de la

Mageſtad de Dios, y la ingratitud que has tenido en cometerlos contra ſu bondad, y caridad inmenſa, y aſi vituperandote á tí miſma, podràs decirte eſtas palabras: *Hæccine reddis Domino, ſtulte, & inſipiens? Nunquid non ipſe eſt Pater tuus, qui poſſedit, & fecit, & creavit te?* Necio, y mentecato, eſta es la correſpondencia, que has guardado à tu Señor? Por ventura, no es tu Padre quien te poſeyó, te hizo, y te crió?

Y engendrando, y levantando en ti con eſta conſideracion una voluntad, y deſeo de no haberle ofendido, dí: O quien no os hubiera ofendido, mi Criador, mi Padre Celeſtial, y mi Redentor, aunque hubiera padecido muchos males!

Deſpues buelta à Dios, con verguenza de tus culpas, con fé de que te las ha de perdonar, dile de todo corazon: *Pater peccavi in Cœlum, & coram te, jam non ſum dignus vocari filius tuus; fac me ſi-*

cut

cut unum ex mercenariis tuis: Padre, pequé contra el Cielo, y delante de ti; no ſoy digno de llamarme hijo tuyo: perdoname, y ponme en el numero de tus criados.

Y renovando, y avivando el dolor de la ofenſa Divina, con propoſito de ſufrir qualquiera penalidad, y mal, antes que otra vez ofender voluntariamente á tu Dios; llega, y dile tus pecados al Confeſor, con verguenza, y dolor, entera, y claramente, como los cometiſte, ſin eſcuſarte á ti, y ſin acuſar á otros.

Deſpues de la confeſion, rindele muchas gracias á Dios, que ſiendo aſi, que tantas, y tan repetidas veces le has ofendido, no te niega el perdon, antes eſtà mas pronto à dartelo, que tu á recibirlo.

Tomando ocaſion de eſta conſideracion, te bolverás á doler de haber ofendido à un tal, y tan benigno Padre, y harás propoſito

firme de no bolver á ofenderle con su ayuda, y con la de la Virgen Maria, que para esto la invocarás Abogada, y á tu Angel Custodio, y al Santo de tu nombre, y à los demás Santos que tubieres por Protectores.

CAPITULO XXX.

Como se ha de vencer la pasion deshonesta.

DEmás de las reglas que en la Primera Parte señalé para esto, como materia tan importante, me ha parecido, aunque en modo mas breve, y conciso, el repetirlas.

Todas las demàs pasiones se vencen combatiendolas frente á frente, porque aunque en la batalla nos peguen algunas heridas, y nos cuesten sangre, no son tan peligrosas, que al fin no las venzamos; yà sean grandes, ó pequeñas. Mas esta pasion deshonesta, no solo conviene no excitarla para salir con

ella á la batalla, ſino que es neceſario alexar, y deſterrar todas aquellas coſas que la puedan mover, y diſpertar en noſotros.

Venceſe, y alcanzaſe la victoria de las tentaciones de la carne, y mortificaſe la paſion deshoneſta, huyendo à todo huir, y no combatiendo frente á frente.

Y el que preſto huye, y preſto ſe alexa, eſte preſto, y ſeguramente vence.

Que los buenos habitos, la voluntad ſincera, las pruebas paſadas, las victorias conſeguidas. El parenteſco, y otras coſas que tienen titulo honeſto, y apariencia de virtud, y que prometen ſeguridad, no ſon buenos argumentos para que tu no debas huir. Huye, huye, alma amada, ſi no quieres ſer preſa, y deſpojada.

Que ſi ſe han viſto algunas perſonas, que platicando, y tratando con perſonas de mucho peligro, no cayeron, ni fueron vencidos

en toda su vida, esto no te toca á tí, sino á los juicios de Dios; y otras se han visto, que estando en grande altura, y à su parecer con seguridad, no sin gran verguenza, han dado en tierra, y caído miserablemente.

Huye tu, y obedece à los avisos, y exemplos que Dios te dà en la Sagrada Escritura, y en las vidas de tan grandes Santos, y cada dia te los multiplica, yà en aquesto, yà en aquello. Huye, sin detenerte, á vér, ó pensar en el objeto de que debes huír; porque en esta detencion, aunque sea pequeña, està el peligro.

Y caso que importe el hablar, la conversacion sea corta, y breve, y con palabras rusticas, y nada melosas, ni afeytadas, porque en estas suele estàr el engrudo, la llama, y el fuego.

Ten muy de memoria aquel sabio aviso: *Ante languorem adhibe medicinam.* Toma la medicina antes que te enseñoree la enfermedad:

Prin-

Principiis obsta, sero medicina paratur; es comun proverbio de los Medicos corporales, y tiene mejor lugar, y es mas necesario este consejo en esta enfermedad espiritual. No aguardes à caer enfermo, huye á buen tiempo, que en esta fuga hallarás la medicina, y la salud.

Y si por tu fragilidad, y desgracia, hubieres caído enfermo, toda tu salud está en que luego que lo sintieres: *Tu teneas, & allidas parvulos tuos ad petram*; hijos tan malos, que nacen con esta lepra, asirlos luego al punto que nacen, y echarlos en una piedra. Vé luego, luego á tu Confesor, y sin esconderle ni un pecado venial de esta pasion, confiesate, y purificate, que si no lo haces, por pequeña que sea la centellita, que dexas de apagar, ella levantarà el fuego de manera que venga á ser grande.

CAPITULO XXXI.

De quantas, y quales cosas se debe huir para no caer en el vicio deshonesto.

LA huída para no caer en este vicio, ha de ser de muchas cosas. La primera, y principal, es de las personas que amenazan evidente peligro. La segunda, de las demàs, en quanto se pueda. La tercera, de las visitas, de los recados, de los presentes, de las amistades, aunque sean antiguas, porque mas facilmente se pueden hacer las antiguas estrechas, y dañosas, que no las estrechas, y antiguas.

La quarta huída ha de ser de hablar de esta pasion, de las musicas, y cantares que tratan de ella, de los libros profanos, y que no tratan de buenas costumbres.

La quinta huída (de pocos conocida, y advertida, y menos practicada) es la huída del deleyte

te univerſal de todas las criaturas, de las veſtiduras precioſas, y no neceſarias, de todas las coſas, que en las camaras, y ſalas ſe tienen ſolo por deleyte, de las comidas, y bebidas que ſe tienen para eſte fin; porque aunque eſte deleyte ſea licito, todavia acoſtumbra el corazon del hombre á deleytarſe; y de aqui le ſucede, que ofreciendoſele el deleyte deshoneſto (que de ſu naturaleza es agudo, y penetrante) dificultoſamente lo deſecha, por no tener practicada la mortificacion de los deleytes en las demás materias.

Y por contrario, el corazon acoſtumbrado á huír de los deleytes licitos, quando ſe le ofrecen los ilicitos, del nombre ſolo que ſe le ofrezca de ellos huye con facilidad.

CAPITULO XXXII.

Que es lo que se ha de hacer habiendo caído en el vicio deshonesto.

ACaeciendo, ó por desgracia, ó por malicia, el ser vencido de la sensualidad de la carne, el remedio es (porque no juntes pecados á pecados) que corras luego con toda velocidad, sin hacer otro examen de conciencia, á lavarte de la mancha contraída en la fuente de la confesion, donde desechando toda la prudencia humana á boca llena, y sin andar por rodeos, le manifiestes al Confesor tu llaga, y enfermedad, tomando la medicina, y el jabon, que él te diere, y el consejo que ordenáre, aunque te parezca duro, aspero, y amargo, que este es medio de sanar, y convalecer.

No te tardes, ni detengas, aunque para ello se te ofrezca ciento, ni mil razones, ó causas, porque

que ſi tu te tardas, tu recaerás, y y de eſta recaída ſe te ſeguirá nueva tardanza, en la qual tiene gran grangería el demonio para enredarte, y enlodarte mas, y mas; y aſi es, que de la tardanza ſaca nuevas caìdas, y de las nuevas caídas nuevas tardanzas, y de dias vendrás á meſes, y de meſes á años, ſi luego, luego no ſales del pecado, no dexes empodrecer, y afiſtular las llagas, que tendrán deſpues muy dificil el remedio.

Y por concluſion buelvo á decirte de nuevo, que en eſte vicio deshoneſto, ſi no quieres caer, huyas; y ſi cayeres, que te remedies, y cures luego, luego.

Y de penſamientos que te vengan, aunque ſean pequeños, y leves, eſtimalos, y tienelos por grandes, y huye de ellos como tales; y quando bien hayas huído, ſi te detuviſte en ellos, aunque ſea ligeramente, confieſalo aſi, y deſcubrele á tu Confeſor tus enemigos.

Y en habiendo caído, corre á la

con-

confesion, y no te dexes vencer de verguenza alguna.

CAPITULO XXXIII.

De algunos motivos para que el pecador se convierta presto á Dios.

EL primer motivo para que el pecador se buelva presto á Dios, es la consideracion del mismo Dios, el qual siendo suma Bondad, suma Potencia, y suma Sabiduria, no debe tener el hombre atrevimiento de ofenderle, por ningun camino, ni razon.

No por via de prudencia, porque yà se vé quan mala, y fatua es quererse poner á partido con la Omnipotentia, y con el Supremo Juez, que le ha de juzgar.

No por via de conveniencia, ni de justicia, no siendo cosa tolerable, que la nada, y la criatura ofenda á su Criador, ni el siervo á su Señor, ni el beneficiado à su bienhechor, ni el hijo á su Padre.

El

El ſegundo motivo es, la obligacion grande que tiene el pecador para bolverſe luego á la caſa de ſu Padre, ſiendo la converſion del hijo, la buelta á ſu caſa honra del Padre, fieſta para toda ſu caſa, alegria á la vecindad, y gozo á los Angeles, y Moradores del Cielo.

Que como pecando ofende à ſu Padre, y lo enoja, y entriſtece, aſi bolviendo à él arrepentido de ſu culpa, y lloroſo de ſu ofenſa, con plena voluntad de obedecer en todo ſus preceptos, y no bolverle á ofender, lo honra, lo alegra, y regocija; y en tal modo le mueve el corazon à miſericordia, que no contento con aguardarle á que llegue, le ſale él miſmo á recibir, le echa los brazos al cuello, lo beſa, lo viſte de ſu gracia, y le pone los anillos de ſus dones.

El tercer motivo es, el interés propio; porque debe conſiderar el pecador, que ſi no ſe convierte à tiempo, de cierto ſe irá al infier-

no, donde quando no hubiese mas pena, que haber de carecer para siempre de la presencia de Dios, y ser de él para siempre aborrecido; esta sola le debe espantar, y traer confuso.

Ni es buena, ni segura la esperanza, y los propositos de convertirse para el fin de su vida, en algun año, ó algun mes; porque estos propositos, y plazos, además que no tienen ninguna seguridad de ellos (que no son suyos, ni están en su potestad) están todos llenos de malicia.

Tiene muy mala cabeza, y muy poco juicio el que piensa vencer una dificultad grande en tiempo que el hombre se halla mas flaco, mas debilitado, y mas impedido.

Continuando el pecador en el pecado, cada dia se halla mas flaco para convertirse, ya por el habito en él, que se vá convirtiendo en naturaleza; yá por la mayor indisposicion que vá grangeando para adquirir la

gra-

gracia de la conversion, porque está Dios aparejado, y pronto para darsela; y siendo su malicia, y su tardanza, y que trate de darsele tarde, é interesadamente, viene á desobligarse de tal manera, que se le quita la voluntad de ayudarle eficazmente.

Posible es con estos propositos el convertirse, y el tener la gracia eficaz: pero la certeza de que Dios se la dará, dónde la tiene, ú de qué la colige? Sabe si se morirá de repente, y sin hablar palabra (como á tantos ha sucedido, y cada dia sucede?) Y caso que muera con su juicio, y se acordará de esto, ó si se dispondrá á lo que no se dispuso en vida? Materia es dudosisima, y peligrosisima.

Grita, pues, ó pecador, grita, y dale voces á tu Señor continuamente, y dile: *Converte me, & convertar, quia tu Dominus Deus meus*: Conviérteme, Señor, y me convertiré, porque tu eres mi Señor,

ñor, y mi Dios. No ceses, ni descanses hasta haber vuelto á tu Señor, y Padre, llorando la ofensa suya directamente, con resignacion de hacer quanto quisiere por satisfacerle.

CAPITULO XXXIV.

Del modo que se ha de tener en procurar la conversion, y lagrimas de la ofensa de Dios.

EL mejor modo de procurar el llanto, y lágrimas de la ofensa de Dios, es la meditacion de la grandeza de la bondad infinita suya, y de la caridad, y amor que ha mostrado al hombre.

Porque si considera este, que pecando ha ofendido al sumo bien, y á la inefable bondad, que no sabe sino hacer bien, ni ha hecho otra cosa, y todavia lo hace, proveyendo de su gracia, y dando su luz á amigos, y enemigos; y si considera, por qué ha ofendido á un tan buen Dios, y Señor, por un gus-

gusto leve, por una nonada, por un deleyte falso, no puede dexar de llorar amargamente.

Tambien es buen modo para moverte á contricion, y lágrimas, ponerte delante de un Crucifixo, imaginando que te dice: *Aspice in me*: pecador mira mis llagas: mira que tus pecados asi me han puesto, y por tí estoy tan maltratado, tan herido, espinado, y desangrado, como vés. Mira que soy tu Dios, que soy tu Criador, tu benigno Señor, y tu piadoso Padre: *Revertere ad me*: Buelvete à mí con llanto puro, y encendida voluntad: buelvete á mi, que yo que soy el ofendido, no solo estoy dispuesto à perdonarte las ofensas que me has hecho, sino à padecer de nuevo estas penas, y tormentos, porque de nuevo no me ofendas: *Revertere ad me, quoniam redemi te.* Buelvete á mi, que yo soy el que te redimí. Buelvete á mí. Por qué no luego? Qué esperas?

Pue-

Puedes tambien figurar en tu imaginacion á Jesus tu Señor coronado de espinas, vestido de purpura, y con la caña en la mano, y qual lo mostró al Pueblo Hebreo el iniquo Juez Pilatos, azotado, y acardenalado; y puedes imaginar que este Divino Señor, así tratado, te dice à ti: *Ecce Homo*: Vés aqui el Hombre, que amandote con amor inefable, te ha redimido con aquestos crueles azotes, con estas llagas, con esta sangre: *Ecce Homo*; y este tal Hombre, y Dios, es à quien tu has ofendido, despues de haberte hecho tales, y tantos beneficios?

Ecce Homo, este hombre es la misericordia de Dios; es la redencion copiosa. Este Hombre, con todos sus meritos, se ofrece por tí al Padre, cada dia, cada hora, y cada momento. Este es el Hombre, que sentado á la diestra de su Eterno Padre, pide por tí, y es tu Abogado. Pues cómo me ofendes? Cómo no te buelves à mi?

mi? *Revertere ad me, quia delebo, ut nubem, iniquitates tuas, & quasi nebulam peccata tua.* Buelvete á mi de veras, que así como el sol deshace la nube, y destierra la niebla, yo borraré tus maldades, y olvidaré tus pecados.

CAPITULO XXXV.

De algunas razones, por que los hombres viven descuidados sin llorar las ofensas de Dios, sin aspirar á la virtud, ni á la perfeccion Christiana.

LAS razones por que el hombre duerme á sueño suelto en su tibieza, y ni se levanta del pecado, ni se dá á la virtud como debe, son muchas, y diversas; mas entre ellas quiero apuntarte las siguientes.

La primera es, porque el hombre no habita dentro de sí, ni vé lo que se hace en su casa, ni sabe quien la posee, sino que se anda vago, y curioso trás los pasatiem-

pos, y vanidades, y cada dia halla nuevos pasatiempos, y ocupaciones; y dado caso que estas sean licitas, y buenas, y de aquellas que pertenecen á la virtud, y conducen á la perfeccion Christiana, ni se acuerda, ni aun de ellas tiene pensamiento alguno.

Y si tal vez las conoce, y vé que le convienen, y conoce que Dios le há llamado, y que le inspira que mude de vida, responde, *cras*, *cras*, mañana, mañana, despues, despues, nunca se llega el dia de hoy, porque teniendo el vicio del *cras*, de mañana, y despues, en el dia de hoy, y en qualquier buen proposito, al executarlo siempre paran, y producen el *cras*, y despues.

Otros hay que se persuaden, que la mudanza de vida verdadera, y los exercicios de la virtud consisten en ciertas devociones que buscan, y en gastar el tiempo; v. g. en decir, y en recitar cada dia Pater noster, y Ave Marias, sin meter la mano

no en la mortificacion de las pasiones propias, las quales de continuo combaten á las criaturas racionales.

Otros se dán á los exercicios de la virtud, mas fabrican sin fundamento, y asi su edificio dá brevemente en tierra, como mal fundado. Tiene cada virtud su propio fundamento, desde el qual es necesario empezar; como la humildad, que tiene por fundamento el deseo de ser tenido en poco, y parecer vil, y despreciable en ojos de todos. Quien tiene abierta esta zanja, que es necesaria para la fabrica de la humildad, recibe luego con alegria las piedras de su fabrica, que son los desprecios, las afrentas, la poca estima, &c. Y aumentandose el deseo de ser despreciado, y recibiendo los desprecios con alegria, vá creciendo el edificio de la humildad, que para que crezca mas, y mas, hasta que llegue á su perfeccion, la has de pedir continuamente á Dios, en virtud de

su Santisimo Hijo humillado.

Algunos hay que hacen todo esto, mas no por amor de la virtud, ni por solo agradar á Dios, como se debe hacer; y así de aqui nace, que los actos que hacen de virtud, no correspondan con todos, ni en todo lugar; siendo con unos humildes, y con otros sobervios: humildes con aquellos, cuya estimacion aprecian, y pretenden; y sobervios con los demás á quien no han menester, y que no hacen al proposito de sus designios. Hay otros, que deseando la perfeccion Christiana, y la procuran, no de Dios, á quien deben pedirle, sino por sus fuerzas propias, que por grandes que sean, son flaquisimas sin su ayuda Divina, quieren alcanzar la perfeccion con industria propia, y con exercicios dispuestos à su modo; y así ordinariamente, confiando de sí mismos, quedan vacíos.

Otros hay, que apenas han entrado en el camino de la virtud, quando

do luego piensan, que de repente han llegado á la perfeccion; y como vanos, y confiados de sí mismos, asi tambien se les desvanece la virtud.

Por lo qual, tu, si quieres adquirir la perfeccion Christiana, lo primero que has de hacer (como se te advirtió en la primera Parte del Combate Espiritual) es desconfiar de ti misma, y luego confiar en Dios, y estudiar de encender en ti un deseo tan fervoroso de agradar à Dios quanto te fuere posible; y asi irás arribando à la perfeccion, continuandolo cada dia. Y advierte demàs de esto, que no se te escape de las manos qualquiera ocasion de exercitar la virtud, ó yà sea grande, ó pequeña; y en habiendose escapado por tu culpa, castigate por ello, y haz alguna penitencia, porque otra vez estés mas avisada.

Y por mucho que cada dia camines à la perfeccion, haz cuenta, que siempre empiezas, y estudia en

hacer, y executar qualquier acto de virtud, con tanta diligencia, como si en él solo consistiera toda la perfeccion; y lo mismo que hicieres en el primer acto, has de hacer en el segundo, y en el tercero, y en los demás. Guardate de cometer los defectos pequeños, con la misma diligencia que si fueran grandes. Abraza la virtud por la virtud, y por agradar à Dios, que de este modo, aunque contigo misma sola, estarás acompañada, y tal vez dexaràs la virtud por la virtud, y à Dios por Dios. No declines á una, ú otra parte, sino sigue siempre el camino derecho. Sé discreta, amiga de la soledad, del silencio, de la meditacion, y de la oracion, rogando á menudo á Dios, que te dé la virtud, y la perfeccion que es necesaria para llegarse á su Divina Magestad, que es la fuente de toda la virtud, y perfeccion, á que cada dia, y cada hora nos llama.

CAPITULO XXXVI.

De el amor para con los enemigos.

A La perfeccion Christiana, y á la cumplida obediencia de los preceptos de Dios pertenece el amor de nuestros enemigos, y no como quiera, sino principalmente: tanto es semejante este precepto de Dios á sus costumbres, y tanto se agrada de él su Divina Mag.

Por lo qual, pretendiendo tu adquirir en breve la perfeccion, debes estudiar en cumplir muy exactamente lo que Christo manda en este precepto de amar á los enemigos, no solo amandolos, sino haciendoles bien; no floxa, y tibiamente, sino con tanto afecto, que como olvidada de ti misma, todo tu corazon se llene de su amor, y se ocupe en rogar por ellos.

En quanto al hacerles bien, debes estar advertida, en quanto á los bie-

nes del alma, que se los debes desear, mostrando con la cara, y con las palabras, que es asi, y que los estimas, y estás pronto á servirlos.

En quanto al hacerles bien temporalmente, se debe considerar el posible, la calidad de la persona, la obligacion de tu estado, y la ocasion; y asi esto queda à tu prudencia, y buen juicio, encargandote no pierdas ocasion alguna de hacerles el bien que pudieres.

Si tu atiendes á esto, vendràn á tu corazon con gran priesa la virtud, y la paz entera, y verdadera.

En aqueste precepto hay aquella dificultad, que algunos creen. Duro es á la naturaleza, en esto no hay duda, mas para quien está sobre aviso, de mortificar los movimientos de la naturaleza, y la pasion del odio, le será muy facil, y tendrà por premio la felicidad de cumplirle, y una dulce paz.

Para que tu socorras la flaque-

za de la naturaleza, te podrás ayudar de quatro cosas, que para esto son muy poderosas.

La primera, es de la Oracion, pidiendo à menudo à Christo nuestro Señor este amor, en virtud del suyo, pues estando en la Cruz, primero se acordó de sus enemigos, y luego de su Santisima Madre, y á lo ultimo de sí mismo.

La segunda ayuda será, decirte tu à ti misma: Precepto del Señor es, que yo ame á mis enemigos, y asi debo cumplirlo.

La tercera ayuda será, contemplar en ellos la viva Imagen de Dios, que se la diò criandolos; y esta tu la debes acatar, estimar, y amar.

La quarta serà, contemplar el rescate tan precioso con que son redimidos por Christo, que no es de plata, ni oro, sino de su misma Sangre, que tu debes traer, de manera, que nunca sea derramada, ni pisada. Si estas quatro cosas contemplas á menudo, amarás co-

como Dios quiere á tus enemigos.

CAPITULO XXXVII.

Del examen de la Conciencia.

ESte suelen hacer las almas diligentes tres veces al dia. La primera, antes de comer; la segunda, despues de Visperas; y la tercera, antes de acostarse; y si esto no pudiere executarse por algunos, á lo menos una, ó dos veces al dia ha de examinar el hombre sus obras, que si Dios miró dos veces las obras que hizo para él, y para su utilidad, provecho, y servicio, no será mucho que él mire, y remire siquiera una, ó dos veces las obras que él hace en servicio de Dios, pues de ellas se le ha de pedir estrecha cuenta.

El examen se puede hacer en esta forma. Lo primero, pidiendo á Dios te alumbre, para que tu conozcas bien todo lo interior de tus obras.

Des-

Despues comenzarás á considerar, como has cerrado, y guardado tu corazon, y quien ha entrado en él.

Lo tercero, examinarás como has obedecido á Dios en aquel dia en todas las ocasiones que en él te ha dado para su servicio; y esta tercera consideracion incluye en sí el estado, y las obligaciones de cada uno, conforme á las quales se ha de hacer examen.

Y hase de hacer tambien de la correspondencia que se ha tenido á la gracia de Dios, y de las obras buenas, renovando los deseos de comenzar de nuevo á servirle, como si entonces comenzase.

Hallando faltas, defectos, ó pecados, doliendote de la ofensa que ha habido de Dios, dirás buelta á él: Señor, yo he hecho, y obrado como quien soy, y mas mal hubiera cometido, si vuestra diestra soberana no me hubiera ayudado, y socorrido. Haced Vos ahora, Señor, os suplico en nombre de vuestro amantisi-

mo Hijo Jeſus, como quien ſois, y perdonadme, y dadme gracia, para que no os ofenda.

Deſpues por penitencia, y para eſtimulo de la enmienda, mortifica tu voluntad, privandote de alguna coſa de las que te ſon licitas, porque es cierto que eſto le agrada mucho. Lo miſmo digo del cuerpo, que le puedes caſtigar con alguna penitencia, demás de las que tienes de coſtumbre, que acaſo éſtas por tu tibieza, no ſerán de tanto fruto.

CAPITULO XXXVIII.

De dos reglas para vivir en paz.

SI quien bien vive, ſegun lo que ſe ha dicho haſta aqui, ſiempre eſtá en paz, todavia quiero en eſte ultimo Capitulo darte dos reglas, las quales, ſi tu obſervas, vivirás quieta quanto ſea poſible en eſte mundo iniquo.

La una es, que atiendas con todo el cuidado que te fuere posible, á cerrar la puerta de tu corazon, para que no entren algunos deseos; y asi no deseando nada, vivirás en paz.

Porque debes advertir que el leño de la Cruz para crucificarte, é inquietarte, le forman los deseos, y asi èste será largo, ó corto, pesado, ó ligero, conforme fueren los deseos.

Viniendo, pues, à la dificultad de conseguir los deseos, y à los impedimentos de su execucion, se forma el otro leño, que atraviesa, y forma la Cruz, en la qual queda clavado el deseo, y por consiguiente inquieto. Y asi, el que no quiere estàr en Cruz, no desee nada; porque si desea algo, los deseos le servirán de Cruz.

La otra es, que quando te sintieres molestada, y ofendida de tu proximo, no te entregues á la consideracion del agravio, ú de que no se debiera hacer esto con-

ti-

tigo, ú otras semejantes cosas, que todas son leña, y aceyte para que arda el fuego de la ira, del desden, y el enojo, sino luego en semejantes casos, y ocasiones acude luego á la virtud, y á los preceptos de Dios, que ellos te enseñarán lo que debes hacer, y asi grangearás la paz.

Y considera luego, que si tu no haces lo que debes para con Dios, qué maravilla es que otros no hagan contigo lo que deben, y que quizás hacen mas de lo que tu mereces. Y si te agrada el vengarte de las ofensas que te han hecho, primero debes tomar venganza de ti misma, pues no tienes mayor enemigo, y ofensor, si bien lo consideras.

TRATADO II.

DE LA PAZ INTERIOR, y verdadera senda del Paraíso.

CAPITULO I.

Qual sea el natural de nuestro corazon, y como quiere ser gobernado.

HAS de saber, que te dió Dios un corazon muy noble, criado para amarle solamente, y derretirse en él, y por amor harás de él quanto quisieres; y enamorado de la virtud, lo dificultoso se te hará muy facil; y por el contrario, si á fuerza tuya quieres hacer algo, nunca harás nada.

Funda primero la intencion de tu corazon, de manera, que de lo interior salga lo exterior; y aunque

la penitencia, y los otros exercicios penosos son loables, moderados con discrecion, segun que conviene al que los hace: pero ninguna virtud alcanzaràs por ellos, sino vanidad, y ayre de vanagloria, no que pierdas tu trabajo, si con lo interior no van regulados.

Batalla es la vida de el hombre sobre la tierra, (como el Santo Job lo dice) y para esta guerra conviene velar, y tu velar ha de ser, sosegar, y apaciguar, y quietar tu espiritu en tus movimientos; y en levantandose en tu animo algun movimiento, ó torbellino, ú desasosiego sensual, está muy sobre aviso para luego sosegar, y pacificar; y no le dexes desmandar, ni torcer alguna cosa.

Y esto haz quantas veces se te ofreciere desasosiego en la Oracion, ó fuera de ella; y entonces sabrás orar, quando supieres asi obrar.

Y siempre quando esto hicieres,

sea sin fuerza alguna, sino con mucha suavidad; porque todo tu principal exercicio ha de ser apaciguar tu corazon, y no lo dexar desmandar, sino que siempre esté en sosiego.

CAPITULO II.

El cuidado que ha de tener el alma de apaciguarse.

Pondràs, pues, luego ante todas cosas este velador pacifico sobre tus sentidos, y llevarteha á grandes cosas sin trabajo alguno, sino en mucha paz, y seguridad, enviada de Dios; velarás, y orarás, obedeceràs, y sufriràs injurias sin congoja. Puesto que hasta apaciguarte padeceràs harto trabajo, por no estar experimentado: pero quedarà tu anima muy consolada de qualquier contradicion que le suceda, y de cada dia se enseñarà à mejor apaciguar su espiritu. Y si alguna vez te vieres con-

congojado, de manera, que no te puedas apaciguar, recurre luego á la oracion, y perſevera, á exemplo de Chriſto nueſtro Redentor, que tres veces oró en el Huerto, por dexarte exemplo, que todo tu recurſo, y conſuelo ſea en la oracion, y que de ella no te apartes haſta hallar tu voluntad conforme con la de Dios, y ſoſegada, y pacifica. Y ſi eſtás ocupado en obrar corporal, ú de manos, no porfies, ni te hagas fuerza á acabarla preſto, ni taſes el tiempo en que ſe ha de acabar; mas todo lo haz con repoſo, y pacificamente; porque ha de ſer tu principal intento tener á Dios en la memoria con grande ſoſiego, ſin tener reſpeto á contentar, ſino ſolo á Dios. Y ſi con otra mezcla lo haces, tu verás el deſaſoſiego, y torbellino, que en tu alma reſucita; y cayendo, y levantando, ſerás aviſado, y verás claramente, que todo quanto mal tenemos es de nueſtro propio amor, queriendo, que todas

das las cosas se hagan á nuestra voluntad, y lo contrario nos dá pena, turba, é inquieta.

CAPITULO III.

De como poco á poco se ha de edificar esta morada pacifica.

TEN aviso, que nunca dexes tu corazon turbar, ni entristecer, ni alterar, ni mezclar en cosa que lo desasosiegue. Mas siempre trabaja por lo tener quieto, porque dice el Señor: Bienaventurados son los pacificos. Y haciendo esto, edificará el Señor Ciudad pacifica en tu anima, y hacerlaha casa de deleytes. Solamente quiere de ti, que todas las veces que te levantáres te buelvas à sentar, apaciguandote de todas tus obras, pensamientos, y movimientos. Y asi como en un dia no se edifica una Ciudad, asi no pienses tu en un dia alcanzar esta paz, y apaciguamiento interior: porque es edi-

edificar casa para el Señor, y hacerte templo suyo: y este mismo Señor es el que la ha de edificar; porque en otra manera, vano serìa tu trabajo. Y mira, que el fundamento principal para este exercicio es la humildad.

CAPITULO IV.

Debe el anima despedir todo consuelo para ganar esta paz.

PAra entrar por esta puerta de humildad has de trabajar por abrazar las tribulaciones, y tenerlas por hermanas, y desear ser de todos menospreciado, y que no haya nadie que te consuele, sino solo Dios; y hase de asentar en tu pecho, que solo Dios es tu favor, y todo lo demás son espinas para ti. Y asi muestra á tu anima á estar con Dios, representandosete, si te llevasen à la verguenza, ó te hiciesen alguna afrenta, que habias de ir muy con-

tento, sufriendolo con gozo, y teniendo por cierto que està Dios contigo, y que otra honra no la quieres, ni buscas, sino padecer por su amor, y por lo que es su honra, y gloria. Y has de trabajar por holgarte, quando alguno te dixere palabras de injuria, ó te menospreciàre, ó quando fueres reprehendido: porque gran tesoro està debaxo de esta corteza. Jabon que lava las culpas es la tribulacion bien sufrida.

Finalmente, no has de querer honra, ni aunque nadie te ame en esta vida, ni que se haga caso de ti, sino que te dexen padecer con Christo crucificado. Guardate de ti, como de enemigo; no sigas tu voluntad, seso, ni querer, si no te quieres perder.

Para solo esto has de tener armas para te defender de ti mismo. Y quando tu voluntad quisiere llegarse à alguna cosa, aunque sea muy santa, entonces ponla sola, y desnuda con profunda humildad de-

delante del Señor, suplicandolè, que se haga en ella su voluntad; y esto con entrañable deseo, sin ninguna mezcla de amor propio, conociendo, que de ti no tienes nada, ni puedes guardarte de tus pareceres, que traen consigo especie de santidad, y de zelos indiscretos, de los quales dice el Señor: guardaos de los Profetas, que vienen en vestiduras de ovejas, y son lobos robadores; en el fruto de ellos los conocereis. Los frutos de ellos son, dexar en el alma desasosiego, é inquietud. Toda cosa que te aparta de la humildad, y esta paz, y sosiego interior, so especie de qualquier cosa, es falso Profeta, y lobo robador, porque en figura de oveja te viene à robar, y privar de la humildad, y de esta quietud, tan necesaria al que quiere aprovechar; y acaece, que lo que en muchos dias se gana, y con mucho trabajo, en breve espacio se pierde, y es de estos lobos robado; y tanto quanto mas mues-

tra de ſantidad tubiere la coſa, tanto mas ha de ſer examinada, y eſto con mucho ſoſiego, y quietud interior, como eſtà yà dicho.

Y ſi alguna vez en algo de eſto faltáres, no te turbes, mas humillate ante el Señor, y conoce tu flaqueza, y toma aviſo para adelante, porque por ventura lo permite el Señor, por humillar alguna ſobervia, que en ti eſtà eſcondida, y que tu no conoces. Y ſi alguna vez las centellas de los vicios tocaren tu anima, no te turbes, mas vela ſin deſcuidarte, y aparta el eſpiritu ſuavemente, y ponlo en una paz quieta, que ni te turbes, ni te alteres, ni te enojes, ſino guarda tu anima pacifica, y limpia para Dios, el qual hallarás en tus entrañas, certificandote, que la intencion Divina es ſiempre para nueſtro conſuelo.

CAPITULO V.

De como el anima ſe ha de conſervar en ſoledad para que Dios obre en ella.

DEbes tener en grande eſtima tu anima; porque es templo adonde Dios ſe apoſenta, y mora. Tenla en tanto precio, que no la dexes mezclar con otra coſa ninguna; ten ſola la eſperanza de la venida del Señor, que ſola la quiere hallar de penſamientos, ſola de quereres, ſola de deſeos, ſola ſin voluntad.

Nunca buſques indiſcretamente, ſino con conſejo de tu Padre Eſpiritual, trabajos que padecer por Dios; mas diſponga él tu voluntad à padecer por ſu amor lo que él quiſiere. Nunca hagas lo que quieras, mas Dios haga lo que quiſiere en ti. Tu voluntad ſiempre eſté ſuelta de todas partes, y tu querer ſuelto; digo que no quieras ninguna coſa, y quando algo qui-

quisieres, sea de manera, que á no hacerse lo que tu quieres, sino al contrario, no te dé pena; sino que tan quieto quede tu espiritu, como si no hubieras querido nada. Esto es verdaderamente libertad, no atandote en ninguna cosa. Sola quiere Dios tu alma, para obrar en ella sus maravillas. O soledad donde se edifica la alta Ciudad de Jerusalen! O desierto de alegria! O yermo donde con tanta facilidad podemos gozar de Dios! No te pares en este camino, descalzate, y entra, que tierra santa es; á ninguno te pares à saludar en el camino; dexa los muertos que entierren sus muertos; á tierra de vivos vás, no tiene parte en tí la muerte.

CAPITULO VI.

De la prudencia que se debe tener en el amor del proximo, porque no estorve esta paz.

LA experiencia te mostrará ser esta via muy clara para la vida

da eterna, porque se infundirá en tu anima la caridad, y amor de Dios, y del proximo. Fuego, dice el Señor, que vino á poner en la tierra, y no quiere sino que arda; y aunque el amor de Dios no tiene limite, pero el del proximo si; que si no lo tomas con templanza, y moderadamente, destruirteha, y por edificar á los otros, te destruirás á tí. Debes amar á tu proximo de tal manera, que tu anima no padezca detrimento. Nunca hagas alguna cosa solamente por dar exemplo á otro, ò ganar á otros; porque no sacarás de aquí, sino pérdida para tí. Haz todas las cosas simple, y santamente, sin tener respeto á otra cosa, sino à placer á Dios en ellas. Humillate en todas tus obras, y conocerás quan poco podrás aprovechar por tí solo á otro con ellas. Mira que no has de tener fervor de animas, de manera, que pierdas tu quietud, y paz. Ten una sed, y gana, que todos conozcan esta verdad, que tu en-

entiendes, y se embriaguen de este vino, que Dios á todos promete, y dá tan de valde. Esta sed de tu proximo te ha de acompañar, habiendola recibido de la mano del Señor, y no adquiriendola tú con tu solicitud, é indiscreto zelo, sino que Dios la haya plantado en la soledad de tu anima, y la cogerá quando quisiere.

Tu no procures, ni siembres nada en tu anima sola, y siembrela Dios. Sola quiere Dios esa anima, y desatada de todas partes, y para atarla, y ligarla consigo. Dexa que te elija, estate asentado, y ocioso en el sosiego de tu espiritu, esperando que te alquilen. Pierde todo cuidado, solo camina, y desatado de todas partes, para que Dios te vista de sì, y darteha lo que no sabes pensar, y olvidado de tí solo, el amor viva en tu anima; de manera, que te quedará de lo dichò, que con toda diligencia, ó por mejor decir, sin diligencia alguna, que te inquiete, ó saque de esta paz, has

de apaciguar tus fervores en mucha templanza, conſervando Dios en tí toda paz, y tranquilidad, porque eſte callar, es dár voces; y eſta ocioſidad, es la que todo lo negocia: que no es otra coſa, ſino entregarſe el anima á Dios deſocupada de todo; y eſto ha de ſer ſin penſar que haces tu algo; porque has de entender, que lo ha de hacer Dios; y de tu parte, para eſte ſilencio, no quiere el Señor mas, ſino que delante de él te humilles, y le ofrezcas una anima deſembarazada, y deſatada de todo lo de la tierra, con un entrañable deſeo, de que en tí ſe cumpla perfectiſsimamente en todo la voluntad Divina.

CAPITULO VII.

De quan deſnuda de amor proprio ſe ha de repreſentar el anima delante de Dios.

DEſpues comenzar por eſta manera, poco á poco, y con ſuavi-

vidad, reverencia, y confianza de este mismo Señor, que te llama, diciendo: Venid á mí todos los que trabajais, y yo os recrearé. Y en otra parte dice: Todos los sedientos venid á las fuentes de las aguas. Este movimiento, ó vocacion Divina debes siempre seguir, esperando con él los impulsos del Espiritu Santo: porque entonces quieras, ó no, allí has de ser llevado, donde las olas, llenas de toda misericordia, y nacidas del mar de la bondad Divina, te lleváren. Esto hecho, trabaja con quanta seguridad pudieres, asi interior, como exterior, de allegarte con todas las potencias de tu anima á pensar en las cosas, que hacen á Dios loable, amable, y deseable. Y siempre haz esto sin hacer fuerza tu corazon en manera, que lo hayas de endurecer; porque es bastante impedimento para no entrar en quietud, ni ser capáz de ella. Toma mi consejo, y acostumbrate siempre; y otra vez digo siem-

pre, con el deseo, y quanto pudieres con la obra, baxar á la contemplacion de la bondad Divina, y sus beneficios continuos, y amorosos; y recibe con humildad los destilamientos que de su inestimable bondad á tu anima descendieren. Y mira, guardate, que no procures lagrimas, ni otra devocion, haciendo fuerza á tu corazon: mas en esta soledad interior te sosiega, esperando, que la voluntad de Dios se cumpla en tí; y quando Dios te diere lagrimas, serán suaves, y sin fuerza tuya ninguna, sino con toda suavidad, y serenidad, y entonces con toda humildad las recibe, y digo, que Dios obre en tí: y nota, que perderás, si algo piensas querer, ó saber alcanzar, y este es mi principio, y fin, porque es la llave de este negocio, saber negarte á ti mismo, y estarte con Maria á los pies de Christo, oyendo lo que te dice el Señor, y no turbado con Marta, que es tu cuerpo. Mira que tus enemi-

migos, y el mayor, que eres tu, no te impidan este silencio santo. Y has de ser muy avisado, que quando vás con tu entendimiento á buscar á Dios para reposar en él, no has de ponerle limite, ni comparacion alguna: porque sin comparacion alguna está en todas partes infinitamente, y todas las cosas están en él, y él en todas ellas. Has de considerar una inmensidad incomparable, poderoso, todo inmenso, todo admirable, y estas han de ser tus consideraciones, ó admiraciones. Y has de creer, que está en todas partes, y que todo lo hallarás dentro de tu anima, cada vez que alli lo buscares; porque sus deleytes son estár con los hijos de los hombres, por hacernos dignos de sí, sin tener necesidad de nosotros. Y asi, buscada con el entendimiento esta verdad, repose la voluntad en ella, con la quietud que está dicha. En las meditaciones, ú devociones no se ponga tasa, ni numero, de tal

ſuerte, que vaya como obligado á hacer, penſar, ó rezar tanto, ó tanto, ſino que el corazon libre; de manera, que adonde halláres reposo, pare, y guſte del Señor qualquier paſo, que él le quiſiere comunicar. Y aunque ſe dexe todo lo que tenia ordenado, y no hay de que tener pena, ſino dexarlo todo ſin miedo, porque guſta de él el Señor, y abrazarnos con él, es el fin de nueſtros exercicios; y hallado el fin, han de ceſar los medios, que ſe ordenaban para lo alcanzar; y no hay coſa mas agena de la verdad, paz, y quietud, que el cuidado que ſe tiene en lo que ſe vá obrando, atando el eſpiritu por fuerza á hacer eſto, ó aquello, ſin que Dios lo pueda llevar por el camino que quiſiere, ſino que por fuerza ha de caminar por donde él ſe tiene imaginado, teniendo en mas el cumplimiento de ſu voluntad, que no el de la voluntad del Señor, lo qual no es otra coſa, ſino buſcar

á

á Dios, huyendo de Dios, y querer agradar á Dios, sin hacer la voluntad de Dios. Tu, si verdaderamente deseas aprovechar en este camino, y alcanzar el fin deseado, no sea tu intento, ni deseo otro, sino buscar á Dios; y donde quiera que él se te manifestáre, dexalo todo, y no pases de alli, hasta que te dé licencia, no se te acordando, que hay en el mundo que pensar, ni en que entender, sino solo reposar con el Señor: y quando su Magestad fuere servido de se ausentar; entonces podrás bolverle á buscar, continuando tus exercicios, siempre con el mismo intento, y deseo de buscar por ellos á tu amado, y en hallandole, hacer lo mismo que hemos dicho, dexandolo todo, conociendo, que se ha cumplido tu deseo. Y en esto es menester que se mire mucho, porque muchas personas espirituales andan perdídas, perdiendo mucho del aprovechamiento, y del sosiego, por estár

tan cansados con sus exercicios, pareciendoles, que no hacen nada, si no los acaban, poniendo alli la perfeccion, haciendose proprietarios de su voluntad, viviendo una vida cansada de jornaleros, sin poder llegar al verdadero sosiego interior, donde verdaderamente hace su asiento el Señor.

CAPITULO VIII.

De la Fé que se debe tener al Santisimo Sacramento, y como se ha de ofrecer al Señor.

LA Fé en el Santisimo Sacramento, trabaja de aumentar en tu anima, de cada dia mas; y nunca ceses de te admirar en tan incomprehensible Mysterio, y gozarte, viendo como se demuestra Dios debaxo de aquellas especies, por hacerte mas digno. Porque bienaventurados son los que no le vieren, y le creyeren. No quieras que se te mues-

muestre de otra manera, sino asi, y hazte de llegar á el, para que su Magestad te convierta en sí, y no tu á él en tí. Procura de inflamar tu voluntad en él, y que él te inflame en su amor, y te enseñe su santisima voluntad.

Siempre, quando te ofrecieres á Dios en sacrificio, has de estár dispuesto, y aparejado á padecer por su amor todos los tormentos, é injurias que te acaecieren, y todas las enfermedades de tibiezas, y sequedades en la oracion, y fuera de ella, que tendrás muchas, todas las has de aceptar por buenas, y trabajar de no ser tu la causa, mayormente de cada dia, y abrazalas, y tenlas por hermanas, y todo tu consuelo ha de ser padecer por tu amado, y por su amor. Y no seas inconstante de lo que comenzáres, mas persevera: y si lleváres estos medios, y trabajáres de hacerlo con toda suavidad, imposible es dexar de perseverar hasta el fin; porque no sabrás vivir fuera

de esta quietud, ni te hallarás una hora estando desasosegado, porque te será tormento intolerable.

CAPITULO IX.

Que no ha de buscar el alma regalo, ni cosa que le dé gusto, sino solo Dios.

DEbes siempre escoger los trabajos, y holgarte de estár donde menos amistad te tienen, y donde mas sujeto has de ser. Finalmente, todo ha de ser causa, que te vayas á Dios, sin que nadie te detenga en el camino. Y en esto te has de consolar, en que todo sea amargura para tí, y solo Dios sea tu descanso, y siempre descanse tu anima en el Señor. Todos tus trabajos á este Señor los encamina, que es medianero entre Dios, y los hombres. Ama á este Señor, y comunicale tu corazon sin temor alguno, que él soltará tus dudas, y te levantará quando cayeres, y absolve-

verá, y comulgará muchas veces espiritualmente, quantas te aparejares, porque es Sacerdote eterno: quando tu Confesor te desechára, y no te quisiere dár los Sacramentos quantas veces tu querrías, vé confed á este Señor, que aunque dió el poder á San Pedro, no se le quitó á sí, concederteha Jubileo cada vez que á él fueres.

Finalmente, si le amáres, todos los bienes tendrás. Ofrecete á Dios en sacrificio, y en toda paz, y quietud de espiritu. Y para mejor caminar en este camino, y para sustentarte en este viage sin cansancio, ni congoja alguna, conviene que propongas, y dispongas tu anima á cada paso, ensanchando tu voluntad, y aparejandola, para que se haga la voluntad de Dios en tí; porque si gran vaso tienes, mucho recibirás, y tu proponer ha de ser obrando juntamente; y no te acaezca lo que á San Pedro, que determinadamente dixo, que moriria jun-

juntamente con Chriſto, y faltó muy preſto, por haberſe él determinado, hallando querer, y voluntad en sí: que aunque ſea buena (como lo era eſta) es muy dañoſa, y principio de gran caída, ſi nueſtra voluntad ſe atreve á penſar, ó querer algo ſola, ſin el ayuda Divina.

A tí nunca te falta querer, y nunca quieras nada: tu querer ſea ſuelto de todas partes, y de la manera que eſtá dicho, y te torno á decir ſiempre, y à cada paſo te determina, con todas tus fuerzas, á ſer agradable á Dios. Y nunca te determines en alguna coſa, que fuera del inſtante en que eſtás hayas de hacer, mas conſervate en libertad. No ſe veda empero por eſto á cada uno, que con prudente ſolicitud entienda en lo neceſario, ſegun ſu eſtado; porque eſte obrar es en Dios, y ſegun Dios; y aſi no impide la paz, y el verdadero aprovechamiento eſpiritual. En todas las coſas propon, y haz luego lo que

dentro de tí se puede hacer, y de fuera no quieras hacer nada: lo que en este instante puedes hacer, es ofrecer á Dios tu voluntad; y mas no quieras, ni desees, ni busques nada. Sé como pobre, que de sí se conoce ser importante, y gozaràs siempre; porque en el instante que tu tengas esta libertad, desasimiento de todo, lo qual puedes tener en todo tiempo, y lugar ocupado, y sin ocupacion, en ese punto gozarás de esta paz. De manera, que en esta libertad de espiritu està la llave de tu perfeccion, y perseverancia, que no es otra cosa, sino perseverar el hombre interior en sí, sin derramarse à querer, ni desear, ni buscar cosa alguna fuera de sí; y todo el tiempo que fuere de esta manera libre, gozarà de este cautiverio Divino, y suave.

CAPITULO X.

Que no se desmaye el alma, aunque sienta en sí repugnancia, ó estorvo para esta paz.

PEro mira, que muchas veces te hallaràs turbado, y privado de esta soledad, y libertad, y los torbellinos de tus movimientos levantaràn en tu anima polvo de turbacion; y esto permite Dios para mayor bien tuyo: porque embiarà el Señor rocío del Cielo, con que la tierra seca de tu corazon dé grosura, y no solamente matarà el polvo con este rocío, mas con él naceràn flores de nuevo, y suave olor, con que te hagas cada dia mas agradable, y apacible à Dios: y esta es la batalla de que los Santos sacaron corona, y grandes merecimientos. En todas las cosas que te turban, dí: Señor, vés aqui tu siervo, hagase en mí tu voluntad. Yo créo, Señor, que tu

ver-

verdad no ha de faltar para siempre, y en ella me confio. Vesme aqui, haz de mí lo que quisieres, que no tengo impedimento ninguno, solo estoy para tí solo. Bienaventurada el alma, que asi se ofreciere en sacrificio à Dios, cada vez que se desasosiega. Y si tardares tiempo en esta batalla, y no pudieras conformar tu voluntad con la de Dios en tan breve como querrias, no por eso desmayes, que esta es la Cruz que Christo te manda llevar, y seguirle, y él la llevó para tu exemplo, sino mirarle en el Huerto, la batalla que tuvo, y como la Humanidad rehusaba, y decia: Padre mio, si es posible, pase de mi este Caliz. Pero luego bolvia à poner su alma en soledad; porque este querer de Christo era suelto, y libre, y asi decia con profunda humildad: No se haga mi voluntad, mas la tuya. Estas labores has de sacar de nuestro dechado Christo, que todo se nos dió en exemplo, y no desmayes, viendo

que

que querrias muchas veces escusar, y huir de los trabajos; mas perseverá en oracion, y en humildad, hasta perder tu voluntad, y querer que se haga la de Dios en tí. Trabaja, porque ninguna cosa more en tu anima, ni aun por breve tiempo, sino solo Dios. No tengas hiel, ni amargura en ninguna cosa, ni pongas los ojos en las malicias, y malos impetus de los otros; mas así como niños, sin dolor, ni acedia, pasa por todo sin lesion tuya.

CAPITULO XI.

De la diligencia que tiene el demonio para estorvar esta paz, y la que nosotros hemos de tener en nos guardar de sus asechanzas.

COmo la costumbre de nuestro adversario, es buscar à quien tragar, lo que el querria de tí, es, que te apartases de la humildad, y de esta simplicidad, mayormente
que

que atribuyas à tí, ó à tu industria, ó diligencia algo, y juzgases en algo á los otros, creyendo, que tu eres mas diligente, y que te dispones mejor para recibir los dones de el Señor, y de aqui menosprecies á alguno en tu pensamiento: porque con algo de esto luego hallaría entrada en tu alma; porque por la puerta que él mas desea entrar, es por esta de nuestra estimacion propria; y si no estás muy sobre aviso, y dás luego la buelta con toda brevedad, y te confundes, y deshaces y aniquilas, como está dicho, hacerteha caer en sobervia, como aquel Fariseo, de quien habla el Evangelio, que se gloriaba de sus bienes, y juzgaba los males agenos; y si por esta via tomase la posesion de tu voluntad, hacerseha señor de ella, metiendo en ella todo el linage de vicio, y sería grande el daño, y peligro; y por eso nos enseñó el Señor á velar, y orar. Es, pues, menester, que con todo cuidado estes sobre aviso,

pa-

para que el enemigo no te prive de tan gran teſoro, como es la paz, y quietud del alma. Porque con todas ſus fuerzas en lo que mas trabaja, es en quitar eſte repoſo, y hacer que el alma viva en deſaſoſiego, donde él ſabe que eſtá toda la perdicion, y daño; porque una anima quieta toda coſa obra con facilidad, hace mucho, y bien hecho, y perſevera, y facilmente reſiſte à todo eſtorvo; y por el contrario, ſi eſtá turbada, ó inquieta, ninguna coſa hace bien hecha; porque hace poco, é imperfecto; canſaſe luego, y en fin vive en martyrio deſaprovechado. Tu, ſi quieres ſalir con victoria, y que el enemigo no eſtorve tu grangería, para ninguna coſa, has de eſtár mas advertido, que para no dexar entrar turbacion en tu anima, ni por un momento conſentir que eſté inquieta. Y porque mejor te ſepas guardar de ſus engaños en eſte caſo, toma por regla cierta, que todo pen-

fa-

ſamiento que te aparte de mas amar, y mas confiar en Dios, es menſagero del infierno, y como tal, le has de dár de mano, y no admitirlo, porque el oficio del Eſpiritu Santo no es ſino llegar á las almas cada vez mas à Dios, encendiendolas en ſu amor, y poniendo en eſtas nuevas confianzas; y el del demonio ſiempre es al contrario, y aſi ſe aprovecha de todos los medios que puede para eſte fin; como es, poniendo miedos, agravando demaſiadamente las flaquezas ordinarias, dando á entender, que no ſe diſpone el alma como debe, aſi para confeſar, como para comulgar, y orar; y aſi la hace andar ſiempre deſconfiada, medroſa, y turbada. Las faltas de devocion y guſto en la oracion, y en los otros exercicios, hacerlas tomar con impaciencia, dandoles á entender, que de aquella manera vá todo perdido, y que mas valia dexarlo; y finalmente les pone en gran deſaſoſiego, y deſ-

confianza, que piensan, que todo quanto hacen vá desaprovechado, y sin fruto, por donde se les aumenta el desconsuelo, y el miedo, casi pensando que estan yà de Dios olvidados, como la verdad sea lo contrario; porque son innumerables bienes los que de las sequedades, y faltas de devocion se sacan, si el alma entendiese lo que Dios por esto pretende, con solo haber de su parte sufrimiento, y perseverancia en el obrar. Porque (como dice San Gregorio) gusta mucho Dios de la oracion con Fé, y confianza hecha, aunque el alma en ella esté seca, y de todo gusto privada, si con verdadera felicidad persevera, puesto que esté amarga, y distraída, y á su parecer no puede pensar cosa buena, no es oracion perdída, porque la misma tribulacion, con paciencia sufrida, delante de Dios ora, y negocia, y aquella amargura de la tribulacion delante de Dios resplandece; y segun

gun el mismo San Gregorio, mas que otro exercicio á Dios inclina, y á nuestro modo de hablar, fuerza para que nos favorezca. Donde se sigue, que ninguna buena obra se ha de dexar, por mas seca, é inquieta que se halle el alma. Porque quando la dexase, seria hacer lo que quiere el demonio, y asi privarse de maravilloso fruto. Y porque mejor lo entiendas, y lo bueno, y provechoso no sirva de te hacer daño, por tu no entenderlo, brevemente te pondré aqui los bienes que vienen por la humilde perseverancia en estos secos, y amargos exercicios, para que entendiendo, no pierdas.

CAPITULO XII.

De como no se debe desasosegar el alma por las tentaciones interiores.

INfinitos son los bienes, que las amarguras, y sequedades espiri-

rituales en el anima causan, si son con humildad, y paciencia recibidas. Y si esto entendiese el alma, no tendria tanta inquietud, y pena con ellas. Y aunque otra cosa no hubiese, bastaria saber, que las mas veces Dios las embia, y las quiere, para que nos fuesen materia de tristeza, y desconsuelo, sino muy de veras de lo contrario, y asi las habiamos de tomar, no como señales de odio, ú de aborrecimiento que el Señor nos tiene, sino de grande amor, y recibirlas como señalada merced, que él nos hace; y vese esto muy claro, si miramos, que semejantes cosas no pasan, sino por los que mas se quieren señalar en el servicio de Dios, y se apartan de las cosas, que son camino para le ofender, porque nunca vemos, que los grandes pecadores, y muy metidos en las cosas de el mundo, se quexen de semejantes tentaciones; y asi parece claro, ser fruta con que Dios combida á los

que

que bien quiere. Y aunque á nuestro gusto sea desabrida, sin echarlo de vér, estrañamente nos aprovecha, por mas fea, y espantable que la tentacion sea; y aunque sea tal, que solo la imaginacion nos asombre, y escandalice: porque quanto mas horrenda, y torpe es la tentacion, tanto mas nos espanta, aflige, y humilla; y tanto mas aprovecha para lo que Dios pretende; aunque entonces menos el alma lo entienda, y por eso mas lo aborrece; y asi huye de caminar por tal camino, porque nunca querria carecer de gusto, y consuelo, y todo lo lo demás tiene por tiempo perdido, y trabajo desaprovechado.

CAPITULO XIII.

De como el Señor dá para nuestro bien estas tentaciones.

SOmos los hombres naturalmente sobervios, ambiciosos, y amigos de nuestro parecer; por lo

qual ſiempre preſumimos de noſotros mas de lo que ſomos. Y eſta eſtimacion es tan peligroſa para el verdadero aprovechamiento eſpiritual, que ſolo el olor, ó reſabio de ella baſta á no dexar á nadie llegar á la verdadera perfeccion. Y por ſer tan peligroſa, tiene el buen amigo, Dios, tanto cuidado de ponernos en eſtado, que podamos ſalir de tanto peligro, y caſi neceſitados, vengamos á tener de noſotros verdadero conocimiento, como hizo con el Apoſtol San Pedro, permitiendo que le negaſe, para que aſi ſe conocieſe, y mas de sì no confiaſe.

Y al Apoſtol San Pablo le fue por Dios dada una molesta tentacion de la carne; porque conociendo su flaqueza natural, ſe humillaſe, y las muchas revelaciones, que Dios le había hecho, no le enſoberveciesen, (como el miſmo dice) y aſi por conſiguiente, apiadandoſe de nueſtra miſeria, y per-

ver-

versa inclinacion, permite que nos vengan tentaciones horribles, feas, y de muchas maneras, para que con ellas quedemos humillados, y reconocidos; aunque á nuestro parecer estémos desaprovechados, y aqui se muestra su bondad, y sabiduria, que con aquello que à nuestro parecer mas nos daña, mas nos aprovecha, porque mas nos humilla, que es lo que mas ha menester nuestra alma; porque ordinariamente acontece, que el que en sì siente semejantes pensamientos, y tantas indevociones, y sequedades de espiritu, piensa, que aquello viene de su mucha imperfeccion, y que no puede haber nadie, que tenga anima tan desbaratada, y sirva á Dios con tanta floxedad, y tibieza; y le parece, que tales maneras de pensamientos, no vienen sino á gente perdida. Donde se sigue, que el que antes pensaba ser algo, ahora con esta medicina que le ha venido del Cielo, se tiene por el

 peor

peor del mundo, é indigno aun del nombre de Christiano, y nunca viniera á tal estimacion, y á humildad tan profunda, si la gran tribulacion, y muchas tentaciones espantosas, y extraordinarias, no le forzáran, que es una estraña merced que Dios hace en esta vida al alma, que el saber estár de tal medicina necesitada. Allende de este fruto, que las semejantes tentaciones, y faltas de devocion causan en el anima, hay otras muchas; porque el que asi anda atribulado, casi le es forzoso irse á Dios, y buscar las virtudes como por remedio de este trabajo, y semejantemente por verse libre de tal martyrio como su anima pasa, tiene por bien huír de todo pecado, y todo lo que parece ser imperfecto; y asi le sirve la tribulacion (que á su parecer le hacia mucho daño) como de espuelas, para con mas fervor buscar à Dios, y apartarse de todo lo que piensa ser ageno de el querer Divino.

Y finalmente, es un purgatorio amoroso la tribulacion, y fatiga, que el alma de las tales tentaciones pasa, si con humildad, y paciencia, como está dicho, las sufre; y aun sirven de maravillosas coronas en el Cielo.

Todo esto he dicho, porque se entienda, quan poca razon hay de turbarnos, ni entristecernos con las indevociones, y tribulaciones espirituales, ni perder la paz en ellas, como lo hacen las personas poco experimentadas, que lo que viene de mano de Dios atribuyen al demonio, ó á sus pecados, ó á imperfecciones; y las señales de amor toman por señales de odio, y los regalos, y favores Divinos, piensan ser aborrecimientos, y muestras de olvido, pensando que todo quanto hacen es perdido, y sin merecimiento; y aun pensando que yà no tiene remedio su perdimiento, como con verdad no haya nada perdido, y sea todo señales de muy

grande acuerdo de Dios. Y si esto acabasen de creer, ni se desasosegarian, ni perderian la paz por verse tentados, ó atribulados con muchas, y diversas tentaciones, é imaginaciones, ni por verse con sequedad, ó falta de devocion en la oracion, y otros santos exercicios; sino antes entonces, con nueva perseverancia, humillar su anima delante del Señor, proponiendo en todo, y por todo cumplir el querer Divino, de qualquier manera que el Señor se quiera servir de nosotros en este mundo; y trabajar de conservarse en toda paz, quietud, y sosiego, tomando todo quanto le viniere, como de la mano del amoroso Padre del Cielo; y en lugar de tristeza, y desconsuelo, hacerle nuevas gracias con entrañable amor, y regocijo, y perseverar en esto, hasta que pueda hacerlo en toda paz, y reposo, sin andar perdiendo tiempo.

CA-

CAPITULO XIV.

De el remedio que ha de tener el Alma, para no se inquietar en sus culpas, y flaquezas.

Y Si alguna vez cayeres en alguna flaqueza, ò descuido, en obras, ó en palabras, como enojandote por algo que te acontezca, ó mormurando, derramandote en risa, ó en otra curiosidad, ó sospechando alguna cosa en mala parte de otro, por qualquier otra via cayeres, ora sea una vez, ora muchas, aunque por muchas veces hayas caìdo en lo mismo, y hubieses determinado, y propuesto de te guardar no tornar á caer.

No te debes turbar, ni desconfiar, ni ponerte con desconsuelo á tratar de lo pasado, confundiendote con nuevos dolores, pensando, que nunca te has de acabar de enmendar, pareciendote, que no haces lo que debes; por-

que si lo hicieras, no cayeras tantas veces en lo que caes cada dia, y á las veces, quanto mas lo propones, mas inconstante te hallas: donde viene el entristecerse, y el desconfiar, cargando el anima de mil temores; unas veces, como dicho es, de pensar, que nunca has de salir de semejantes flaquezas; otras veces de que tu imperfeccion lo causa, y tu flaco determinar; otras, se te representan, que no andas de veras en el servicio de Dios, y asi te pondrá verguenza, y confusion de llegar á Dios, ó representarte delante de él, como si no le hubieses guardado lealtad. Y de aqui viene, que estos tales pierden mucho tiempo en pensar en ello, fabricando quan grande fue el detenimiento, y hasta donde llegò la culpa, y si fue consentimiento, si se detuvo á sabiendas, si lo quiso, ó no lo quiso, si lo despidió, ó voluntariamente se detuvo; y mientras mas piensan, menos se en-

entienden, y mas se entristecen: donde viene el desasosiego para confesar, ván con miedo à la confesion, despues de haber perdido mucho tiempo; y despues de haberse confesado, tampoco pueden tener el espiritu quieto, por parecerles, que, ó no lo han dicho todo, ó no lo han dicho por entero; y asi viven vida infeliz, amarga, é inquieta, dexando de aprovechar, y perdiendo gran parte del merecer; y todo por no entender su flaqueza natural, y tambien por no saber la manera como con Dios han de negociar, con el qual despues de haber caido en todas las flaquezas dichas, y qualesquier otras, mas facilmente se negocia con una amorosa conversacion, como con la tristeza, y desconsuelo que se toma en la culpa, deteniendose en la examinacion, especialmente en culpas veniales, y ordinarias; y quando se vieren en alguna inquietud, bastales tomar parecer de alguna persona docta,

á de su propio Confesor.

Digo aun mas, que esta conversion amorosa, y confiada à Dios, se ha de entender, no solo en las culpas livianas, y quotidianas, sino tambien en las mayores, si alguna vez el Señor permitiese, que cayese en ellas, y aunque fuesen muchas veces, y aunque no fuesen por flaqueza solo, sino por malicia cometida; porque la contricion sola, con anima turbada, y escrupulosa, nunca pondrá en estado perfecto al almá, si no se junta con ella esta confianza amorosa de la bondad, y misericordia de la Magestad suprema de Dios.

Y esto muy mas particularmente es menester en las personas que desean, no solamente salir de sus miserias; pero aprovechar en las virtudes, y amor de la Magestad de Dios; lo qual muchos no quieren acabar de entender, trayendo sus espiritus tan caìdos, y desconfiados, que apenas pueden pensar

co-

cosa buena; y así viven una vida, que es lastima, por no querer, sino seguir su imaginacion propia, dando de mano á la verdadera, y saludable doctrina.

CAPITULO XV.

De qué manera se debe aquietar á cada paso el alma, sin perder tiempo, ni aprovechamiento.

TOma, pues, esta regla para todas quantas veces te vieres en algun defecto caído, ora sea grande, ora sea pequeño, aunque quatro mil veces en aquel dia hubieses el mismo defecto cometido, aunque no fuese por alguna ocasion, sino porque voluntariamente la quisiste hacer. Sea esta la regla, la qual infaliblemente has de guardar, que en viendote en la culpa, ú defecto caìdo, no te pares turbado, ni inquieto, ni deteniendote mucho, sino que luego

en conociendo lo que has hecho, confiadamente, y con humildad mirando tu flaqueza, pongas los ojos en Dios amorosamente, y con la boca, ò con el pensamiento digas: Señor, yo he hecho como quien yo soy, y de mí no hay que esperar otra cosa, sino estas faltas, y otras; y no parára yo en esto solo, si Vos me hubierades dexado: doyvos infinitas gracias por ello, de lo cometido me pesa; y perdonadme por quien Vos sois, y dadme gracia para que mas no os ofenda, y seamos amigos.

Y hecho esto, no pierdas tiempo con inquietud, pensando, que el Señor no te ha perdonado, sino con este reposo, vé de tal manera adelante en tus exercicios, como si en defecto ninguno hubieras caído; y esto, como digo, una vez, cien veces, y con la misma confianza, y reposo la postrera vez, como la primera, porque despues de hacer en esto á Dios particular servicio,

hay otros mil bienes; porque ni se estorva el aprovechamiento, ni se pierde el tiempo en lo escusado, y sin fruto, y con mucha mas ganancia, y perfeccion se sale del pecado: y esto querria yo que acabassen de creer, y entender los inquietos, y desassossegados, y verian quan diferente es la paz de su espiritu, y quan grande es la ceguedad de los que tan à su daño andan siempre perdiendo tiempo. Notese esto mucho, porque está aqui la llave de el verdadero aprovechamiento, y aun de alcanzarlo en breve tiempo.

Aqui faltan otros avisos necessarios para este exercicio, que por la priessa no ha habido lugar; y los daré despues, que de estos se hayan aprovechado.

Esto se lea despacio, y con desseo de sacar de ello fruto, que el Señor, por su bondad lo dará mas, que los hombres sabemos pensar, ni entender.

Es

Es menester, que se advierta, que esto no se escribe, sino para la gente que trata de particular aprovechamiento, y está muy fuera de culpas mortales. Porque para los que viven descuidados en pecados mortales, ofendiendo á cada paso à Dios, no es esta medicina, que los tales tienen porque turbarse, y muchas veces llorar sus pecados, y tener gran cuenta de confesarlos; de manera, que por su floxedad, no les falte el remedio.

TRATADO III.

MEDITACIONES de los dolores mentales de Jeſu-Chriſto N. Redentor.

PROEMIO.

FUE muy deſeoſa una alma, amiga de Dios, de apacentarſe, y hartarſe de los amargos manjares de la Paſion del dulciſsimo, y amoroſiſsimo Jeſus; la qual deſpues de largo tiempo, y de eficaces plegarias, fue por mano de el miſmo Señor introducida al thalamo de ſu anguſtiado corazon, y de tal ſuerte alcanzó diverſas veces eſte bien, y merced, que la fuerza del dolor que ſentia la obligaba á decir:

No mas, Señor, no mas, que es insufrible pena tan grande. Y no le parecerán estas cosas increíbles á quien tuviere noticia de quan benigno, y liberal es este Señor para qualquiera, que con Fe, y perseverancia le sabe pedir lo que desea. Dixome esta alma dichosa, que orando, decia á Dios con grandes ansias: O Señor mio! yo te ruego, y suplico me anegues en el amarguisimo mar de tus dolores mentales; porque en él deséo (amor mio, y todo mi bien) acabar la vida; y si de ellas fuesedes servido, dime, dulce Jesus mio, toda esperanza mia, qué tan grande fue el dolor de tu afligido corazon? Y que el amoroso Jesus le respondia: Sabes quan grande fue el dolor? Quanto lo fue el amor que tuve á mi Eterno Padre, y à la criatura. Y demás de esto me dixo, que yá en otros tiempos la habia hecho el Señor capáz en el grado que habia sido su voluntad, del

amor

amor que á la criatura tenia; ſobre lo qual me refirió muchas coſas devotas, que el querer referirlas, fuera hacer una larga hiſtoria.

Quando el Señor le decia, que era tan grande ſu dolor, quanto fue grande su amor para con la criatura, le parecia á ella, por la granza de eſte amor (de que, como digo, la habia hecho capáz) que le faltaban todos los ſentidos, y que oída aquella palabra, fue forzada á reclinar la cabeza en alguna parte, por el afan grande, que en todos ſus miembros ſentia; y deſpues que eſtuvo aſi algun tiempo, habiendo buelto á cobrar fuerzas, dixo: O Dios mio! O unico bien del alma! Yo te pido por merced, por ti miſmo, que me digas quantas fueron las penas, que en tu amoroſo corazon encontraſte. A lo qual el benigno Señor reſpondió de eſta manera,

MEDITACION I.

Del primer dolor mental de Jesus, que fue por las almas, que aunque unidas á él, se habian de condenar.

SAbe, hija, que demás de otras muchas penas mias, que por ahora no quiero decirte, fueron infinitas las que dentro de mi corazon pasé por infinitas almas, miembros mios, y que veia que se habian de apartar de mí, que soy la verdadera Cabeza, y que tantas veces se habia de separar de mí cada alma, quantas pecaba mortalmente; y esta fue una de las mas crueles aflicciones, que yo sentí; porque (considera) si uno, á quien dàn el tormento de la cuerda, se quexa con tanto extremo, quando se le apartan los huesos de sus sitios naturales, qué martyrio seria el mio, pues tantos miembros se habian de apartar de mí, quantas al-

mas

mas unidas à mí han sido, y serán condenadas, mientras el mundo duráre? Y tantos dolores sentia, quantos eran los miembros, que de mí habian de apartarse; y tanto mas doloroso es el apartamiento de el miembro espiritual, que no del corporal, quanto es mas preciosa el alma que el cuerpo; y quanto sea mas preciosa la alma que el cuerpo no puedes saber tu, ni persona que vive, porque yo solamente conozco la nobleza del alma, y la baxeza de el cuerpo, como Criador de lo uno, y de lo otro. Y asi, tu, ni criatura alguna puede comprehender la cruel congoja, que me causaron tantos apartamientos de miembros, tan conjuntos conmigo, y á quienes yo tanto amaba; y de la forma que en el pecar hay un modo mas grave que otro, y este pecado es mas enorme que aquel; y asi yo en el vér los varios modos de pecar, con que las almas se habian de apartar de mí,

sen-

ſentia mayor, ó menor pena, de donde reſultaba la calidad, y cantidad de tantos dolores como me atormentaban; y porque yo ſabia, que habiendo de ſer ſu voluntad eternamente mala, habia tambien de ſer eterno ſu tormento: por eſo era eſte el mayor cuchillo que me traſpaſaba el corazon, porque con tanta infinidad de almas, como te he dicho, miembros mios, nunca jamás habian de bolver á juntarſe, y unirſe conmigo, que ſoy ſu cabeza, y eſte nunca jamás es lo que atormenta, y atormentará eternamente á aquellas almas deſdichadas, mas que todas las otras penas que tendrán, ó pueden tener *in æternum*; y á mi me afligió tanto, que habria de buena gana eſcogido el padecer de nuevo todas las aflicciones, que ſentí por los apartamiemtos, y ſeparaciones, en los modos, y formas, que habrian de ſer no ſolo una, ſino muchas é infinitas veces; no ſolamente por to-

das

das las almas, sino por una, que hubiese de unirse, y juntarse á la integridad de los otros miembros vivos, que son mis escogidos, y los que vivirán para siempre con espiritu de vida, que procede de mí, que vivifico todas las cosas que viven. Y aquí has de ponderar, en quanto estimo una alma: pues he dicho, que padeceria penas tan graves, por unir, y juntar una sola conmigo; y aun hubiera querido padecer por ella infinitas veces. Y es tanto lo que atormenta à aquellas almas la pena de este nunca jamás poder unirse conmigo, por ordenacion de mi Divina justicia, que querrian ellas padecer tambien una infinidad de penas, con tal, que pudiesen tener esperanza de esta union; y así dispone mi justicia en todos los pecados, que á la calidad, y cantidad de las penas que me causaron en apartar las almas de mí, corresponda la calidad, y cantidad del castigo; y porque mas que otra cosa

ſa me afligia eſte nunca jamás, quiero, y ordeno, que eſte nunca jamás aflija, y atormente á aquellas almas mas que todas las otras penas que tienen, ó tendràn eternalmente; y aqui has de notar, que penas padeceria mi corazon por tantas almas condenadas,

Entonces me decia aquella alma, que nacia en ella un ſanto deſeo (el qual creia tambien que fueſen por ſu Divina inſpiracion) de preguntar al Señor eſta duda; pero con gran temor, y reverencia, por no parecer eſpeculadora de Divinidad; y aſi con ſuma ſimplicidad, pureza, y confianza, decia: O dulce, y penado Jeſus! muchas veces he oído decir, que tu, mi Dios, y Señor, llevaſte ſobre tí las penas de todos los condenados; y querria ſaber (bien mio, ſi de ello fueſedes ſervido) ſi fue verdad, que ſintieſes aquella diverſidad de penas que hay en el infierno, como ſon: tener frio, calor, abraſarſe, morderſe

los

los propios miembros con la vista de aquellos espiritus infernales? Y entonces el benignisimo Jesus, respondiendole graciosamente, le decia: (y pareciole á ella, que esta pregunta no le habia desagradado) Hija mia, yo no sentí esta diversidad de penas de los condenados, en el modo que tu me lo preguntas, porque habian de ser miembros muertos, apartados de mi, y entenderlohas mejor por este exemplo: Si tuvieses una mano, ó un pie, ú otro qualquier miembro cortado, hasta que la mano, ó el pie se cortase, ó se separase de ti, cierto es, que sentirias grave dolor; pero despues que fuese cortado el tal miembro, aunque le echasen en un fuego, ó á los perros, ó lobos, tu no sentirias dolor alguno, como de miembros podridos, y muertos, y de todo punto apartados del cuerpo, y solamente sentirias pena de vér echar en el fuego, ó tragar de las fieras un miembro que ha sido tuyo.

De

De esta manera fueron las almas condenadas, que por ser miembros mios, mientras hubo esperanza de vida vital, y de unirse conmigo, padecí infinitas aflicciones, y aun todos los afanes, y aflicciones, que tuvieron en esta vida, porque hasta la muerte habia esperanza de poderse unir, y juntar conmigo, si ellos quisieran. Pero de lo que habian de padecer despues de la muerte, no sentí pena alguna, como de miembros yá podridos, y muertos, y apartados yá de todo punto de mí, que para siempre no habian de vivir conmigo vida verdadera; pero con todo eso, me era gravemente penoso el vér, que tantos que habian sido proprios y verdaderos miembros mios, habian despues de ser presa de los infernales espiritus, y condenados á eternos tormentos. Y esto es quanto á los dolores mentales, que sufrí por ellos, que antes habian yá sido miembros mios.

MEDITACION II.

Del segundo dolor mental de Jesus, que fue por los pecados de todos los escogidos.

EL otro dolor mental, que me traspasó el alma, fue por los pecados mortales de todos los escogidos; porque en todos los modos que te he dicho haber sido afligido por los miembros dañados, lo fuí tambien por los escogidos, que mortalmente habian de pecar, por la separacion, que habian de hacer de mí. Y quanto era grande el amor, que eternalmente les habia de tener, y la bajeza á que venian pecando mortalmente, y quan excelente la vida á que habian de unirse obrando bien, y graves, y enormes los pecados, que de mí los habian de apartar. Tanto era por estos mis miembros queridos acerba, y cruel mi Pasion; y en esto solo fue diferente el dolor que

ſentí por los miembros dañados, de
que tuve por los eſcogidos; que por
los dañados, como miembros des-
nudos, no ſoy atormentado de las
penas, que deſpues de la muerte ha-
bian de ſufrir, ſino del penſar, que
habian ſido miembros mios; pero
por los eſcogidos ſufrí todas aque-
llas penas, que no ſolamente en vi-
da, mas deſpues de la muerte habian
de padecer; y aſi ſentì los martyrios
de todos los Martyres, las penali-
dades de todos los penitentes, las
enfermedades de los enfermos, los
golpes de los atormentados, las in-
famias, las peregrinaciones, y toda
ſuerte de incomodidades ſuyas; y
en fin qualquier pena grande, ó pe-
queña de todos los eſcogidos vian-
dantes ſentí tan vivamente en mi
miſmo, que tu vivamente ſintieras,
que te hirieſen la mano, el pie, ú
otro qualquier miembro del cuer-
po. Conſidera, pues, quantos fue-
ron los martyrios, y cada uno de
por sì, quanta diverſidad de penas
pa-

padecí, y despues las penas de todos los otros escogidos, que antes fueron, la diversidad de ellas.

Y para que puedas entender mejor esto, considera, si tuvieses mil ojos, mil manos, y pies, y de cada uno de todos los otros miembros tuvieses mil, y en cada uno sintieses diversidad de dolores, y todas juntas las tuviese á un tiempo, no sería este un exquisito tormento, y suplicio nunca entendido? Pues mira, hija, quanto fue infinitamente mayor mi dolor, no habiendo sido mil mis miembros, ni millones, sino innumerables, é infinitos, ni tampoco la diversidad de las penas fueron á millares, mas sin cuento; porque fueron innumerables las penas de los escogidos, de los Martyres, de los Confesores, Virgines, y de todos los otros electos mios: y asi como no se puede comprehender, ni entender quales, y quantos son los Bienaventurados, gozos, y premios aparejados para los justos, y

eſcogidos para el Cielo; aſi no ſe puede entender, ni comprehender quales, y quantas fueron las penas mentales, que por los miembros eſcogidos ſufrí, á las quales penas conviene, que por Divina juſticia ſean correſpondientes á las bienaventuranzas, los gozos, y premios Celeſtiales.

En quanto á los dolores que me afligieron por los tormentos de los eſcogidos, deſpues de ſu muerte, ſabràs, que padecí toda la diverſidad, calidad, y cantidad de las penas que ellos habian de padecer en el Purgatorio, ſegun que mas, ò menos hubieſen merecido; y eſto fue, porque eſtos no eran miembros que ſe habian de apartar de mí para ſiempre, como los condenados, ſino miembros vitales, que habian de vivir eternamente con eſpiritu de vida, habiendoles yo prevenido con mi gracia y bendicion: y la razon por que no me atormentaron las penas de los condenados al infierno,

y

y aquellas de los que habian de estár en el Purgatorio sí; has de entender, hija mia, que fue, porque asi como sentirias dolor por qualquier golpe, ó daño que recibieses en un miembro movido, ó roto, que fuese vivo, y no apartado del cuerpo de todo punto, que hasta buelto á su lugar sanase; asi yo padecí todos los tormentos del Purgatorio, que mis escogidos habian de padecer, como miembros mas vivos, que mediante aquel castigo habian de bolverse á juntar perfectamente conmigo, que soy su verdadera cabeza; y has de saber, que ninguna diversidad, ó diferencia hay entre las penas del Purgatorio, y del Infierno: sino es que las del Infierno nunca tendràn fin, y las del Purgatorio sí, y por esta causa las ánimas en este lugar padecen con voluntad, y alegria, aunque no sin dolor, y se purifican, y limpian de todas las manchas, que los pecados hicieron, sufriendolo todo con paz, y dandome

me gracias en ſuma juſticia. Todo eſto he querido darte á entender, acerca de la pena mental que padecí por mis eſcogidos. Pluguiera al Señor, que yo me acordára de las devotas palabras, que en eſte paſo oí de aquella alma, mientras con un entrañable llanto, me dixo haberla hecho un tanto capáz (conforme á ſu Eſpoſo le habia parecido) de la gravedad, y torpeza del pecado; y quan grande pena, y martyrio habia dado á ſu amantiſimo Jeſus, apartandoſe, y deſviandoſe del ſumo bien para unirſe, y juntarſe á coſas bajas, y viles, como ſon todas las de eſte mundo, que nos dán ocaſion, y materia de pecar. Con todo eſo me acuerdo, que ella me dixo con muchas lagrimas: O Dios mio! y quan miſerable ſoy, habiendoos cauſado tan grandes, é infinitas penas, ó me ſalve, ó me condene. No entendì jamás, Dios mio, que tanto os ofendieſe el pecado, que ſi lo entendiera, pienſo que no hu-

bie-

biera pecado con tanta facilidad, y ligereza. Pero Vos, ó Rey, y Criador de mi alma, no mireis á esto que digo, que aunque lo entendiera, lo hubiera hecho peor que nunca, si vuestra pia, y poderosa mano no me hubiera detenido. O amores de mi alma! son tantas, y tan crueles vuestras penas, que no me pareceis mas Dios, sino mas presto diré, que sois (si en ello no os ofendo) un Infierno de penas de amor, y asi le llamaba muchas veces con una santa compasion, y simplicidad.

MEDITACION III.

Del tercero dolor mental de Jesus, que fue por su Madre Santisima.

ESTá atenta, hija mia, y oyeme, que me quedan por decirte amarguisimas cosas, especialmente acerca de aquel agudo cuchillo, que traspasó mi alma; esto es,

de mi Madre Santiſima, porque fue acerbiſimo el dolor de mi pura, é inocente Madre, la qual por mi Paſion, y muerte habia de ſer tan afligida, y atribulada, que no ha habido, ni habrà jamás perſona mas penada que ella: y por eſto la habemos encumbrado, y ſublimado en la Gloria ſobre todas las criaturas Angelicas, y humanas, que de eſta ſuerte lo hacemos ſiempre, por quanto por nueſtro amor es la criatura humillada, y afligida en eſta vida, y aniquilada en sí misma, tanto deſpues en el Reyno de la Bienaventuranza, es por mi Divina juſticia premiada, y levantada; y aſi como no hubo nunca en eſte ſiglo otra mas anguſtiada que mi dulciſima Madre, aſi en el Cielo no hay, ni habrá jamás alguna ſemejante à ella; y de la ſuerte que ella fue en la tierra la que mas padeció, deſpues de mí, aſi en la Gloria es deſpues de mi la mas bienaventurada.

Y has de ſaber, que en todos los mo-

modos, por todos los respetos, que yo Dios humanado fuí afligido, y sufrí tan graves penas en esos, y por esos mi Santisima Madre padeció, y fue afligida; salvo, que yo padecí en un grado mas alto, y mas perfecto, que ella; y fue tanto lo que me atormentó su dolor, que si hubiere sido voluntad de mi Eterno Padre, me habría sido suma consolacion, que todos sus trabajos hubiesen recaído sobre mi alma, porque ella quedára libre de ellos: y con esto no se me hubieran renovado todos los dolores, que en mi Pasion tuve, reiterando las mismas heridas con saeta aguda, y venenosa: todo lo qual me hubiera sido de sumo refrigerio, como ella quedára sin pena alguna. Mas porque mi Pasion habia de ser genero de consuelo, no me fue esta merced concedida; aunque muchas veces, y con tierno afecto se lo supliqué á mi Eterno Padre, por el amor filial, que á mi Madre tuve.

Decia entonces esta Alma Santa, que le parecia que se le arrancaba el corazon por el dolor de esta Santisima Señora, y que estaba puesta en una congoja, y ansia de mente tal, que no podia pronunciar otra palabra mas que esta: O Madre gloriosisima! No quiero yo llamarte Madre de Dios, sino Madre de dolor, Madre de pena, Madre de todas las aflicciones, que no se pueden pensar, ni referir, porque si tu Hijo es un abismo de ellas, cómo te llamaré, sino Madre de dolor!

No mas, Señor mio, no mas, no me digais mas de los dolores de vuestra bendita Madre, que no me hallo con fuezas para poderos oir; y esto me bastará para mientras tuviere vida, aunque dure mil años.

ME-

MEDITACION IV.

Del quarto dolor mental de Jesus, que fue por su enamorada Discípula Magdalena.

PОniendo en silencio el Señor la materia pasada, por vér aquella Alma tan afligida, dice, que le empezó à decir: pues qué dolor piensas que sentí, por la grande pena, y afliccion de mi querida, y bendita Discipula Magdalena? Fue tal, que no podrás jamás, ni entenderlo bien, ni persona alguna, por la perfeccion mia, que soy el Maestro, que la amaba, y por la dileccion, y bondad de ella, que era la Discipula amada, y no puede comprehender esto otro que yo, aunque podria ser de alguna cosa capàz, quien hubiese probado, ó hecho experiencia del amor casto, y espiritual, en quanto al amar, y ser amado; pero no puede hallarse otro semejante á esto; porque tam-

poco podrá hallarſe un Maeſtro, y Discipula tales. Pues es cierto, que no hubo, ni habrá jamás otra Magdalena, como ella, y dexa decir á cada uno lo que ſe le antojàre acerca de eſto; porque lo que yo digo es, que excepta mi Madre Santiſima, no hubo perſona, que mas que ella ſintieſe mi Paſion, y muerte: y aſi como deſpues de mi Madre, fue ella la mas afligida por mi muerte, aſi deſpues de mi Reſurrecion fue deſpues de mi Madre la primera á quien conſolé; y ſi otra perſona la hubiera ſentido mas que ella, ſin duda hubiera aparecido á la tal antes. En el dulce ſueño que Juan, mi querido Discipulo, tuvo el dia de mi ultima Cena ſobre mi Sagrado pecho, le hice capàz de profundos myſterios, y alli vió mi Reſurreccion, y el fruto ampliſimo de las almas, que procedia de mi amarga Paſion, y muerte; y aunque mi querido Hijo, y Diſcipulo Juan tuvieſe ma-

yor

yor dolor de mi Pasion, y muerte, que los otros Discipulos mios, con todo eso, por causa de lo que él sabia, que de ello habia de resultar, no se aventajó en el dolor á la enamorada Magdalena, la qual aun no era capàz de cosas tan altas, y profundas, como Juan habia sabido; así, aunque pudiera, no hubiera impedido mi muerte, por el gran bien (que como te he dicho) sabia se habia de seguir de ella. Pero esto no pasó de esta suerte por mi querida Magdalena, porque quando me vió espirar en la Cruz, le pareció, que habia faltado para ella el Cielo, y tierra, porque en mi solo tenia cifrada su esperanza, su amor, su paz, y todo su consuelo, y así me amaba sin medida, ni orden; y por consiguiente, fue su dolor sin orden, ni medida: el qual yo solo conocí, sufrí, y sentí cordialmente dentro de mi alma, y probé por Magdalena todas las ternezas, que se pudicron probar, y sentir por un san-

ſanto, caſto, y eſpiritual amor, porque me amaba entrañablemente. Y porque puedas entender eſto mejor, ſabràs que mis Diſcipulos, por no eſtar aun apartados de las coſas del mundo, como éſta Santa Pecadora, bolvieron á las redes, que habian dexado; mas ella no bolvió à la vida holgada, y pompoſa, antes encendida, y abraſada en un ſanto deſeo, por no tener eſperanza de verme vivo, me buſcaba muerto anſioſamente: porque ſabía, que ninguna coſa podia deleytarla mas que yo, ſu amado Maeſtro, ó vivo, ó muerto; y que eſto ſea aſi, ſe vé, pues por hallarme muerto, dexó la compañia de los vivos, y la preſencia de mi bendita Madre, que es la mas digna de ſer deſeada, y la mas amable, y agradable, que ſe puede hallar, y deſpues de mí, la viſion, y dulces coloquios de los Angeles, le parecieron en puro nada, por no haberme hallado à mí; y eſto propio has de entender de qual-

qualquier alma, que afectuosamente me ama, y desea: porque en ninguna otra vision, ó presencia se reposa, ó sosiega, sino solamente en la mia, que soy su querido Dios. No puedes, Alma, pensar, quan grande, y desmedida fue la pena de esta mi querida Discipula: y como toda reverberaba en mi afligido corazon, fuí por ella sobre todo encarecimiento angustiado: y sin duda alguna habria Magdalena caido muerta por la grandeza de su dolor, si yo lo permitiere; pero no dí lugar á ello, porque quise valerme de ella, para hacerla Apostola de los Apostoles, á los quales anunció, y evangelizó la verdad de mi Resurreccion, como ellos lo hicieron despues en todo el mundo: hicela tambien un limpio espejo, y vivo exemplo de verdadera conversion á mí, y de verdadera penitencia, para que fuese regla cierta, y guia segura de la vida contemplativa bienaventurada, estando en la soledad

trein-

treinta y tres años desconocida, y escondida al mundo, y gustando, y sintiendo alli los intimos afectos del amor, en el grado, que en esta vida mortal se puede gustar, y sentir.

MEDITACION V.

Del quinto dolor mental de Jesus, que fue por sus caros, y amados Discipulos.

El otro dolor, que me traspasaba el alma en la fixa memoria, que tenia de aquel Sagrado Colegio, columnas del Cielo, fundamento de mi Militante Iglesia, ovejuelas sin Pastor, el qual yo veía, que habia de andar esparcido, y descarreado, y sabia todas las penas, y grandes martyrios, que por mi habian de padecer; y no se ha hallado, ni hallará jamás Maestro alguno, que tan cordialmente amase á sus Discipulos, como yo amaba mis queridos hijos, her-

hermanos, Discipulos, y benditos Apostoles; porque aunque amé todas las criaturas siempre con un amor infinito, con todo has de pensar, que tuve un especialisimo amor á los que corporalmente comuniqué; y asi padecí por ellos en mi alma un especial dolor, y mas por su respeto, que por mì, dixe aquellas palabras: *Tristis est anima mea usque ad mortem*; por la ternura grande, que me causó el haberlos de dexar sin mí, Padre suyo, y Maestro fiel; y era esta angustia tan grande, que me parecia este apartamiento corporal de ellos otra muerte: y asi, quien considerase las palabras del ultimo Sermon que hice, no seria de tan empedernido corazon, que no llorase, porque parecia, que todas ellas eran llenas de una amarga, y penosa compasion, se me arrancaban de lo profundo de mi corazon, el qual casi rebentaba dentro de mi pecho por su amor, especialmente viendo despues,

pues, que por mi habia de ser el uno crucificado, otro desollado, otro degollado; y en fin, todos habian de perder la vida con varios martyrios por mi amor; y quan grande, y grave sea este dolor, lo puedes por ti misma conocer, pensando, quanto te afligirias, si viesses alguna persona, á quien tu santamente amases, y deseases todo bien, y consuelo, maltratada con palabras, y obras, y muerta por tu respeto, que yo, hija mia, fui causa de todos los males, y trabajos de estos mis Discipulos, y Apostoles; por esto no puedo darte semejanza alguna de el dolor que por ellos pasé; pero lo dicho te bastará, para que puedas compadecerte de mi.

MEDITACION VI.

Del sexto dolor mental de Jesus, que fue por la ingratitud de Judas.

OTRO interno dolor me afligia, y como cuchillo con tres puntas agudas, y venenosas heria, traspasaba, y saeteaba continuamente mi corazon. La una, por la impiedad, é ingratitud de mi amado Discipulo Judas, iniquo, y pesimo traydor. La otra, por la dureza, perversidad, é ingratitud de mi escogido Pueblo Judaico. Y la otra, por la ceguedad, malignidad, é ingratitud de todas las criaturas, que fueron, son, y seràn. Y primeramente pensé que tan grande fue la ingratitud de Judas, habiendole yo aceptado, y recibido en el numero de los Apostoles, perdonando todos sus pecados, dado poder para hacer milagros, hecho dispensero de quanto me daban,

ban, y moſtrando ſiempre ſingular, y eſpecial amor, por apartarle de la iniquidad, que habia concebido hacer contra mi; y quanto yo me le moſtraba mas amoroſo, tanto mas lo andaba él malignando, y maquinando.

Con quanta amargura creerás, que yo rebolvia en mi afanado eſpiritu eſtas coſas, y otras que callo? Mas quando llegué à aquel acto humilde, digno de toda compaſion, de lavar ſus pies, y de los otros, entonces ſe deshacia mi corazon en un entrañable llanto, y verdaderamente ſalian por mis ojos arroyos de lagrimas vivas ſobre ſus torpes, y abominables pies; porque dentro de mi miſmo decia: O Judas! qué te he hecho yo, que tan cruel traycion me has armado? O deſventurado diſcipulo! No era eſta la ultima ſeñal de amor que te podia moſtrar? O hijo perdido! por qué razon te apartas de eſta ſuerte de tu Padre, y Maeſtro? O Judas! ſi es que codicias los

trein-

treinta dineros, que por mí te dàn, por qué no vàs à mi Madre, que tambien lo es tuya, y se venderá á sí misma por librarme, y librarte de tan grande peligro, y muerte? O discipulo ingrato! Yo te beso con grande amor los pies, y tu me has de besar con tan gran traycion la boca! O qué mal cambio me darás! hijo amado, y querido, no lloro mi Muerte, y Pasion, sino tu pérdida; porque yo no he venido al mundo por otra cosa, que por padecer, y morir por mis Almas amadas.

Estas, y otras palabras le decia con el corazon, mojandole, y regandole los pies con abundantes lágrimas; pero él no caía en esto, porque yo estaba arrodillado delante de él, con la boca inclinada, de el modo que uno està, quando lava á otro los pies; y mi rostro, lagrimoso, y triste, estaba cubierto de la multitud grande de mis largos cabellos. Este triste, y amargo llanto, que de ternura de

amor

amor procedia, fue semejante al de un padre, que tiene un hijo unico, y solo, à quien estando cercano á la muerte hacen algun bien, y despues dentro de su corazon le dice: Vete con Dios, hijo querido, que este es el ultimo bien, que yo te haré jamás, porque esto propio me sucedió á mi con Judas, quando le lavé, y besé los pies, y con tan grande amor los llegué, y aparté de mi sagrado rostro. Viendo esto mis Sagrados Apostoles, parecia que dixesen: O Jesus, nuestro querido Maestro! un perfecto exemplo nos dás de profunda humildad, y de caridad entrañable. Mas tristes, y miserables de nosotros! qué harémos sin Vos, que sois todo nuestro bien? Qué hará vuestra desconsolada, y pobre Madre, quando le digamos esta vuestra humildad, que nos hayais lavado nuestros pies hediondos, y sucios, y llenos de polvo, y lodo, y demás de eso, nos los hayais besa-

do

do con vuestra dulce, y meliflua boca? O Señor, y Dios nuestro! semejantes muestras de amor son para nosotros señales ciertas, é indubitables de mayor pena, y dolor.

Todo esto te he dicho, hija, para darte alguna noticia de el grande, y entrañable dolor, que sufrí por la impiedad, é ingratitud de Judas, traydor; pues quanto mas le quise, y mayores muestras le dí de este amor, tanto mas me atormentó, y afligió su maligna ingratitud.

MEDITACION VII.

Del septimo dolor mental de Jesus, que fue por la ingratitud del Pueblo Judaico.

QUanto me traspasó la saeta de el ingrato, y obstinado Pueblo Judaico, por su indecible ingratitud, podrás pensar, considerando los beneficios que le hice. Hicele mi Pueblo Santo, y Sacerdo-

dotal; eſcogile en mi parte, y herencia ſobre todos los otros Pueblos de la tierra; ſaquéle de la ſervidumbre de Egypto, de las manos de Faraon; tráxele á pie enjuto por medio del Mar Bermejo; fuíles columna de dia con la ſombra, y de noche con la luz; ſuſtentéle de Celestial Maná quarenta años; díle con mi propia boca la Ley en el Monte Sinaí, é infinitas victorias contra ſus enemigos; tomé carne humana de ellos; y todo el tiempo que viví en la tierra, converſé con ellos, enſeñéles el camino del Cielo; híceles en aquel tiempo infinitos beneficios, y grandes mercedes; dí á ſus ciegos viſta, oìdos á ſus ſordos, á ſus coxos pies, vida á ſus muertos; y en fin, hice entre ellos innumerables, y maravilloſos milagros: y quando yo oí entre otras coſas, que con tanto furor, y rabia clamaba, que fueſe Barrabás libre, y ſuelto, ſiendo hombre tan malo, y ſedicioſo, y que yo, Rey
de

de el Cielo, y de la tierra, fuese crucificado, y muerto, me pareció, que mi afligido corazon se deshacia de dolor; y esto, hija mia, no lo sabe nadie, sino quien experimenta, que pena sea recibir uno mucho mal de otro, á quien él ha hecho mucho bien, y quan dura cosa sea para un inocente, el gritarle todo un Pueblo: Muera, muera, crucifiquenle; y que quien está en peligro de pena tal, y se sabe claramente, que merece otras mil como ella, sea por voz de ese mismo Pueblo clamado por libre. Estas son cosas mas presto para pensar, y considerar profundamente, que para explicarlas con palabras.

MEDITACION VIII.

Del octavo dolor mental de Jesus, que fue por la ingratitud de todas las criaturas.

ESta misma alma, de quien vamos hablando, siendo alum-

brada por Christo, que es Sol de Justicia, me dixo, (como dando gracias al Señor por sí, y por todas las criaturas) que sentia entonces tanta humildad en su corazon, que verdaderamente confesaba á Dios, y á toda su Corte Celestial, que ella habia recibido de su Magestad mas dones, y beneficios que Judas, y ella solo mas que todo aquel Pueblo amado junto, y que peor, y mas ingratamente lo habia hecho con él que Judas, y que mas cruel, y protervamente le habia crucificado, y muerto ella, que aquel ingrato Pueblo; y con esta santa consideracion se metia su alma debaxo de los pies de los condenados, y del maldito Judas; y desde aquel abismo, y profundo lugar, embiaba suspiros, llantos, voces, y gritos á su amado; é injuriado Dios, diciendole: Benignisimo Señor, como puedo yo darte gracias, de que me sufres, pues lo he hecho contigo mil veces peor que Judas? Tu le hiciste

á

á él tu Diſcipulo, y tal tambien me hiciſte á mí. Perdonaſtele à él los pecados, y yo confio, que por tu miſericordia, y gracia me los has tambien perdonado. Diſtele á él la diſpenſa de las coſas temporales, y á mí, ingrata, me has dado la de tantos dones, y grandezas de teſoros eſpirituales. A él le diſte virtud de hacer milagros, y á mí me los has hecho hacer mayores, trayendome voluntariamente al lugar, y habito donde me hallo. O mi dulce Jeſus! yo te he vendido, y te he hecho no una traycion ſola, ſino mil, é infinitas. Dios mio, y todo mi regalo, bien lo ſabes tu, que te he hecho mayor traycion que Judas, quando debaxo de eſpiritualidad te he dexado, y me he llegado á las ataduras de la muerte. Si tanto te afligió la ingratitud de aquel Pueblo, quanto te habrá afligido la mia, pues ha ſido mucho mayor, habiendo recibido mas beneficios, y gracias,

que ellos de tí, mi verdadero bien. O mi Señor! yo te alabo, y doy gracias de todo corazon, que me has ſacado de la ſervidumbre Egypciaca del mundo, y de los pecados, y de las manos de el cruel Faraon, que es el demonio infernal, que ſeñoreaba á ſu placer de la pobrecilla de mi alma, y la has llevado, Rey mio, por medio de las aguas de el mar de mi vanidad mundana, con los pies enjutos, y he por tu gracia paſado á la ſoledad del deſierto de la Religion, donde infinitas veces me has ſuſtentado de tu dulciſimo, y ſabroſo Maná, que me ha ſabido á todo ſaber; eſto es, que todos los deleytes del mundo me han parecido canſancio, reſpecto de una minima conſolacion eſpiritual. Yo te doy infinitas gracias, Señor, y Padre mio benigno, que me has dado la Ley por tu dulciſima, y ſantiſima boca, no una, ſino muchas veces en el Monte Sinaí de la ſanta oracion, eſcrita con el de-

do

do de tu piedad en las tablas de piedra de mi duro, y rebelde corazon: doyte gracias, suave Redentor mio, por todas las victorias que me has hecho alcanzar de mis vicios, capitales enemigos mios. Todas las veces, que yo he vencido, tu has sido causa de mi victoria, y las que he sido, y soy vencida, ha sido por mi maldad, y por el poco amor, que à tí mi Dios he tenido, y tengo. Tu, Señor, has nacido por gracia en mi alma, y me has enseñado el camino, y la luz de la verdad, para venir á tí, verdadero Paraíso, en las tinieblas, y obscuridades de este miserable mundo, me has dado el ver, el oír, el hablar, y el caminar; porque verdaderamente yo estaba ciega para todas las cosas espirituales, sorda, coja, y muda, y me has resucitado en tí á verdadera vida, que la dás á todo lo que vive; y yo, Dios mio, y Redentor mio, te he puesto en

Cruz, te he azotado en la columna, te he coronado de espinas, te he dado á beber hiel, y vinagre; yo he sido la que he hecho esto; yo, Señor mio, yo. Y asi pasando por estos penosos discursos con muchas lagrimas, y pena, segun el Señor le comunicaba la gracia; y concluyendo, decía: Sabes, Señor mio, por que digo, que yo he hecho todas estas cosas contra tí? Porque he visto luz en la tuya, y asi sé que afligieron mucho mas los pecados mortales, que yo he cometido, que entonces te afligieron aquellos, que de tantas maneras atormentaban tu Sagrado Cuerpo: por lo qual no es menester, que tu me digas el grande dolor, que te causó la ingratitud de todas las criaturas, que pues me has dado gracia para conocer, á lo menos en parte mi grande ingratitud, considero por ahí tambien, por la infusion de tu Divina gracia, lo que contra tí hicieron todas las criaturas juntas.

Pero en esta consideracion me falta Jesus mio, el aliento, y me admiro de tanta caridad, y paciencia como tienes con estas tan ingratas criaturas, sin faltar por eso jamás de proveernos de todo lo que hemos menester en nuestras necesidades, espirituales, y corporales; y asi como, Dios mio, no se pueden saber todas las cosas, que has hecho en el Cielo, tierra, y demás elementos, por nosotros viles criaturas, asi tampoco se puede comprehender, ni saber nuestra indecible ingratitud; y asi yo confieso, Señor mio, que solo tu sabes, qual, y quan grande haya sido aquella amarguisima saeta, que tan penosamente te pasó el corazon, por la ingratitud de tantas criaturas, quantas fueron, son, y serán en el mundo, y esta verdad, yo la conozco por mí, y por todas las criaturas, que como, ni mes, ni dia, ni hora, ni punto pasa, sin que participemos de tus beneficios, y gracias, asi no pasa minuto de tiem-

po ſin infinitas ingratitudes nueſtras; y eſto conozco, creo, y confieſo, que fue uno de los atroces, y crueles dolores, y penas que tu Alma Santiſima ſintió.

TRATADO IV.

MODO DE CONSOLAR, y ayudar á los enfermos á bien morir.

Infirmus eram, & visitasti me. Matth. 25.

CAPITULO I.

Quan grande sea la obra de ayudar á los enfermos.

CLara cosa es, que la salud verdadera del hombre no está en la vida, sino en la muerte: porque donde cayere el arbol, allí tendrá siempre su morada; (a) de que se infiere, que el ayudar á bien morir á los enfermos, es obra de no pequeña caridad, y mayor de lo que muchos se

(a) *Eccles.* 11.

se imaginan: porque si se considera el hombre, que se ha de salvar, lo hallamos de inestimable valor, habiendo sido criado á imagen, y semejanza de la Trinidad altisima: despues de esto si se buelve el pensamiento á las obras, que el Hijo de Dios ha hecho por salvarle, quién podrá jamás comprehender la estimacion, y grandeza de la salud humana? Y finalmente, si se considera el fin principal de ella, que es la gloria de Dios, queda de todos modos inefable en su grandeza.

CAPITULO II.

De las consideraciones, que debemos hacer, quando nos llaman á ayudar á los enfermos.

PAra excitarnos mejor en la caridad, quando nos llaman à ayudar á los enfermos, demás de las consideraciones sobredichas, debemos premeditar las cosas siguientes.

La primera, que no nos llaman estas, ó aquellas personas, sino Dios, que nos dà por exemplo á su Hijo Santissimo, al qual embió desde el Cielo á la tierra para redimir, y salvar el mundo; donde considerarás, quan infatigable se mostró siempre por nuestro bien, sin que el frio, el calor, el hambre, la sed, ni pena alguna, ni aun la ignominia de la Cruz detuviesen el curso de su fineza: asi, pues, si no quieres contristar à tu Señor, está advertido para no rehusar este piadoso, y caritativo oficio por motivo alguno, no por cansancio, no por alguna comodidad propia, no por alguna mortificacion, ó pena, que se padezca en los aposentos, ó estancias de los enfermos; y ultimamente considera aquella sentencia del Señor: *Qua mensura mensi fueritis, remetietur vobis.* (a) *Con la misma medida, con que midiereis, sereis medidos.*

CA-

(a) *Luc.* 6.

CAPITULO III.

De los medios principales, de que necesitamos para ayudar á los enfermos.

PAra exercitar bien esta santa obra de ayudar á los que están para morir, necesitamos de cinco cosas: de la buena vida, de la desconfianza de nosotros mismos, de la confianza en Dios, de la oracion, y de saber el arte, y modo de ayudarlos. Pero habiendo discurrido yá de las quatro primeras en el Combate Espiritual; trataré solamente en este lugar con el auxilio Divino de la quinta con toda la brevedad posible.

CAPITULO IV.

De los estados diferentes, en que pueden hallarse los enfermos.

CInco me parece, que son los estados, en que suelen hallarse

los enfermos. El primero de los que por caídas, heridas, ú otros varios accidentes están para morir en breve espacio de tiempo. El segundo de los que lo tienen mas largo; pero no quieren conformarse con la voluntad Divina. El tercero de los que están conformes, y pueden exercitar las potencias del alma en actos de virtudes. El quarto de los que, ó yá no sienten, ó no pueden sino con suma dificultad hacer algun acto de virtud. Y en el quinto estado pondrémos los que habiendo salido del peligro empiezan á mejorar, y restablecerse.

CAPITULO V.

Del modo de ayudar á los del primer estado.

EL modo de ayudar á los que están luchando, y combatiendo con la muerte es, que si considerada la gravedad del accidente, reconocemos, que les permitirá media hora de vida, la estimemos ape-

apenas medio quarto; y empezarémos á ayudarles con las cosas mas principales, y necesarias á la salud eterna; pues si se alargáre la vida, se podrá despues acudir á las demàs urgencias. Por exemplo: Si hallamos uno, que está en el punto de espirar, el socorro, que se le dará, será el decirle; Hijo mio, duelete de haber ofendido tentas veces, y de tantos modos á un Dios, que con amor indecible te ha criado á su semejanza; y siendo tú esclavo de la culpa, te ha redimido con la sangre, y con la muerte de su propio Hijo: pidele con confianza en su nombre, y en virtud de la preciosa sangre, que por tí ha derramado, perdon de tus pecados; y si alguno te ha ofendido, perdonale de todo corazon, y dí: *Jesus Salvator mundi, miserere mei: Jesu dulcissime, sis mihi Jesus: Jesu Pastor bone, suscipe spiritum meum: Sancta Maria succurre mihi misero peccatori: Sancti Dei omnes intercedere dignemini pro mea salute.*

Je-

Jesus mio, Salvador del mundo, tened misericordia de mí: dulcisimo Jesus, sed para mi Jesus, y salud de mi alma: Jesus Pastor bueno, y amable, recibid en vuestras manos mi espiritu: Maria Santisima socorred á este miserable pecador: Santos, y Cortesanos del Cielo, rogad por la salud de mi alma á la Divina Magestad. Y si tuviere mas tiempo de vida, se le dirá, que confiese sus pecados en esta forma: Me pesa de haber pecado en tal, y en tal cosa muchas, y repetidas veces, procurando acabar quanto antes; porque si despues el mal diere treguas, se le preguntarán aquellas particularidades, y circunstancias, que son mas necesarias; y procediendo de este modo, y con esta prudencia, no morirá el enfermo sin la ayuda suficiente para salvarse.

CA-

CAPITULO VI.

Del modo de ayudar á los enfermos del segundo estado, que son los que tienen mas largo tiempo de vida para disponerse, y rehusan conformarse con la voluntad Divina.

COmo el socorro de los enfermos de este segundo estado, consista en disponerlos para que reciban dignamente los Sacramentos, para que tomen horror á esta miserable vida, y se desprendan del amor de las cosas terrenas; y asimismo para fortalecerlos contra las tentaciones del demonio, que procura no se conformen con la voluntad de Dios, ni abracen el duro golpe de la muerte, con los falaces pretextos de la mocedad, de las dignidades, de la obligacion á los hijos, del temor de sus pecados, y del tremendo Juicio Divino, por no haber hecho penitencia de ellos, ni atendiendo á tiempos

pos

pos al bien de ſus almas: por tanto ſe tratará de todas eſtas coſas en los Capitulos ſiguientes; como tambien de las cauſas por que en la enfermedad ſe procura diferir la confeſion; y de dos medios para perſuadir á los enfermos de qualquier eſtado, que abracen ſin dificultad la muerte.

CAPITULO VII.

Del primer retrato de las miſerias de eſta vida, delineado en auxilio de los enfermos del ſegundo eſtado.

Siendo llamados á ayudar á los enfermos del ſegundo eſtado, ſe debe antes de entrar en el apoſento del enfermo, preguntar con buen modo á ſu familia, las coſtumbres, y calidades de ſu perſona, y de ſu vida (ſi no lo conocemos) porque con eſta luz, y noticia ſe abrirá el camino de ayudarle, y de inclinarle á la virtud; y entrando deſpues en el apoſento,

to, dirémos: *Pax huic domui*: (a) La paz de Dios sea en esta casa; y preguntarèmos al enfermo la calidad de su mal, y como se halla, mostrandole siempre en las palabras, y en el semblante afecto de amor, y compasion, y deseo de todo su bien: quedando despues un poco como pensativos, dirémos la sentencia siguiente con aquella voz, y modo que mas convinieren á su enfermedad: *Occupatio magna creata est omnibus hominibus, & jugum grave super filios Adam á die exitus de ventre Matris eorum usque in diem sepulturæ in matrem omnium.* (b) Verdaderamente, que todos los hombres estan sujetos à un grande trabajo, y que todos los hijos de Adan tienen sobre sí un pesado yugo desde el dia en que salen del vientre de su Madre, hasta el dia de la sepultura, en que buelven á la tierra, madre comun de todos. Esta sentencia, y estas pala-

(a) *Luc.* 10. (b) *Eccli.* 40.

bras son, hijo mio, el verdadero, y natural retrato de la vida miserable del hombre, la experiencia de todos lo confirma, y lo que mas que todo lo autoriza es ser un retrato hecho por el Espiritu Santo, que no puede mentir, ni engañar á alguno: miremosle, pues, todos, y bolvamos á mirarle frequentemente, porque son maravillosos sus frutos; estos son el desprecio de nuestra vida mortal, y el deseo de la celestial, que es eterna, y no está sujeta á miseria alguna. No le pareció bastante decir solamente, *occupatio, & jugum*; trabajo, y yugo; y asi expresó tambien *magna, & grave*, grande, y pesado; ni se contentò con la palabra *hominibus*, á los hombres; sino que añadió *omnibus*, á todos; y finalmente despues de haber dicho *á die exitus de ventre Matris eorum*, desde el dia en que salen del vientre de su Madre, (añadió) *usque in diem sepulturæ in matrem omnium*; hasta el dia de la sepultura en que buelven á la tier-

tierra, madre comun de todos. No te parece, hijo mio, que podemos llamar felíz al que mas se avecina à la muerte, ó por decirlo con mas propriedad, á la otra vida? Pues este se halla mas proximo à salir de las miserias de este destierro, que suelen ser de ordinario las enfermedades, y que podemos considerar mas venturosos á los muertos, como dixo el Sabio: *Melior est dies mortis, die nativitatis*; (a) Mejor es el dia de la muerte del hombre, que el de su nacimiento.

CAPITULO VIII.

Del segundo retrato de la vida miserable del hombre.

EN otro lugar de los muchos, que hay, nos pone á la vista la Escritura el retrato de nuestra vida miserable, diciendo: *Homo natus de muliere, brevi vivens tempore, repletur mul-*

(a) *Eccles.* 7.

multis miseriis: (a) Nace el hombre de muger, vive poco tiempo, y ese poco tiempo que vive está lleno de miserias. O vida del hombre no solo miserable, sino miserabilisima! Si estás llena de tantas miserias, cómo puede caber en tí el mas leve placer, que sea verdadero, y no fingido? O infelicisima vida, no solamente llena de una suerte de miserias, sino de infinitas, una peor que otra, siendo el termino de una principio de otra, y aun de otras muchas! En estas miserias pensaba aquel gran Filosofo, (b) que cada vez que veìa un hombre, lloraba amarguisimamente, (c) pareciendole, que veía un bello vaso, pero muy fragil, y sujeto á innumerables accidentes: esto mismo consideraba aquel Pueblo, que recibia al recien nacido con llan-

(a) *Job* 14. (b) *Heraclito Ephesio.* (c) *Marc. Ant. Coccio Sabellico, lib.* 5. *exemplor. c.* 2. *Vide Beyerlinch in Theatr. verb. Commiseratio, & Misericordia.*

llantos, y celebraba su muerte con regocijos. (a) Bocado amargo es la representacion de los dos retratos referidos; pero para quien tiene sano el paladar, y el entendimiento, es dulce lo que se sigue: *Brevi vivens tempore, quasi flos egreditur, & conteritur, & fugit velut umbra*; (b) Vive (el hombre) poco tiempo, nace como la flor, luego se marchita, y desvanece como la sombra. Lo que tiene de bueno este rapido curso de nuestra vida es lo breve de ella; porque considerando el Christiano, quan presto ha de pasar de las miserias de este mundo á la bienaventuranza del Cielo, à la fruicion, y gozo de su Señor, (c) no puede dexar de regocijarse, y de tolerar con animo paciente qualquiera miseria, y tribulacion por pena de su pecado, y

(a) *Pueblo de Thracia, Valerio Maximo, lib. 2. cap. 6. Juan Boemo Aubano de Moribus gentium, lib. 3. cap. 5.*
(b) *Job ibid.* (c) *Matth. 25.*

y por agradar à Dios. Tan dulce es la consideracion de la brevedad de nuestra vida, que no solo á los Fieles, pero á los Infieles mismos ha sido apetecible la muerte; y tanto, que ha habido muchos, que por llegar á ella mas presto, se la han tomado con sus propias manos. Escribe Valerio Maximo (a) de un Filosofo, (b) que referia, y representaba con tal viveza las miserias de esta vida, que inspiraba en muchos el deseo de darse la muerte, y fue preciso, que el Rey Tolomeo le prohibiese el discurrir, y hablar de semejante materia. Pues si estos Paganos, que no tenian luz, codiciaban la muerte por huir solamente de las calamidades de esta vida: nosotros, que por la gracia de Dios somos Christianos, y creemos llena la otra, no de miserias, sino de tales felicidades, que ni los ojos jamàs han visto, ni los oídos escuchado,

(a) *Lib. 8. cap. 9.* (b) *Hegesias Cyrenaico.*

do, (a) serémos tan insensatos, y estarémos tan ciegos con nuestras pasiones, y vicios, que no deseemos hacer este dichoso transito de las miserias de la tierra á las felicidades del Cielo, que no tendrán jamàs fin, y escucharémos con repugnancia la voz de nuestro Divino Pastor, que sacandonos de esta tierra, llena de lobos voraces, nos llama à su aprisco? (b)

CAPITULO IX.

Del tercer retrato de la vida humana.

YA has mirado, y considerado en los dos retratos antecedentes las miserias de la vida humana: buelve ahora los ojos del entendimiento á este tercer retrato de donde han tenido su origen los dos primeros. Miralo, y observalo quanto quisieres, que siempre lo encontrarás amargo: *Mulieri quoque dixit, multiplicabo aerumnas*

(a) *Isai.* 64. (b) *Joann.* 10.

nas tuas, & conceptus tuos, in dolore paries filios, & sub potestate viri eris, & ipse dominabitur tui. Adæ vero dixit, quia audisti vocem uxoris tuæ & comedisti lignum, ex quo præceperam tibi, ne comederes, maledicta terra in opere tuo, in doloribus comedes ex ea cunctis diebus vitæ tuæ, spinas, & tribulos germinabit tibi, & comedes herbas terræ: in sudore vultus tui vesceris pane tuo, donec revertaris in terram, de qua sumptus es, quia pulvis es, & in pulverem reverteris. (a) Multiplicaré tus aflicciones, y trabajos, dixo Dios á Eva, y los partos de tu vientre: parirás con dolor tus hijos, y estarás sujeta al varon, y debaxo de su poder, y dominio. Y despues dixo á Adán: Porque diste oídos á tu muger contra lo que se te habia mandado, y comiste del fruto del arbol vedado, y de que te mandé no comieses, será maldita la tierra, no correspondiendo á su cul-

(a) *Genes. 3.*

tivo, ni á tu trabajo, te alimentarás de ella à fuerza de la fatiga de tu cuerpo, y de la labor de tus manos todos los dias de tu vida: sus frutos serán espinas, y abrojos, y comerás de las yervas que produxere, y del pan que solicitares con el sudor de tu rostro, hasta que buelvas à la tierra de que fuiste formado; porque polvo eres, y te convertiràs en polvo. No crea alguno, que sea solamente de los pobres este retrato, porque es universal, y comprende indistintamente á todos, pobres, y ricos, nobles, y plebeyos, Principes, y Reyes, Emperadores, y Papas; y estos ultimos están sujetos à padecer mayores aflicciones, afanes, y agonias en sus animos, que padecen los pobres en sus animos, y en sus cuerpos. Sea el ultimo retrato la forma de nuestro cuerpo, pues siendo su forma de Cruz, nos declara bien, que es la vida humana una Cruz continua: quien está en

Cruz,

Cruz, es precifo que viva crucificado; y afsi mientras eftá el alma en la prifion, y carcel de efte cuerpo mortal, ha de padecer tormentos, quiera, ó no quiera.

De lo que fe ha dicho hafta ahora, fe vé claramente fer la vida del hombre miferable, y miferabilifsima, y que no hay induftria, ó arte alguna, que pueda hacer que no fea miferable. La muerte fola es la que fi fe abraza con voluntad, y gufto, quando Dios la embia, nos libra, y faca de qualquier miferia; y à los que dicen haber encontrado agradable, y deliciofa efta vida, y que por esto les parece cofa muy dura el dexarla, se les puede refponder, que les fucede puntualmente lo que á los enfermos, que por tener viciado el paladar, juzgan, y perciben lo amargo por dulce, los alimentos buenos por malos, y los malos por buenos; y afsi para hacerlos capaces de la verdad, fe les puede decir.

Lo primero, que si no tuviesen obscurecido el entendimiento con la vida habituada en el mal, y sujeta á tantas pasiones, no hablarian de esta suerte; y si tuviesen discrecion para considerar, y poner de una parte los afanes, y las fatigas, que han padecido, por gustar un falso, y breve deleyte; y de otra parte este momentaneo deleyte, no serian de este dictamen; que pregunten á aquellas almas iluminadas de Dios, que tanto aborrecian las cosas presentes, y suspiraban por las eternas, de la otra vida, porque San Pablo deseaba morir, y estar con Christo; (b) y el Rey David se tenia como por ofendido, y se lamentaba de que se le alargase tanto el destierro de esta presente vida? (c) Sino porque conocian bien la poca, ó ninguna estimacion que merece; y que es mas digna de ser vilipendiada, y despreciada, que amada, y aper-

(b) *Philip.* 1. (c) *Psal.* 119.

apetecida, por eſtar llena de tantas afliciones; y aſi toda razon perſuade, que rindan ſu entendimiento al de tantos Filoſofos, y de tantos Escritores de alto ingenio, que concordamente declaran, y manifieſtan, que la vida humana eſtá toda llena de afanes, y miſerias.

Lo ſegundo, que ſi queremos oír lo que todos dicen, tanto pobres, como ricos, hallarémos, que todos llaman infeliz, y miſera nueſtra vida.

Lo tercero, que ſi eſtán tan ciegos, y obſtinados, que no quieren dár crédito al parecer de los demás hombres, habrán de ſujetarſe forzoſamente al Eſpiritu Santo, el qual dice, que la vida del hombre eſtá llena de miſerias; (d) y yo no ſé como ſea poſible, que una coſa que eſtà llena de miſerias, pueda ſer delicioſa, y agradable.

Lo quarto pregunto á aquellos, en cuyo ciego parecer, y falſo juí-

(b) *Job* 14.

juicio es deliciosa la vida humana, que me digan, si entre los placeres, que han hallado en la suya, se ha mezclado alguna vez alguna amargura? Porque si esto les ha sucedido, cómo pueden llamarla deliciosa, siendo tal la propiedad de lo amargo, que todo lo desazona, y convierte en amargo, y siendo asimismo de tal condicion el corazon humano, que la dulzura pasada, no solo no le dá mas gusto, sino que lo llena de mayor amargura con su memoria? De qué sirve al combidado haber satisfecho su apetito con los manjares de dos, ó tres platos, si los ultimos le llenan de amargura, y veneno el corazon? Pero supongamos, que esta errada opinion sea verdadera, y cierta, y que esté llena de gustos, y delicias la vida humana, sin la menor mezcla de amargura, ú desabrimiento; dexará por esto de ser breve, y de acabarse luego? Se podrá negar, que no es amarguisi-

ſino ſu fin ſobre todas las dulzuras, guſtos, y contentos paſados? Pero aunque fueſe muy larga, y sin fin (por decirlo aſi) qual es mas larga, eſta temporal del mundo, ó la eterna del cielo? quál es mas alta, y mejor? Aqui ſe goza de las criaturas, allà del Criador con inefable guſto, y contento: aqui ſe trata con hombres intereſados, perverſos, y ſin Fé; en el cielo ſe goza de la compañia de tantas almas ſantas, y Eſpiritus Angelicos, que ſe aman con ardiente, y reciproca caridad, y ſobre todo ſe goza indeciblemente de la increada hermoſura de Dios: de manera, que aun ſegun ſu ciego parecer, y falſo juicio, no debe el hombre rehuſar el morir quando Dios lo llama à la otra vida, pues paſa á un eſtado ſin alguna comparacion mas feliz, y mas alto: y cómo podrá llamarſe hombre de ſano juicio el que deſeando una coſa ſe lamenta, y no apetece la mejor, pudiendo

con menos costa lograrla luego? Qué es mas dificil al hombre, dexar esta presente vida contra su voluntad, ú dexarla con su voluntad, y gusto? Dexarla para ir al instante á la muerte eterna, ú dexarla para ir à la verdadera vida bienaventurada, y eterna?

CAPITULO X.

Como se ha de ayudar á los que padecen tentaciones, por morir en la juventud.

OTros son tentados, porque les parece, que la muerte los alcanza muy presto para hallarse aun en la edad florida de la juventud. A estos se dirà: Si tu, hijo mio, supieses bien considerar la brevedad de nuestra vida, verias claramente, que de ningun modo la conviene esta voz *presto*, ó *tarde*; que otra cosa es esta vida, que un breve relampago? Una sombra, que vá siem-

ſiempre huyendo de tì? Un viento, que velozmente paſa? Aun no has advertido, que las coſas de eſte mundo engañoſo ſe acaban en el miſmo punto que ſe gozan? Y que quanto mas ſe vive, mas ſe muere? *Præciſſa eſt*, decia el Rey Ezequias, *velut á texente vita mea, dum adhuc ordirer, ſuccidit me, de mane uſque ad veſperam finies me.* (a) Cortaſte, Señor, el hilo de mi vida con la facilidad que ſe corta la hebra en el telar, quando ſe texe la tela. Breve es eſta vida, y eſta brevedad es ſiempre incierta; porque no ſe ſabe ſi nueſtro Señor, en cuyas manos eſtá la vida, y la muerte de todos, vendrá *ſero*, *an media nocte*, *an galli cantu*, *an mane.* (b) Si de dia, ſi de noche, ſi por la mañana, ó por la tarde. O vida, no ſolamente dudoſa, y ciega, ſino vivo afan! Eſta brevedad de la vida conocerás claramente, ſi reduces á tu memoria alguna de las acciones que hiciſte cinco,

(a) *Iſai.* 38. (b) *Marc.* 13.

ó seis años á esta parte; y otra de las que executaste diez, ó doce: porque apenas conocerás distancia de tiempo entre una, y otra; y tén por cierto, que aunque hubieses vivido desde el tiempo de Adan hasta el dia presente, siempre te pareceria que morias presto; esto procede de que tienes la voluntad asida al amor de las criaturas; pues si tuvieses purgado el afecto, dirias con el Profeta: *Hei mihi, quia incolatus meus prolongatus est!* (c) Ay de mí, que se me dilata mucho el destierro de la patria celestial! Ultimamente, si queremos comparar esta momentanea vida con la eternidad de la otra, no la reputarémos por un instante? Pero supongamos como posible, que á medida de nuestro deseo se nos concediese una larga vida: esto es digno de desearse en un valle de miserias? Qué cosa es vivir largamente, sino estar largamente lleno de aflic-

(c) *Psalm.* 119.

aflicciones? Todos somos peregrinos, (d) y andamos por caminos llenos de lazos, (e) de enemigos, de errores, de afanes, de ocasiones de pecados; y tú te dueles de haber llegado al término de tu peregrinacion, y al fin de las fatigas, y peligros de esta vida? O vida miserable, y engañosa, á quantos con tu largo espacio has infundido sueño, y descuidado, y has hecho quebrar la nave de la vida rica de virtudes, y perfecciones espirituales en el escollo de una ruína eterna! Quien nace muere: si has de morir, por qué apeteces tanto la tardanza de la muerte, sufriendo el molesto, y congojoso pensamiento de que has de morir un dia? Muy necio sería el que estando condenado á muerte con otros muchos, rogase al Juez, por ser el ultimo, en quien se executase la sentencia. Por qué decimos á Dios todos los dias, *fiat voluntas*

(d) 1. *Petr.* 2. (e) *Ps.* 56.

tua: (f) Hagase tu voluntad, si despues somos rebeldes à sus preceptos? O por qué decimos: *adveniat regnum tuum*: venganos vuestro Reyno, si tanto nos agrada la intolerable esclavitud de esta vida? Grande es tu obligacion, hijo mio, de dár gracias á Dios, porque se digna de llamarte luego à su reyno, y á gozar de su vista, y presencia: dáselas, pues, conformandote con su voluntad, porque de otro modo tendrás un perpetuo arrepentimiento sin ningun fruto.

CAPITULO XI.

De la ayuda de aquellos, que por hallarse constituídos en Dignidades, no quieren morir.

SOn fuertemente tentadas las personas, que se hallan constituídas en alto grado de Dignidad, quando se acercan á la muerte; porque rehusan el morir. A estas personas

(f) *Matth.* 9.

nas se puede decir, que las dignidades de este mundo son mas dignas de nuestro menosprecio, que de nuestra estimacion; siendo cierto, que las mas altas se hallan amenazadas de mayores peligros, y que los que las gozan (semejantes á los que se hallan en la cima de un alto edificio) estàn expuestos al precipicio, y á la violencia de los rayos, y sujetos al frio de las cosas celestiales, y de las virtudes verdaderas, y al calor del amor de las vanidades del mundo, y de los vicios. Demás de esto, exceptuando algunos grandes varones que las han huìdo, ó gozado sin algun apego, yo no he leído, ni oído jamás, que los honores, y dignidades traygan consigo el descanso para esta vida, ó la salud para la otra; porque no son sino materia de inquietudes, y agitaciones interiores, y ocasion de una condenacion eterna. Los afanes que las dignidades causan al corazon por los peligros grandes, á que están suje-

jetas, los conocieron bien muchos Gentiles, que huyeron de las coronas, sin que los cegase su resplandor, como lo refieren las Historias: dexo de nombrar inumerables Reyes, y Emperadores Christianos, Principes, y Princesas, que pisando con menosprecio heroico el fausto de las Diademas, abrazaron la vida Monastica. Acuerdate tu mismo de los disgustos, y afanes, que has tenido en tu Dignidad, por no haber logrado en ella todas aquellas condiciones, y calidades, que se proporcionaban con tu gusto, y de los deseos impacientes de subir á otras mas elevadas; y de las noches, en que te habrá robado el sueño este ansioso cuidado. O ciego mundo que vano eres, y engañoso! Despues de esto, hijo mio, quan amarga te será la memoria de la muerte, sabiendo yá, que quieras, ó no quieras, te ha de quitar las Dignidades con la vida. Pero si tanto te enamoran, y agra-

dan las Dignidades, desprecia las terrenas de todo corazon, por agradar à Dios, que su Divina bonbad te dará sin duda en el Cielo tal dignidad, que excederá infinitamente á qualquiera otra del mundo. No seas tan imprudente, que quieras perder la una, y la otra, y el alma, y el cuerpo; lo qual sucederia, si muriesses (lo que Dios no permita) sin desnudarte del amor, y afecto de las cosas mundanas, y sin conformarte con la voluntad del Señor.

CAPITULO XII.

Del modo de socorrer á los que sienten el morir por causa de sus hijos.

HAy algunos, que dicen, que moririan gustosos, pero que por tener hijos, que necesitan de su gobierno, y direccion, no pueden conformarse con la voluntad divina. Preguntemos á estos, qué cosa les importa mas, que mueran

en gracia de Dios, ó que sus hijos tengan alguna felicidad en este mundo? Pues si su salud eterna les es mas importante, sin comparacion, que todos los bienes temporales de sus hijos, no sería locura, no desnudarse de aquellos afectos, que se la impiden? *Si autem manus tua, vel pes tuus scandalizat te, abscinde eum, & projice abs te: bonum tibi est ad vitam ingredi debilem, vel claudum, quam duas manus, vel duos pedes habentem, mitti in ignem aeternum; & si oculus tuus scandalizat te, erue eum, & projice abs te: bonum tibi est cum uno oculo in vitam intrare, quam duos oculos habentem, mitti in gehenam ignis.* (a) Si alguna mano (dice el Señor) ó algun pie, ó algun otro miembro te sirviere de tropiezo, y escándalo, separale de tí; que mejor te está lograr tu salvacion con la falta de algun miembro, que sin esta falta perderla, y per-

der-

(a) *Matth.* 18.

derte por una eternidad.

Preguntemosles tambien, quien es mas Padre de estos hijos, Dios, ó vosotros? Quien los ama mas, vosotros, ó Dios? Quien puede mas ayudarles, Dios, ó vosotros? Vosotros solamente sois sus Padres en orden á la carne, y al pecado; pero Dios lo es por las misericordias, que les ha dispensado, formandoles por pura piedad suya el cuerpo, y criandoles el alma; y si su Divina Magestad por su inefable caridad ha embiado su hijo al mundo para redimirlo, y salvarlo, (b) y particularmente por la salud de vuestros hijos, cómo ha de ser capàz de abandonarlos, y de no socorrerlos de todos aquellos bienes, que fueren necesarios á ella? De los bienes, grandezas, y felicidades terrenas no debe el Christiano hacer el aprecio, que quisiera nuestra deprabada naturaleza, sino solamente el que Dios manda,

(b) *Ad Ephes.* 2.

y para el fin, que es de su agrado. Pero no porque el bien de los hijos no proceda de la vida, y de la industria de los padres, sino de la bondad, y providencia de el Señor: *Bona, & mala, vita, & mors, paupertas, & honestas á Deo sunt*: (c) Se le prohibe por esto al hombre, que trabaje, y se fatigue para sí, y para su familia, sino que se le dá á entender, que debe poner su confianza, no en su industria, y trabajo, sino en la providencia de Dios, y recibir despues de su mano todo quanto le sucede, como lo que mejor le està: de manera, que es de su santa voluntad, que mueras de esta enfermedad, esto serà lo mejor, y lo que mas te conviene; y si por causa de tu muerte quedasen tus hijos mas pobres de lo que ahora estàn, tambien serà esto lo que mas les importe. Todo consiste, en que abracemos con gusto, y con accion-

(c) *Eccli* 11.

cion de gracias quanto nos viene de su mano: siendo, pues, esto así, dexa tus hijos en las de su Padre Celestial, con segura confianza de que hará por ellos todo lo que les conviniere, y cuida solamente de lo que pertenece á tu alma.

CAPITULO XIII.

De aquellos, que no mueren gustosos, por causa del temor de sus pecados, y del Juicio de Dios.

MUchos enfermos suelen conturbarse, por el temor de sus pecados, y del Juicio Divino; de donde procede el no morir gustosos. A estos dirémos: Cosa muy buena es temer la Justicia Divina, y los ocultos, y altos juicios de Dios, como no se exceda tanto en este temor, que se dé en tierra con la esperanza de su misericordia; y así debes saber, que Dios quiere del pecador, que piense, y confi-

sidere, que ha ofendido á su Divina Magestad; que se duela de sus culpas quanto le sea posible, puramente por agradarle en esto: que desee este dolor, y lo pida à la Divina clemencia: que se confiese de todos sus pecados con animo resuelto, y proposito firme de perder antes la hacienda, y la vida, que bolver à ofenderle: que se resigne en la voluntad de Dios en esta, y en la otra vida; y que espere en su misericordia, aunque le parezca, que vé efectos contrarios. Quien hiciere todo esto, no tiene que dudar, que *vita vivet, & non morietur.* (a) Que vivirá eternamente, y no experimentarà los rigores de la muerte eterna, y que sus pecados *si fuerint ut coccinum, quasi nix dealbabuntur, & si fuerint rubra, quasi vermiculus, velut lana alba erunt:* (b) Si fueren de color rubicundo como la grana, ú de color bermejo, ó ro-
xo

(a) *Ezech.* 18. (b) *Isai.* 1.

xo como el gusanillo, (c) mudarán su color en la blancura de la nieve, y de la lana muy blanca. Esto es: aunque clamen justicia, y venganza, significa en el color rubicundo, y sanguineo, se los perdonarà Dios, usando de misericordia, y labará las manchas de sus culpas, dexando mas blanca, que el armiño su alma. Este, pues, es el punto adonde debe encaminar el pecador todos sus pensamientos, y su voluntad, y conformarse con la de Dios, que quiere, que se arrepienta de haberle ofendido, y que proponga firmemente no ofenderle mas, sino obedecerle en todo, y por todo, haciendo quanto su Divina Magestad nos ha mandado, y nos manda su amada Esposa la Santa

Igle-

(c) *El gusanillo Cochinilla, que sale del grano del mismo nombre, con que se tiñe la grana; ó el gusanillo Karmes, ó Carmes, que sale de la mesma grana con que se dá el color carmesí.*

Iglesia Católica Romana. Todos los demás pensamientos, y reflexiones, que congojan nuestro espiritu, como por exemplo: Quién sabe, si yo seré del número de los escogidos ú de los pecadores, á quien Dios no perdona? Y otras cosas semejantes, son pensamientos, y reflexiones de nuestra sobervia, y sugestiones del demonio; porque es tan infinita la misericordia de Dios, tan inefable la satisfaccion, que Jesu-Christo ha dado por todo el mundo, y tan indecible el afecto, y prontitud con que perdona su Divina Magestad, que mas regocijado quedará el pecador por esto, quando sea capaz de conocerlo, que por el mismo perdon de su pecado.

CAPITULO XIV.

Como se ha de tratar con aquellos que no quisieran morir, por desear hacer penitencia de sus pecados.

NO faltan algunos, que no quisieran morir con el motivo, ó pretexto de que no han llorado sus pecados; á estos se dirá: Sabe, hijo mio, que aquel llanto, y aquella penitencia es de mayor valor, que mas agrada á Dios, y esta es la penitencia, que desea, y pide de nosotros. Si su Divina Magestad quisiese de tí mas largo llanto, te daria mas larga vida; luego si ahora te la quita, es indubitable, y cierto, que la penitencia que desea de tí, es la resignacion de tu voluntad en la suya, doliendote de no haber antes llorado amargamente las ofensas cometidas contra su Divinidad: y si este llanto, y resignacion no te agradan, ten por cierto,

to, que el deseo, que tienes de larga vida, no es para llorar, aunque te parezca, sino para continuar la vida pasada; porque hay muchos pecadores, que despues de haber recobrado la salud, se entregan mas desenfrenadamente á sus vicios; pero si quieres llorar largamente, no te falta el modo, aunque sea corta la vida: llora tus pecados mas intensa, y dolorosamente por ser ofensa de Dios, que por las penas, que le corresponden: llora con el mayor odio de tí mismo, y amor de Dios, que te sea posible, y con la mayor resignacion á qualquier pena, ó castigo, que quisiere darte; y si no tienes esta resignacion, desea tenerla, y pidela á su Divina Magestad, y sobre todo, ofrecele el llanto, que hizo por nosotros su Hijo Santisimo (a) á gloria suya.

CA-

(a) *Hebr. 5.*

CAPITULO XV.

De la tentacion de diferir la confesion.

NO dexará el demonio de tentar al enfermo, que se halla en este segundo estado, quando le vé casi conforme con la voluntad Divina, para que dilate la confesion, dandole á entender, que ha menester antes pensar bien sus pecados, haciendole sentir por entonces algun afan, y congoja, y sugiriendole, que en habiendose confesado, no le quedará mas esperanza de vida. A esta tentacion responde S. Agustin, diciendo: *Remedia conversionis ad Deum nullis sunt cunctationibus diferenda, ne tempus correctionis pereat tarditatè, qui enim pœnitenti indulgentiam promisit, dissimulanti, diem crastinum non spopondit*; (a). . . . *ipsa enim est res, quæ multos occi-*

(a) *Tom. 3. lib. sent. á D. Prospero excerptar. sentent.* 71.

dit, cum dicunt cras, cras, & subitò ostium clauditur; remansit foris cum voce corvina, qui non habuit gemitum columbinum. (a) Los remedios de la penitencia, y de la conversion á Dios no se han de diferir con escusas, y dilaciones, por no perder el tiempo, que se nos concede para el arrepentimiento, y enmienda: porque el Señor, que prometió el perdon de la culpa, no prometió el dia de mañana. Esta vana esperanza ha perdido á infinitos, que diciendo *cras, cras*, mañana, mañana, han hallado despues cerrada la puerta, y quedadose de la puerta de á fuera con la voz del cuervo, por no haber formado á tiempo el gemido de la paloma. Por esta causa, hijo mio; *geme ut columba, & tunde pectus*: gime ahora, y llora tus pecados. Si se te ofreciese la salud del cuerpo, es cierto, que no dirás mañana; pues por

(a) *Tom.* 10. *serm.* 15. *de Verb. Domini, c.* 11.

por qué lo has de decir, quando se te ofrece la del alma, que es la ſuma de la felicidad? Conoces tu grande error? Ay de mí, haſta los Poetas Gentiles te reprehenden, y condenan! Horat. (a)

. . . . Nam cur
Quæ lædunt oculos, feſtinas demere: ſi quid.
Eſt animum, differs curandi tempus in annum?

Ovid. (b)

Sed propera: nec te venturas differ in horas.
Qui non eſt hodie, cras minus aptus erit.

Como ſi dixeſen: Es poſible hombre, que pongas tanto cuidado en ſacar la paja, que te moleſta los ojos, y que el remedio de tu alma le difieras de año en año? Date prieſa, no dilates el remedio de lo que mas te importa; porque ſi hoy no lo hicieres, me-

(a) *Epiſt. lib. 1. ad Lollium Epiſt. 1.*
(b) *De rem. lib. 1.*

nos lo harás mañana. Y asi dice Dios: *Non tardes converti ad Dominum, & ne differas de die in diem, subitò enim veniet ira illius, & in tempore vindictæ disperdet te.* (a) No dilates el convertirte al Señor, ni difieras de dia en dia el remedio de tu salvacion: porque su ira vendrá de repente, y si te hallare desprevenido, te condenará para siempre.

Ea, pues, hijo mio, comencemos en el nombre del Señor la confesion, porque mañana sobre los demás peligros te amenaza el mal mayor, afán, y congoja, que ahora sientes; y por ventura este afán, y congoja son puramente industria, y arte del demonio para impedirte la confesion; y asi empecemos: Que en lo que mira á no haber hecho un diligente examen, dexalo por mi cuenta, que yo te prometo, que con facilidad te lo traeré todo á la memoria. Es error, y locura el pensar, que

(a) *Eccli.* 5.

que el confesarse, quita al enfermo la esperanza de la salud corporal, porque antes bien sucede lo contrario. Por los pecados embia Dios muchas veces las enfermedades; y asi quitandose por medio de la confesion los pecados, que son la causa de la enfermedad, viene tambien á quitarse el efecto. Esto nos lo muestra claramente el Señor en el Evangelio; pues queriendo sanar los enfermos, primero los perdonaba los pecados; y despues de haverlos dado la salud, les advertía, que no reincidiesen en el pecado, para que no les sobreviniese mas peligrosa enfermedad con daño mayor suyo. (a) *Ecce sanus factus es, noli amplius peccare, ne deterius tibi aliquid contingat.*

(a) *Joan.* 5.

CAPITULO XVI.

De las principales causas, por que el pecador vá dilatando la confesion.

QUatro son las causas principales por que el pecador dilata la confesion. El trato, y comercio deshonesto; el odio contra el proximo; la hacienda mal adquirida; y la verguenza de confesarse. En quanto á la primera causa se advertirá, que si la persona con quien se tiene el comercio deshonesto no está ausente, es menester alexarla del enfermo, de modo, que no la vea mas, ni tenga algun aviso, ò noticia de ella. Despues se dirá al enfermo: Bien veo, que el dilatar la confesion nace de parecerte cosa dura el dexar á quien tanto amas; pero si amas mucho á tu amiga; y tu amiga te ama igualmente; como podeis decir con verdad, que os amais reciprocamente, si el uno persigue mortalmen-

mente al otro con este amor? Amar no es otra cosa, que querer bien á la persona amada, y desearla toda el bien, y felicidad posible; pero no es esto lo que hace vuestro amor, el qual tiene dentro de sí tal veneno, que en el mismo tiempo, que os amais, os dá velozmente la muerte. Mientras amas á tu amiga, te matas á tí, y matas igualmente á tu amiga; y mientras tu amiga te ama, se dà á sí misma, y á tí juntamente la muerte eterna: si tanto gustas de amarla, amala; pero sin este mortal veneno, y con aquel amor, que á tì, y á ella os procure el bien, y la salud del alma. Su bien, y el tuyo consiste en dexarla para que se convierta, y ame al que la crió, y redimió, y para que llore su pecado, y la gravisima ofensa, que ha cometido contra su Divina Magestad. Sabe, (y no hablo sin fundamento, ni me engaño) que está con firme resolucion de no continuar en vuestra ilicita comunicacion,

 por

por bien de su alma, y de la tuya; y asi conviene, que hagas lo mismo por la salud de tu alma, y de la suya, y principalmente por agradar á Dios. Inutiles, y vanas serán todas tus repugnancias, y pensamientos contrarios; porque, ó quieras, ó no quieras, forzosamente la has de dexar. Serás, hijo mio, tan loco, y tan obstinado, que quieras mas dexarla con tu condenacion eterna, que con el lógro de la amistad de Dios, y de su Reyno?

CAPITULO XVII.

De la segunda causa, que es el odio contra alguno.

PAra quietar esta segunda causa del odio contra alguno, se le dirá al enfermo: Pareceme, hijo mio, que tu quieres mostrarte Soldado pundonoroso, sin entender el arte, y las leyes de la Milicia. A quien has visto jamás, que queriendo ven-

gar-

garse de su enemigo, elija el medio de darse á sí mismo la muerte? De qué Soldado de honra has oído, que habiendose alistado debaxo de la insignia de un Capitan, le sea decoroso militar en la de su enemigo? Tu por la gracia de Jesu-Christo nuestro Capitan eres Christiano, y en el Santo Bautismo te has alistado por Soldado suyo; y asi estás obligado á militar segun las leyes de la Milicia Christiana. En esta Milicia se combate solamente contra el pecado, y contra las pasiones, que inducen al pecado; quien obra de otra suerte, y combate contra su hermano, no es Soldado de Christo, ni Soldado de honor, sino Soldado rebelde, y digno de el infierno. Y si tan bien hallado estás con el enojo, y con el deseo de la venganza, tomala de tí mismo, que con tanta impiedad, y frequencia has ofendido á Dios, á tu alma, y á la del proximo; enojate, digo, con tus

pasiones desordenadas, y combate contra el pecado; y si quieres pelear con quien te ha ofendido, y vencerlo con sumo honor tuyo, combate con las armas, y en el modo, que enseña nuestro Capitan Jesu-Christo. Vés aqui las armas, con que quiere Christo, que se combata con los enemigos, y el modo de vencerlos gloriosamente: *Ego autem dico vobis, diligite inimicos vestros*: (a) Amad á vuestros enemigos, dice su Divina Magestad. Juzga el mundo ciego infamia, y deshonor el no vengarse de los enemigos, y cobardía, y vileza de animo el perdonarlos, y hacerlos bien. O Señor, ó Señor, ó Dios mio omnipotente! Por ventura sois vos cobarde, y no teneis honor, quando perdonais á vuestros enemigos, y derramais en ellos vuestras gracias, y misericordias? Vos, que teneis por propriedad el perdonar, teneis, segun este impio, y ciego juicio del mun-

(a) *Matth.* 5.

mundo por propriedad la cobardía, y el deshonor? Vuestro Santisimo Hijo, quando pendiente en el arbol de la Cruz decia: *Pater dimitte illis, non enim sciunt quid faciunt*; (a) Padre perdonalos, que no saben lo que hacen, hacía un acto de vileza, y de pusilanimidad, porque rogaba por los enemigos que le crucificaban? Por ventura todos tus heroycos Siervos, todos tus invencibles Apostoles, todos los Martyres, todos los Reyes, y Emperadores Christianos, y Santos, y todos los Soldados de tu Milicia han sido cobardes, y viles, porque todos han perdonado á sus enemigos, y procurado favorecerlos, honrarlos, y hacerles bien? O ciego mundo, y sobre toda ponderacion impio! Tu mismo en tus historias honras, y celebras los Cesares, porque perdonaban á sus enemigos, y procuraban obligarlos con sus liberalidades, y gracias. Tu

(a) *Luc.* 23.

no acreditas de cobarde, sino de magnanimo à Octaviano Augusto, que perdonó, y ofreció su amistad á Cinna su enemigo, que procuraba quitarle la vida: *Olim tibi hosti, ó Cinna, non insidiatori, & parricidæ do veniam: jam hinc inter nos inchoetur amicitia, contendamusque utrum meliori fide ego tibi bis vitam condonaverim, an tu acceperis*: (c) Pues como hoy llamas cobardía, y vileza el perdonar á los enemigos? Pero dexando el mundo en su ceguedad, sigamos á nuestro Capitán Jesu-Christo, porque el honor, que de seguirlo resulta, es grande, el premio inestimable, y la necesidad indispensable, y forzosa para quien no quiere morir de muerte eterna. Repara en el honor, y premio, que dá á quien perdona, y hace bien á sus enemigos: *Ut sitis* (dice Christo) *filii Patris vestri, qui in Cœ-*

lis

(c) *Vide Senecam de clementia. Lib. 1. Cap. 9. & supra tract. 1. cap. 23.*

lis est; (d) Para que ſeais hijos de vueſtro Padre, que eſtá en los Cielos. Que honor, y que premio ſea el hacerſe hijo de Dios, es incomprehenſible al entendimiento de los mortales.

Pues qué dirémos de la neceſidad indiſpenſable, que tenemos de perdonar á nueſtros enemigos? Todos ſomos deudores á Dios, porque todos le hemos ofendido: Si no perdonais, nos dice, no ſereis perdonados: *Niſi ignoſcitis, neque vobis ignoſcetur.* (e) *Si enim dimiſeritis hominibus peccata eorum, dimittet, & vobis Pater cœleſtis delicta veſtra.* (f) Y en otra parte: *Qui vindicari vult, á Domino inveniet vindictam, & peccata illius ſervans ſervabit.* (g) Perdona, pues, hijo mio, porque ſi buelves el penſamiento al honor, no tienes alguna eſcuſa para no hacerlo prontamente; ſi á

las

(b) *Matt.* 5. (e) Ex *Matt.* 6. *& ex Marc.* 11. (f) *Matt.* 6. *& Marc.* 11. (g) *Eccli.* 28.

las deudas, que has contrahido con tus culpas, nada tienes que alegar en tu favor, sino perdonas. Si recurres á los Gentiles, te hallas convencido con su exemplo, y debes perdonar; y si convencido no te reduces, infaliblemente te condenarás, y serás brevemente arrebatado á las llamas eternas. Escucha un exemplo, que á este proposito se lee en las vidas de los Santos, de uno (a) que estando para morir, no quiso jamás perdonar á un enemigo suyo; pues mientras que por su alma se cantaban en la Iglesia los Nocturnos de los difuntos, quando se llegó á aquellas palabras: *Parce mihi Domine*: Perdoname Señor; se vió, que un Crucifixo, desclavandose las manos, se tapó con ellas los oídos, y dixo: *Non pepercit, neque ego parcam*: No perdonó á su ene-

(a) *Joan. Ægidius aliàs Junior. apud Joan. Major. in Mag. Specul. Exemplor. verb. Dimittere, exemplo* 4.

enemigo, y asi no lo perdonaré. Asi, pues, si tu quieres que Dios te perdone, sin que perdones á tu enemigo, sabe, que has entrado en una sobervia diabolica, y tan grande, que no se le puede dár nombre adequado, y correspondiente; por qué quieres, que Dios te obedezca, si tu no quieres obedecer à Dios?

CAPITULO XVIII.

De la tercera causa.

LA tercera causa de diferirse la confesion, es como diximos, porque los enfermos no quieren restituir la hacienda agena. A estos se dirá: Por qué no restituyes la hacienda agena, que tan injustamente has poseído? Yo no puedo imaginar, que sea por persuadirte, que la puedes llevar contigo; porque desnudo has venido á este mundo, y desnudo has de salir brevemente. (a) Si lo ha-

(a) *Job* 1.

ces, porque tus hijos queden ricos, incurres en un notable, y pernicioso error: pues conocidamente quieres perder tu alma, por dexar á tus hijos acomodados: eliges para tí un infierno sin fin, y para tus hijos riquezas. Pero qué digo riquezas? Mejor diré ocasiones de su ruína, que de su fortuna; porque con estos bienes mal adquiridos los pones en el camino del infierno, donde condenados á eternas penas llenarán tu alma de oprobios, y maldiciones, despues que en este mundo hayan padecido por justos juicios de Dios infinitas miserias; pues ordinariamente los herederos de bienes mal adquiridos los disipan presto, y quedan despues reducidos á suma indigencia, como lo califican muy repetidas experiencias; pero aun quando semejantes riquezas fuesen permanentes, y perpetuas en tu familia, considera con reflexion las palabras de Christo: *Quid prodest homini, si mundum universum lucre-*

cretur, animæ verò suæ detrimentum patiatur? (a) De qué te servirán tantas riquezas, si te han de ocasionar la pérdida inestimable de tu alma? Demás de esto, qué satisfaccion puedes hallar en no restituirlas en estas pocas horas de vida, que te quedan, mientras te atormenta el remordimiento de la conciencia, que es yá un principio del infierno? Donde despues te afligirá cruelmente la memoria de haber dexado ricos á tus hijos, conociendo con quanta impiedad has obrado contra tu alma, habiendola condenado á penas tan terribles, y eternas por dexarlos en las delicias de una falsa, y momentanea prosperidad.

CAPITULO XIX.

De la quarta causa.

LA verguenza es la quarta causa por que el pecador difiere la

(a) *Matth.* 16.

la confesion. Se dirá á éste: Segun yo me persuado, hijo mio, tu rehusas el confesarte por verguenza de algun pecado grave, que has cometido. Quanto mas honrada te hubiera sido esta verguenza, si la hubieses tenido de ti mismo, quando te inducian tus pensamientos á tal pecado, considerando, que de hombre te convertías en bestia, y de Hijo de Dios en esclavo del demonio? O qué verguenza digna de la vida eterna, y qué de inestimables bienes hubieras tenido, si sobre esta reflexion hubieses considerado, que pecando, se peca en la purisima, y tremenda presencia de Dios, que todo lo vé; á la vista del Eterno Padre, que por el inefable amor, que nos tiene, ha embiado su Hijo á padecer la ignominia de la Cruz para destruir el pecado, y para salvarnos! Esta verguenza sí deberían tener todos los hombres, quando su mala inclinacion los induce á pecar; pero la de confesarse, de ninguna manera: *Pro*

anima tua, dice Dios: *ne confundaris dicere verum, est enim confusio . . . . . . adducens gratiam, & gloriam:* (a) No te avergüences, ni te cause confusion confesar la verdad por bien, y remedio de tu alma, porque esta confusion, y verguenza trahe consigo honor, y gloria. Pero dexando de discurrir en el honor inestimable, que la confesion ocasiona al penitente librandole de la servidumbre del pecado, y del demonio, y haciendole amigo, é hijo de Dios; quiero responder ahora á tu tentacion. Tu huyes la confesion por pundonor, y verguenza, y haces uno de los mayores errores, que pueden cometerse: porque quando uno ha perdido la honra para con Dios, y su Corte Celestial (lo qual no sucede jamás sino por el pecado) es incapàz de tenerla en parte alguna. Honrele por cierto el mundo ciego quanto quisiere, que Dios hara-

ra

(a) *Eccli.* 4.

rá que tambien del mundo sea luego conocido, y para siempre despreciado. *Ostendam gentibus nuditatem tuam, & regnis ignominiam tuam:* (a) Yo haré notoria á los hombres tu desnudez, y al mundo tu ignominia. Instruido en esta verdad San Agustin, decia á Dios así: *Non operui, sed aperui, ut operires, non celavi, ut tegeres; nam quando homo detegit, Deus tegit; cum homo celat, Deus nudat; cum homo agnoscit, Deus ignoscit.* (b) No oculté, Señor, mis pecados, sino que los confesé, para que Vos los ocultaseis: no los encubrí, antes los declaré, para que Vos los encubrieseis; porque quando el hombre los declara, Dios los oculta; y quando el hombre los confiesa, Dios los perdona. Así, pues, hijo mio, tén por cierto, que no tiene el pecador medio mas eficáz para recobrar el ho-

(a) *Nahum* 3. (b) *Aug. apud Joseph. Langium in Polianthea. verb. Confessio. Vide Tertul. de pœnit. cap.* 9.

honor, que la confesion sacramental, y entre otras razones la mas poderosa es la de la palabra de Christo, que no es capáz de mentir, quando dice: *Qui se humiliat, exaltabitur.* (a) El que se humilla, será exaltado; lo qual principalmente se entiende en la confesion sacramental, de modo, que quanto mas el penitente vence su verguenza, y hace á Dios el sacrificio de confesar las culpas ignominiosas, que ha cometido, por el honor, y gloria de su Divina Magestad, que así lo quiere, tanto es mas honrado, no solamente de Dios, y de toda su Corte Celestial, sino tambien del mismo Confesor, obrando Dios esta maravilla en el animo del Confesor; y en prueba de esto pudiera referir muchos exemplos, que se hallan en las vidas de los Santos. De manera, hijo mio, que no hay otro medio para conseguir un verdadero, y perpetuo ho-

(a) *Luc.* 18.

honor, que la amistad de Dios, y el recobrarla quanto antes por medio de la confesion, quando se ha perdido.

CAPITULO XX.

De los medios universales para inducir el enfermo á morir gustoso.

DOS medios me parecen muy poderosos con qualquier enfermo, para que abrace gustosamente la muerte; el uno es decirle: La vida, y la muerte del hombre no depende de nuestra voluntad, sino solamente de la Divina; de manera, que si Dios quiere, que muera de esta enfermedad, todos los Medicos, y remedios del mundo, todo el poder, consejo, y prudencia de las criaturas no son capaces de impedir, que mueras: *Non est consilium, non est sapientia, non est prudentia contra Deum; ego occidam, & ego vivere faciam: percutiam, & ego sana-*

nabo, & non est, qui de manu mea possit eruere. (a) El exortarte yo, hijo mio, á que quieras morir, es solamente para que mueras bien, y en gracia de Dios, el qual, segun muestra tu enfermedad, quiere que mueras de ella: asi, pues, humillate à tu Divina Magestad, sujetandote con resignacion á su poderosa mano; (b) y à los deseos, que tienes de vivir diles: De que servis, vanos deseos, si no està el morir en mis manos, sino en las de Dios? Y despues, para hacer mas gloriosa la victoria, añadiràs: y aun quando estuviese en mis manos, viendo que mi Señor, y mi Dios, quiere que yo muera, quiero morir por darle gusto.

El otro medio es imaginarte frequentemente, que Dios te dice: *Dispone domui tuæ, quia morieris tu, & non vives.* (c) Procura disponer las cosas de tu alma, porque estás proximo á la muerte, y no vivirás. Y

tén

(a) *Prov.* 21. *Deut.* 32. (b) 1. *Pet.* 5. (c) *Isai.* 38.

tén siempre prevenida esta sentencia para vencer todos los deseos de vivir, diciendo: Para qué son estos deseos, si ha llegado el ultimo termino de mi vida? Quiero, pues, obedecer á mi Criador, tratar de disponer mis cosas, y ordenar todos mis afectos, y todas mis obras para la Patria Celestial.

CAPITULO XXI.

Del tercer estado de los enfermos, y en qué consista el auxilio que se les debe dár.

EL auxilio de los enfermos de este tercer estado, esto es, de los que se hallan conformes con la voluntad de Dios, y pueden exercitarse en actos de virtudes consiste enseñarles, en qué modo deben portarse, para agradar á Dios, con el Medico, con quien los gobierna, y sirve, en la enfermedad, y con Dios; y como han de combatir de solo á solo con el

demonio, quando se hallarán en el quarto estado.

CAPITULO XXII.

De lo que el enfermo debe hacer con el Medico.

EL modo que debe tener el enfermo con el Medico, es primeramente, que mire, y considere al Medico, y las medicinas, como obras de la bondad, y providencia de Dios, de cuyo agrado ha sido proveer al hombre en sus enfermedades de Medicos, y medicinas; dando á las medicinas virtud de sanar nuestros males; y á los Medicos el conocimiento de ellos, y de la virtud de las yervas. Sepa despues que si Dios no dá actual luz al Medico, y actual concurso á la virtud de la medicina, ni ésta producirá su efecto, ni aquel conocerá el mal, ni su origen; de lo qual se infieren tres cosas: La primera, que la pronta confesion sacramental es tambien

cosa admirable para la salud del cuerpo; porque viendo Dios pura la conciencia, oirá los suspiros, y oraciones del enfermo; y consiguientemente, si conviniere, dará al Medico el verdadero conocimiento del mal, á las medicinas actual virtud, y el efecto de la salud al enfermo. La segunda es, que los ricos, y poderosos no confien en la multitud de Medicos, ni en sus juntas, y que los pobres no se entristezcan, ni desmayen, viendose abandonados de la asistencia de las criaturas, sino que los unos, y los otros igualmente confien en Dios, y quieran todos depender de su divina Magestad, que sana con Medicos, y sin ellos, segun es de su agrado. La tercera cosa es, que aunque en todo, y por todo hemos de poner nuestra confianza en Dios, debemos no obstante procurar la asistencia de buenos Médicos, y obedecer sus ordenes.

CA-

CAPITULO XXIII.

Como deben portarse los enfermos con quien los gobierna.

POrque los enfermos ordinariamente por causa de sus males suelen estar melancólicos, asperos, y desabridos con los que los gobiernan, y asisten, se deberá desde luego exortarles á la paciencia, para que reciban con animo quieto qualquier servicio que se les haga, aunque no sea à su gusto, ó porque no sea bueno, ó porque se lo haga creer así el desabrimiento, que les ocasiona su indisposicion. Para que no caygan, pues, en el vicio de la impaciencia, y de la ingratitud, se les dirà tambien, que quando no les sirven, ó asisten à su gusto, se digan à sí mismos secretamente: callad, callad, porque vuestro juicio no està para juzgar acertadamente en este tiempo; y si tal vez se faltase en algo, obren como pru-

dentes, y buenos Christianos, escusando la falta, y disimulando el disgusto, admitiendolo todo con semblante alegre, y mostrando su agradecimiento; y si las faltas fuesen graves, y se cometiesen en cosas muy necesarias, no por esto deben impacientarse, mas acordandose de sus culpas, y de lo mucho que deben á la divina Justicia, recibirlas con rendimiento de gracias por pena de sus pecados, considerando, que les es mucho mejor pagar aqui con poco, y con ganancia de merito, que con mucho en el Purgatorio, y sin merecer cosa alguna; y acuerdense, que nuestro divino Redentor entre tan crueles penas como padeció, no pudo, estando en la Cruz, tener un poco de agua. O si supieses quantos enfermos hay tan destituidos de todo alivio, y consuelo humano, que las piedras quanto mas los hombres, se movieran à compasion; y no obstante con animo paciente bendicen á Dios.

Quán-

Quánto mayor razon hay, hijo mio, para que tu lo hagas, teniendo tantas asistencias, y comodidades?

CAPITULO XXIV.

Como debe portarse el enfermo con su enfermedad.

POrque las enfermedades causan dolor, y congoja á los enfermos, el modo de gobernarse bien en ellas es sufrirlas con paciencia. A este fin podemos animar al enfermo con las consideraciones siguientes. Locura es sin duda en el hombre no querer tolerar los dolores, y adversidades, que trae consigo la vida humana, no pudiendo evitarlas; vergonzosa cosa es el no estár aún acostumbrado á sufrirlas con animo tranquilo; pues si tenemos por ignominia la poca doctrina, en quien por muchos años se ha exercitado en las escuelas, y estudios, qué se dirá del hombre, que apenas ha

nacido, entra en los afanes, y dolores de esta miserable vida, si aun no ha aprendido á tolerarlos? Quién ha vivido jamás sin ellos? Nuestros primeros padres quan brevemente cayeron de las delicias del Paraíso terrestre en el abysmo de las aflicciones, y penas de esta misera vida? (a) Quan agudos fueron los dolores, que penetraron su corazon, quando con tantas maldiciones fueron arrojados del Paraíso? Quando con su sudor adquirian el pan? Quando vieron la espantosa muerte de su hijo Abél, (b) cosa, ni vista, ni sucedida aun en el mundo? Y no obstante sufrieron todo esto con ánimo paciente. Quién de los Patriarcas, Reyes, y Profetas ha vivido sin dolor? Quién de nosotros llegará jamás con su dolor, por agudo que sea, al que sintió Abraham, mientras pensaba en la muerte, que habia de dár con sus propias manos á su unico, y deseado hi-

(a) *Genes.* 3. (b) *Genes.* 4.

hijo Isaac, pos obedecer á Dios? (c) Quién al amargo llanto de Jacob, quando vió la túnica de su amado Joseph teñida en sangre? (d) Quien comprehenderá jamás los dolores de David, quando huía de su Palacio Real perseguido mortalmente de su querido hijo Absalón? (e) Y dexando otros exemplos, qué dirémos de los amargos dolores del Rey Sedecías, quando sus enemigos, despues de haberle quitado el Reyno, y muerto en su presencia sus hijos, le sacaron los ojos, y lo llevaron con grillos, y cadenas á las carceles de Babylonia? Y no obstante entre tantas calamidades, y angustias bendixo á Dios. (f) Si bolvemos los ojos al Testamento Nuevo, se nos pone á la vista inmediatamente nuestra cabeza Jesu-Christo, que con toda verdad fue llamado *Vir dolorum*, (g) Varon de dolores. Su Santi-

(c) *Gen.* 22. (d) *Gen.* 37. (e) 2: *Reg.* 15. (f) 4. *Reg.* 25. (g) *Isai.* 53.

tisima Madre, Mar grande de dolores, y amarguras: todos los demás miembros suyos, los Apostoles, Martyres, Pontifices, Virgenes, y todos los Santos excesivamente llenos de dolores, y tormentos: Pues hijo mio, si no hay quien viva sin dolores, el unico remedio es sufrirlos con paciencia, que de esta suerte, quantos fueron los dolores tantas serán las piedras preciosas de la corona, con que serémos coronados en el Cielo por nuestro Criador.

CAPITULO XXV.

Del modo de excitar al enfermo á la paciencia, y del arte de tolerar.

PAra enseñar, pues, al enfermo el arte de tolerar con paciencia los dolores, y afanes de la enfermedad, se le dirá, que buelva frequentemente todo el pensamiento á uno de los puntos siguientes, hablando siempre consi-

ſigo en eſta, ó ſemejante forma: Por que motivo no quieres tu comer de los frutos, de que de tiempo en tiempo ha comido ſiempre toda la naturaleza humana? De qué me ſirve la impaciencia, ſi no me quita, mas antes me aumenta los dolores? No ſeria locura la mia, ſi teniendo enfermo el cuerpo, dexaſe enfermar tambien la razon? No es acaſo la carne uno de mis principales enemigos? Pues por qué me duelo de ſus trabajos? No he ofendido á Dios por dàr guſto al cuerpo? Pues por qué ahora no me alegro de que con ſu dolor ſe ſatisfaga la ofenſa de mi Señor? Si no hay Mercader que dexe de comprar generos precioſos, quando puede hacerlo con poco dinero, por que dexaré yo de comprar el Cielo, y una corona rica de Gloria con eſtos breves, y ligeros dolores? *Id enim, quod in præſenti eſt momentaneum, & leve tribulationis noſtræ, ſupra modum in ſublimitate æternum gloriæ pon-*

dus operatur in nobis, non contemplantibus nobis quæ videntur, sed quæ non videntur, quæ enim videntur, temporalia sunt, quæ autem non videntur, æterna sunt. (a) Las tribulaciones, y los trabajos de esta vida, aunque momentaneos, y leves, nos grangean una eterna felicidad de gloria á los que contemplamos, no las cosas que vemos, que son temporales, sino las que no vemos, que son eternas. O qué mercancía es esta tan rica, y barata, pues se compra con lo temporal lo eterno; con lo poco lo mucho! Venturoso soy, pues me hallo en esta dichosa feria, y sin razon me lamento de mis penas, debiendo considerar, que si yo quiero ser miembro de Christo, (b) no hay razon que permita, que debaxo de una cabeza coronada de espinas haya miembro, que no participe del dolor de sus heridas. Si quiero entrar en el Reyno de los Cielos: *Per mul-*

(a) 2. *Cor.*4. (b) 1. *ad Cor.* 6.

multas tribulationes nos oportet introire in regnum Cœlorum: (c) Me es preciso pasar por muchas, y repetidas tribulaciones, para lograr la entrada en el Reyno de Dios. Ni esto debe parecerme estraño, quando hablando de sí nuestra cabeza, dice: *Nonne hæc oportuit pati Christum, & ita intrare in gloriam suam?* (d) Por ventura, no fue conveniente, que Christo padeciese todo lo que padeció, y que asi entrase en su gloria?

Se dirá tambien al enfermo, que demàs de estas consideraciones, quando se sintiere agravado del dolor, acuda con el pensamiento á los dolores que Christo padeció, yà en un mysterio, yà en otro de su Pasion; pues mientras se ocupáre en considerarlos, sin duda alguna se le suavizaràn mucho los suyos. Añadirá tambien oraciones jaculatorias á este modo: Despues que habrás visto

à

(c) *Actor.* 14. (d) *Luc.* 24.

á nuestro Señor Jesu-Christo angustiado en el huerto sudar sangre, (e) le diràs asi: O Señor mio, dignaos en memoria, en virtud de las agonías, que sufristeis en el huerto, de dar fuerza à mi flaqueza, para que pueda tolerar estos dolores: y haced en esto vuestro santisimo gusto. Otras veces despues que habrá considerado un poco algun mysterio, se imaginará, que Jesu-Christo crucificado buelve á él los ojos diciendole: Mira hijo, quanto padezco por tí, quiero vér ahora como sufres por mi amor estos pocos dolores, que te afligen; que si te parece dura cosa tolerarlos, procura hacerte violencia, porque esta violencia arrebata el Reyno de los Cielos, (f) á mi, y á mi Padre, en que consiste la bienaventuranza.

Tambien se dilata el corazon, y se dispone al sufrimiento, dando gracias á Dios, porque nos hace dignos de padecer, alegrandonos de

(e) *Luc.* 22. (f) *Matt.* 11.

de tener algo que ofrecerle juntamente con los dolores de su Hijo, de Maria Santisima, y de todos los Martyres, y Santos.

CAPITULO XXVI.

Como ha de portarse el enfermo con Dios.

LO que el enfermo debe hacer con Dios es unirse frequentemente á su Magestad con la Fé, con la Esperanza, con la Caridad, y con el dolor de haberle ofendido. No hay medio mas poderoso para inducir una alma al exercicio de estas virtudes, que la consideracion de la bondad de Dios, la qual se irá descubriendo al enfermo con la declaracion (de tiempo en tiempo) de los puntos siguientes: Que Dios es nuestro Criador, Redentor, Rey, Sacerdote, Sacrificio, Abogado, Intercesor, Pastor, Alimento, Padre, Cabeza, Medico, Maestro, Exemplo, Camino, Gozo, Vida, Honor,

Gloria, y todo bien; añadiendo despues la explicacion de cada uno de estos puntos de este modo, ú otro semejante. Considera, hijo mio, quan grande es la benignidad de este Señor, à quien tanto has ofendido, pues pudiendo haberte sepultado al instante en el infierno, como merecia la gravedad de tus culpas, te ha sufrido, y te ha llamado á sí por tantos modos. No te parece que le debes amar con todo el corazon, y con todas las fuerzas de tu alma? (a) Que debes dolerte de haberle ofendido, y esperar de su bondad, no solo el perdon de tus pecados, sino toda tu felicidad, y tu bien? Ea, pues, hijo mio, procura hacer actos de estas virtudes, excitandote al amor de su bondad, al dolor de su ofensa, y á la esperanza en su infinita misericordia. Entre la declaracion de uno, y otro punto de los referidos, se podrà tambien introducir con gusto, y utilidad de los circunstan-

(a) *Luc.* 10.

tantes algun paſo de la Eſcritura, ú de las vidas de los Santos, que declare la bondad de Dios, añadiendo inmediatamente algun penſamiento de los bienes celeſtiales, para que el corazon del enfermo ſe encienda, y ſe inflame en el deſéo de conſeguirlos, lo qual ſe hace, diciendo, por exemplo: *Cum invocarem, exaudivit me Deus.* (b) Tan prevenido, y diſpueſto ſe halla Dios para ayudarnos en nueſtras neceſidades, que parece en cierta manera, que todo ſu bien conſiſte en favorecernos. Buelve, hijo, el penſamiento adonde quiſieres, que ſiempre hallarás pronto á Dios. Si miras el cielo, la tierra, las plantas, el mar, los animales, y todas las criaturas, en qualquiera hallaràs ſiempre á Dios, dando á todas continuamente para uſo tuyo el sér, la virtud, y las operaciones. Si buelves los ojos aun á los demonios, que ſon nueſtros

(b) *Pſalm.* 4.

tros enemigos, hallarás tambien á Dios, que les restringe el poder, para que tanto, y hasta tanto, y no mas nos tienten, y nos exerciten en las virtudes. (c) En suma, hijo mio, si entramos dentro de nuestro corazon, hallarémos, que nos reprehende el mal, nos exorta el bien, nos promete el Cielo, y se nos ofrece á sí mismo, si le obedecemos. La declaracion de la parabola del Hijo Prodigo es muy á poposito para los enfermos, temerosos de la justicia de Dios, ponderando los puntos siguientes: *Cum adhuc longe esset, vidit illum Pater ipsius, & misericordia motus est, & occurrens cecidit super collum ejus, & osculatus est eum ... Citò proferte stolam primam, & induite illum, & date annulum in manum ejus, & calceamenta in pedibus ejus, & adducite vitulum saginatum, & occidite, & manducemus, & epulemur; quia hic filius meus mor-*

(c) I. *Corinth.* 10.

mortuus erat, & revixit, perierat, & inventus est. (d) Estando aun lexos (el Pródigo) de la casa, vióle su Padre, y movido de misericordia salió al encuentro, y echandole los brazos al cuello, le dió muchos osculos, y abrazos, y sacando de su recamara la mejor gala, y las alhajas mas preciosas, le vistió, y adornó con ellas, y despues hizo un magnifico combite, porque el hijo perdido habia parecido, y porque vivia el que tenia por muerto. O qué ingratitud es la nuestra (dilo tu mismo) quando ofendemos á tan benigno Padre! Quién no esperará perdon de qualquier grave pecado? O qué felicidad la de quien muere presto! Pues vá luego à vér el Criador que le ha formado los ojos, la lengua, el rostro, y todo el cuerpo, y le ha criado el alma; à vèr el Redentor, que con su sangre, y muerte le ha salvado; à vér la belleza de Dios, que es tal, y tan gran-

(d) *Luc.* 15.

grande, que llena, y satisface todo el sentido, y la capacidad infinita del mismo Dios, que es la felicidad cumplida. Qué belleza será aquella, que siendo vista perpetuamente, y mirada *ab æterno* de los mismos ojos de Dios, tiene todavia tan fixa en sí aquella bienaventurada mente, que ningun otro objeto la distrae, causandole siempre una alegria incomprehensible? O quan alta, y quan inefable es la gracia concedida al hombre de recrearse, y beatificarse en la misma belleza, en que Dios se recrea, y se beatifica! Preciosa puedes llamar esta enfermedad, (e) pues te embia del mundo al cielo, de tantos riesgos à un puerto seguro, y de tantas miserias á la bienaventuranza, y gozo del Señor.

CA-

(e) *Psalm.* 115.

CAPITULO XXVII.

Del modo de servirse de todas las ocasiones que ocurren, para que el enfermo esté siempre unido con Dios.

NO faltan ocasiones en que pueda sustentarse la mente del enfermo con el dulce pasto de pensamientos celestiales, y actos de virtud. Del Medico (despues que se haya ido) tomarémos ocasion para hablar con el enfermo de este modo; yá el Medico te ha visitado, y has oído lo que ha ordenado, y dispuesto, y lo que es necesario para tu enfermedad; pero este es Medíco terreno, que cura solamente el cuerpo, que es de tierra, y que precisamente ha de bolver á la tierra, y te hace dos visitas al dia por su interés, buelve ahora el pensamiento al Medico Celestial, que sana el alma que es inmortal, y tambien el cuerpo, quando conviene; este es nuestro

Dios, Criador, y Redentor; este es aquel solo, *qui propitiatur omnibus iniquitatibus tuis, qui sanat omnes infirmitates tuas, qui redemit de interitu vitam tuam, qui coronat te in misericordia, & miserationibus*: (a) Que con su benignidad perdona tus errores, sana tus dolencias, que redimió la vida de tu alma de la perdicion eterna; y que con su infinita misericordia te concederá la corona de la gloria. Y no solamente visita dos veces al enfermo, sino que continuamente le asiste, librandole de todo mal, y procurandole el bien, *cum ipso sum in tribulatione*: (b) Con él estoy en la tribulacion. Y no quiere otra paga, que el amor, esto es, aquel amor, que nos hace obedientes à sus preceptos; que nos excita, y mueve á dolor, quando le ofendemos, y que con humildad, y Fé nos hace correr apresuradamente à su misericordia. Quantas veces has recibido estas gra-

(a) *Psalm.* 102. (b) *Psalm.* 90.

gracias de este divino Medico? Sosiega, pues, y descansa ahora en su amor, y dí de todo corazon: *Benedic anima mea Domino, & omnia quæ intra me sunt, nomini sancto ejus. Benedic anima mea Domino, & noli oblivisci omnes retributiones ejus.* (c) Alaba, alma mia, al Señor, y todas mis potencias alaben su Santisimo Nombre. Alaba al Señor, alma mia, y tén presentes sus beneficios, sin olvidarte de alguno de ellos. Tambien tengo que hacerte una advertencia, porque no incurras en un grande error. Tu por obedecer al Medico terreno, recibes con gusto muchas cosas amargas al paladar; pues si executas esto solamente por la salud incierta de un cuerpo corruptible, con quanto afecto, y rendimiento de gracias deberás recibir qualquiera amargura por obedecer à Dios, y sujetarte en todo á su voluntad? Procura, pues, hijo mio, estàr en

esto

(c) *Psalm.* 102.

esto muy advertido; porque en ello se interesa no menos que el honor de Dios, y tu eterna salud. Tambien se podrá decir al enfermo: No se ha visto, ni oído hasta ahora, que Medico alguno haya querido tomar la enfermedad, y dolores, ni que haya tomado las medicinas amargas, ni otros remedios por sanar al enfermo, sino los dineros, y regalos, que le han dado; pero nuestro Divino Medico ha hecho todo esto por nuestra salud: *Verè languores nostros ipse tulit, & dolores nostros ipse portavit*: (d) El bebió el caliz amargo de nuestra medicina: *Calicem, quem dedit mihi Pater, non vis ut bibam?* (e) El tomó igualmente sobre sus delicadisimas carnes todos los remedios de dolores por nuestra salud: *Ipse autem vulneratus est propter scelera nostra, & livore ejus sanati sumus.* (f) Y assi exclamó con aquellos suspiros amar-

(d) *Isai.* 53. (e) *Joann.* 18. (f) *Is.* 53.

amarguisimos: *Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me?* (a) Dios mio, Dios mio, por qué me habeis desamparado? O ingratitud impia del hombre que no ama á este Medico, que no obedece á este Señor, y que no quiere padecer por amor suyo la mas leve pena! Quando se sangráre al enfermo, se le podrá decir: Esta sangre, que has permitido te saquen, ha sido de una parte sola, y en poca cantidad, y unicamente por el amor, que tienes á este cuerpo miserable, y corruptible; y se te ha sacado con una punta sutilisima, porque no sientas dolor: pero Christo nuestro Medico soberano, dexó le sacasen toda la suya de todo el cuerpo á fuerza de azotes, de espinas agudas, y de duros clavos. O inefable, ó dulce amor! *O bone Jesus, sis mihi, quæso, Jesus!* O buen Jesus, sed para mi Jesus; esto es, sed salud, sed Salvador, sed Medico, que todo lo

(a) *Matth.* 27.

lo dice vuestro dulcisimo Nombre. Sabes, hijo, lo que nos sucede quando hablamos, y discurrimos del amor que Dios nos tiene? Lo mismo puntualmente, que sucede á los que ván al mar con sus vasos para llenarlos de agua, los llenan verdaderamente; pero aunque vayan muchas veces al mar, y llenen sus vasos, no obstante siempre se queda el mar en su inmensidad, como si nada se le hubiese quitado: así digo, hacemos nosotros, quando discurrimos, y hablamos del amor Divino, que por mucho que nuestros entendimientos se llenen de su conocimiento, lo que nos falta por conocer es siempre infinito.

En las visitas, que se hacen al enfermo se le dirá: Mira quantos vienen á visitarte, y á consolarte de varias maneras; pero las visitas, que tuvo nuestro Redentor, estando en el Arbol de la Cruz para dár la salud al linage humano, quiso, que fuesen afanes, y opro-

oprobios: *Prætereuntes autem blasphemabant eum, moventes capita sua, & dicentes: Vah qui destruis Templum Dei, & in triduo reædificas illud, salva temetipsum; si Filius Dei es, descende de Cruce:* (h) Blasfemaban los pasageros á su Divina Magestad, haciendo movimientos irrisorios con la cabeza, y diciendole: Vah, que destruyes el Templo de Dios, y le reedificas en tres dias, salvate ahora á ti mismo: si eres Hijo de Dios desciende de la Cruz. Quando se habrá limpiado, y purgado el pecho, y labado la boca, le dirémos: Tu por la gracia del Señor te has limpiado, y purgado el pecho, y lavado la boca; pero nuestro Salvador á fin de que se limpiasen, y purgasen nuestros pechos de las iniquidades, toleró que le escupiesen en su sacratisimo rostro, siendo el objeto en que desean mirar, y contemplar todos los Espiritus Angelicos:

(h) *Matt.* 27.

Tunc expuerunt in faciem ejus. (i) Quando vieres al enfermo bolverse de un lado á otro, dile: Tu buelves frequentemente de una parte á otra, y en ninguna te permite reposo tu enfermedad. Lo mismo sucede puntualmente á nuestra alma, quando se halla enferma por haber dexado á Dios, y entregadose al amor de las criaturas; buelvase donde quisiere, jamás hallará quietud en alguna cosa. *Versa*, dice San Agustin, (k) *& reversa in tergum, & in latera, & in ventrem, & dura sunt omnia*: Porque solo Dios es la paz, y el descanso de nuestras almas. Si quieres, pues, quietud, pon tu corazon en Dios, pasa de un acto de amor á otro, fixa allí todos tus pensamientos, y descansa; con el dolor de sus ofensas suaviza los dolores de tu cuerpo, y reposa eternamente en la esperanza de su bondad, y misericordia.

Vien-

(i) *Matt.* 26. (k) *Confes. lib. cap.* 616.

Viendo vasos sobre la mesa se dirá: O quantos, y que bellos vasos están aquí á tu servicio, llenos de varias aguas, y licores! Pero el vaso prevenido para el Hijo de Dios estaba lleno de amargura: *Vas ergo erat positum aceto plenum.* (l) Considera un poco, hijo mio, nuestra ingratitud, viendo, que Christo, nuestro bien, tomò lo amargo por nuestra salud, y por purgarnos de nuestros pecados; y en cambio de las bendiciones, y gracias, que debe tributarle nuestro reconocimiento, solo hemos procurado llenarle el pecho de mayores amarguras.

Las flores, que suelen verse en el aposento del enfermo, pueden dár ocasion para levantar á Dios la mente del enfermo, diciendole: Buelve un poco los ojos interiores de estas flores terrenas, á aquella flor Divina del Hijo de Dios, en que jamás falta suavidad de amor, y de todo consuelo: Ego, dice,

(l) *Joan.* 19.

flos campi: (m) Yo, dice, soy la flor del campo. La flor del campo no debe su ser á la industria del hombre, sino á las aguas del Cielo, no es propia de este, ú de aquel; sino de quien la quiere, y no solamente está sujeta á los pies del hombre, sino tambien á los de los brutos; así, pues, el Hijo de Dios no encarnó en las purisimas entrañas de Maria Santisima por obra de hombre, sino del Espiritu Santo: *Spiritus Sanctus superveniet in te, & virtus Altisimi obumbrabit tibi.* (n) No es de éste, ú de aquél, sino de quien lo quiere gozar con la verdad; y con la obediencia de sus preceptos: *Si quis vult venire post me, ... tollat Crucem, &c.* (o) El que quisiere seguirme abrace su Cruz. Esta flor Divina no se sujetó solamente á Joseph, y à su Madre Santisima, *& etat subditus illis*, (p) sino tambien á los bestiales capri-

chos

(m) *Cant.* 2. (n) *Luc.* 1. (o) *Matth.* 16. (p) *Luc.* 1.

chos de los Fariseos, y de la plebe: *Ego sum vermis, & non homo, opprobrium hominum, & abjectio plebis.* (q) O quan digna es de ser considerada la sobervia del hombre, que no quiere en sus deseos sujetarse ni al mismo Dios!

Las almohadas de la cama nos dán tambien materia para decir al enfermo: Tu cabeza tiene donde reposar; pero la del Hijo de Dios no tiene donde reclinarse. Atiende à la amargura con que se lamenta. *Vulpes foveas habent, & volucres Cœli nidos; filius autem hominis non habet ubi caput reclinet.* (r) Los animâles tienen cuevas, las aves del Cielo nidos; y el Hijo de Dios, Criador de Cielo, y tierra, no tiene en que reclinar su cabeza. Tan despreciado, dice, soy del hombre, á quien he criado á mi semejanza, y redimido con mi sangre, (s) que

(q) *Psal.* 21. (r) *Luc.* 9. (s) *Gen.* 1. 1. *Pet.* 1.

antes dé alvergue en su corazon á la vanidad, y á los engaños, que afligen, y dàn la muerte, que á mí, que doy la paz, y la vida. A este modo podrémos de qualquiera cosa tomar ocasion de hablar al enfermo, y circunstantes, para encenderlos con nuevos actos en el amor de Dios, y excitarlos al dolor de su ofensa, y á la esperanza de su misericordia.

CAPITULO XXVIII.

Qué se debe decir quando se toma el Crucifixo en la mano.

SE tomará algunas veces el Crucifixo, y como si el mismo Señor hablase, dirémos así al enfermo: Para que veas alma mia amada, quanto te quiero, me pongo delante de tus ojos pendiente de la Cruz con que esta cabeza penetrada de espinas, con estas manos, y pies traspasados de clavos, con este costado abierto, con el espiritu yá entregado en las manos de

de mi Padre, para que aplacado te reciba en ſu amiſtad. Conſidera, hijo mio, eſta fineza incomparable del Salvador, adorale, (y adorará el enfermo del Crucifixo) y dile: *Ave Rex noſter, tu ſolus noſtros es miſeratus errores, Patri obediens, ductus es ad crucifigendum, ut agnus manſuetus ad occiſionem.* Bendito ſeais Señor, y Rey de los Judios, y nueſtro, de quien ſolamente podemos eſperar miſericordia, y alcanzar perdon de nueſtras culpas; pues obedeciendo á vueſtro Eterno Padre, quiſiſteis ſer llevado á la Cruz, y como inocente Cordero, dár en ella la vida para nueſtro remedio. Deſpues en particular adorará la cabeza, y ſumergirá en aquellas llagas todos los penſamientos ſobervios, y vanos, con que habrà ofendido á ſu Divina Mageſtad, diciendo: Dignaos Redentor mio de perdonarme en virtud de eſtas llagas qualquiera pecado, que con mis penſamientos haya cometi-

do; y adorando las llagas de las manos, pedirà perdon de todas las obras malas; y en la adoracion de los pies el perdon de todos los afectos terrenos; ultimamente adorando la llaga del costado, se sumergirá enteramente en ella con todos los pensamientos, palabras, y obras con que hubiere ofendido á Dios, para que allí se limpie de todas sus culpas, y esté seguro en todos los asaltos, y preservado de todo mal, y dirá fervorosamente: *Dominus fortitudo mea, Dominus firmamentum meum, & refugium meum, & liberator meus.* (a) El Señor es mi fortaleza, es mi amparo, es mi refugio, y el que me libra, y librarà de mis enemigos. Y teniendo el Crucifixo en la mano, se podrá tambien decir al enfermo: En virtud de las llagas de este Sagrado Cuerpo, el Padre eterno te coronará en el Cielo con la corona de Gloria: por las de estas

(a) *Psalm.* 17.

tas espaldas te dará la estola de alegria; estas manos penetradas de la dureza de los clavos te han fabricado en el cielo tu silla; las llagas de los pies te han allanado el camino de la Bienaventuranza, y te daràn la entrada en la Gloria eterna: ofrece, pues, con rendimiento de gracias al Padre Celestial su Hijo Santisimo en este Crucifixo, para que en virtud de sus meritos te conceda todos estos efectos, y dile: Dios mio, Padre de nuestro Redentor Jesu-Christo, mirad vuestro Hijo, y en virtud de sus obras perdonadme, y hacedme digno de vuestro Reyno, para que allí os alabe, y adore sin fin. Y se dirá algunas veces al enfermo, que bese las llagas del Crucifixo con todo afecto, y Fé.

CAPITULO XXIX.

Del modo de armar al enfermo para la batalla, que ha de tener con el enemigo de solo á solo.

POdrà suceder (se dirá al enfermo) que la enfermedad te quite en los ultimos momentos el uso de la lengua, y del oído, en cuyo tiempo suelen combatir mas los enemigos, para lograr el triunfo; pero no desmayes por esto: *Plures enim nobiscum sunt, quam cum illis.* (a) Porque mas poderoso es el esquadron, que nos defiende, que el que combate contra nosotros. Crees por ventura, hijo mio, que Dios te olvida? Que Jesu-Christo está yá cansado de obrar por tu salud? Que Maria Santisima, y el exercito de los Angeles del Cielo no están prevenidos para ayudarte? Si el demonio tiene deseo rabioso de tu conde-

(a) 4. *Reg.* 6.

denacion, infinitamente mayor es el que Dios tiene de tu salud; si el demonio sabe engañar, y tiene algun poder, queda facilmente vencido de la infinita sabiduria, y poder Divino; y por decirlo en una palabra, tanto podrá el demonio, tanto sabrá, y tanto tentará, quanto le fuere permitido de el Sr. (b) que desea siempre salvarnos; y asi, todo está en las manos de su Divina Magestad, cuyo amor no somos capaces de explicar, ni aun de comprehender. Puedes desear nueva mejor, y de mayor consuelo que esta? Animate pues, hijo mio; pero advierte, que Dios quiere que estemos prevenidos, y armados contra los asaltos del enemigo, (c) el qual en estos ultimos instantes de la vida suele ordinariamente combatirnos con tentaciones contra la Fé, y la esperanza, y con la presuncion, y vanas ilusiones.

(b) 1. *Cor.* 10. (c) *Matth.* 24.

CAPITULO XXX.

Del modo de armarse para vencer las tentaciones contra la Fé.

EN el fin del Combate Espiritual se habló de estas tentaciones, que suelen padecerse en la hora de la muerte, pero muy brevemente. Por cuya causa tratarémos en este lugar, como el mas propio, con mayor extension esta materia. Para que tu, hijo mio, combatas con poco trabajo, y con segura victoria en la batalla contra la Fé, la regla, que deberás seguir siempre ha de ser huír de qualesquiera discursos sobre la misma Fé; manteniendote siempre con invariable firmeza dentro de esta fortaleza: Yo creo quanto crèe la Santa Iglesia Católica Romana. Y esto mismo executaràs, aunque los asaltos vengan autorizados, y corroborados con lugares, y pasos de la Sagrada Escritura, porque to-

todos estos lugares serán mal alegados, y truncados, y no serán dignos de alguna consideracion. De este modo se desvanecerán, como la cera al fuego, y el humo al ayre. Estarás tambien advertido, que algunas veces te ocurrirán pensamientos, que parecerán favorables á la Fé; pero no obstante no les des oídos de ninguna manera, porque todo esto será industria, y artificio del demonio para abrirse la puerta, y confundirte despues el entendimiento con disputas; y así te repito una, y mil veces te tengas firme en este lance dentro de esta segura fortaleza: Yo creo quanto cree la Santa Madre Iglesia Católica Romana; crea, como creyere, quanto creyere, y porque lo creyere; pues es cosa de mucho peligro, querer investigar, y saber estas cosas con curiosidad en los ultimos combates; y así hazte sordo á qualquiara pregunta en orden á la Fé, aunque te parez-

ca, que los Angeles del Cielo, ó el mismo Jesu-Christo te la hacen por darte materia de mayor merecimiento. Acostumbrate, pues, desde ahora á decir frequentemente: Yo creo quanto cree la Santa Iglesia Católica Romana, y en este punto no quiero saber mas. Pero aunque, como he dicho, este es un fortisimo presidio, no obstante tu mayor apoyo, y tu mayor defensa ha de ser la omnipotente bondad, y misericordia de Dios; porque no es el arco, ó la espada del hombre la que dá la victoria, (a) sino la mano diestra de la virtud Divina; y por esta causa es necesario recurrir frequentemente à Dios con el pensamiento, para que te libre de todos peligros.

(a) *Psalm.* 43.

CAPITULO XXXI.

De la proteſtacion de la Fé.

SE advertirá al enfermo, que diga el Credo, y deſpues ſe le dirá: No crees todo éſto, y quanto cree la Santa Igleſia Católica Romana? No quieres vivir, y morir en eſta ſanta, y ſegura Fé? Buelve pues el corazon á Dios, y dile: Señor, y Criador mio, no ſolamente os habeis dignado por vueſtra bondad de criarme á vueſtra imagen, y ſemejanza, ſino tambien habeis querido, que yo naciese de Padres Católicos, y que viviese ſiempre en la Fé Católica, y Romana, de lo qual os doy infinitas gracias; pues que vueſtras obras ſon perfectas, (a) é infinita vueſtra bondad, y miſericordia, os ſuplico, que perficioneis eſta gracia en mí, haciendome morir en la Fé Católica Roma-

(a) *Deut.* 32.

mana, porque esta es mi firme, y resuelta voluntad, y asi lo declaro delante de vos Criador, y Redentor mio; delante de vuestra Madre Santisima, é inmaculada Virgen, en la presencia de mi Angel Custodio, de San Miguel Arcangel, Angeles, y Santos del Cielo, y de estos Reverendos Padres, y de todos los circunstantes, y os suplico, Señor mio, por aquel entrañable amor, que os movió á bajar del Cielo à la tierra, que os digneis de sostenerme, para que no caíga; y si cayere, de levantarme luego, que desde ahora detesto qualquiera caída, ó duda en que incurriere, y os pido humildemente perdon. Implorará tambien el enfermo el auxilio de Maria Santisima, del Angel Custodio, de San Miguel Arcangel, y de todos los demàs Santos de quien fue devoto, y repetirà esto muchas veces al dia.

CA-

CAPITULO XXXII.

Del combate contra la Esperanza, y de sus defensas.

TRes son los principales argumentos, con que procura derribar el demonio nuestra esperanza. El primero, es dandonos á entender, que las confesiones pasadas no han sido buenas: El segundo, que la gravedad, y multitud de nuestros pecados no es capáz de perdon: Y el tercero, que nuestro arrepentimiento llega tarde. La defensa de la primera bateria es facil à quien se halla todabia habil para tratar con su Confesor, diciendole: Padre mio, esto, y esto me dá cuidado; qué os parece que haga? Y despues que habrá executado lo que el Confesor le haya aconsejado, y ordenado, no piense mas en esto, ni dé oídos á tales argumentos. Tambien es facil el remedio, pa-

ra los que eſtando yà vecinos á la muerte, no pueden recorrer con ſu memoria la vida paſada; porque deben eſtos decirſe á sí miſmos: Yo creo, que las confeſiones paſadas han ſido buenas por la miſericordia de Dios; pero ſi no lo hubieſen ſido por culpa mia, me peſa, Dios mio, de todo corazon; y fiado en la precioſiſima Sangre de vueſtro Hijo Santiſimo, os pido que me perdoneis, pues yo eſtoy pronto á hacer quanto debo, ſi vueſtra divina Mageſtad me lo permite. Y eſto baſtará para ſu quietud, y para deponer qualquier eſcrupulo, y congoja. Para reſponder al ſegundo argumento ſabemos, que el miſmo Salvador del mundo dixo, que vino á la tierra por ſalvar á los pecadores; (a) ſe viſtió de nueſtra naturaleza por los pecadores; aſimiſmo por los pecadores conversó en el mundo treinta y tres años; por la ſalud de los pecadores predicó, y enſeñó ſu

di-

(a) *Matt.* 9. 1. *Tim.* 1.

divina Doctrina; (b) y ultimamente, por la salud de los pecadores toleró tantas penas, y tormentos en la Cruz, y murió en ella. No dixo tambien Dios en el antiguo Testamento por boca de su Profeta: *Quiescite agere perversè; discite benefacere::: & venite, & arguite me? Si fuerint peccata vestra, ut coccinum, quasi nix dealbabuntur, & si fuerint rubra, quasi vermiculus, velut lana alba erunt?* (c) Dexad de obrar perversamente; procurad hacer obras de piedad, y de misericordia; y si yo os faltáre, y no os socorriere con mi gracia, arguidme de infidelidad, y de que falté á mi palabra? Si vuestros pecados fueren de color rubicundo, como la grana, ú de color bermejo, ó rojo, como el gusanillo, mudarán su color en la blancura de la nieve, y de la lana muy blanca? (d) En el Testamento nuevo, sanando Chris-

(b) *Baruch.* 3. *Matt.*4. (c) *Isai.* 1.
(d) *Vease en el Cap.* 13.

Christo á la suegra de San Pedro, (a) al Hijo unico de la Viuda de Naim, (b) y á Lazaro; (c) no se declara manifiestamente, que no hay pecado, que el misericordioso Dios no perdone á quien con humildad, y Fé recurre á sus brazos piadosos?

El tercer argumento con sola esta autoridad de la Escritura, queda enteramente desvanecido: *Impietas impii non nocebit ei, in quacumque die conversus fuerit ab impietate sua.* (d) La maldad del impio no le dañará, ni le servirá de perjuicio delante de Dios, como de veras la deteste, y se convierta de corazon á su Magestad, pidiendole perdon de sus culpas.

CA-

(a) *Matth.* 8. (b) *Luc.* 7. (c) *Joan.* 11. (d) *Ezech.* 33.

CAPITULO XXXIII.

Del tercer asalto, que es el de la presuncion, y del modo de rebatir los enemigos.

VEncidos los enemigos en los dos asaltos referidos, suelen acometernos con el tercero, que es el de la presuncion, y esto sucede en dos maneras. La una es presumiendo nosotros de nuestras obras, y apoyando en ellas nuestra salud. La otra es persuadiendonos á que somos mas favorecidos de Dios, y más particularmente, que los demás. La presuncion de nuestras obras se redarguye, y convence con dos poderosas razones; la una es, que no sabemos, si son aceptas á Dios; y la otra, que de las buenas obras se puede caer facilmente en alguna culpa, que nos dé la muerte para siempre. De la presuncion de una singular misericordia de Dios basta decir, que es una insu-

sufrible soberbia, que debe huirse, y aborrecerse mortalmente. Dirá, pues, frequentemente al enfermo: *Nescit homo, utrum odio, an amore dignus sit.* (a) No sabe el hombre si es digno de amor, ú de odio. *Non intres in judicium cum servo tuo, Domine, quia non justificabitur in conspectu tuo omnis vivens*: (b) No entreis, Señor, en juicio con vuestro siervo, porque no se hallarà quien pueda justificarse en vuestra presencia.

CAPITULO XXXIV.

De algunas advertencias para el ultimo paso de la muerte.

SI por desgracia, ó poca advertencia (se dirá al enfermo) hubieses caído en alguna duda sobre la Fé, ó en pensamientos de desesperacion, de presuncion, de infidelidad, ó en algun otro, no pierdas el ànimo, aunque el demonio te quiera hacer creer, que no-

(a) *Eccl.* 9. (b) *Psalm.* 142.

no tienes remedio; porque ſi puedes, confieſate luego; y ſi no puedes, dí con el corazon: *Deus propitius eſto mihi peccatori.* (a) Dios mio, uſad de miſericordia con eſte pecador. Y ſi pudieres, harás alguna ſeñal de contricion, y de dolor, que Dios te ayudará: buelve tambien con frequencia el penſamiento al auxilio de Maria Santiſima, de tu Angel Cuſtodio, y de los otros Santos, de quienes eres devoto, empezando deſde ahora á acoſtumbrarte á eſtos actos. Acuerdate tambien deſde ahora, que quando yo te moſtráre las llagas de los pies de Chriſto crucificado, te exorto á la humildad, y ſanto temor de Dios, diciendo en nombre tuyo: *Non intres in judicium cum ſervo tuo Domine, &c.* (b) No entreis, Señor, en juicio con vueſtro ſiervo; porque no ſe hallará quien pueda juſtificarſe en vueſtra preſencia. Y moſtrandote las llagas de las manos te aliento

á

(a) *Luc.* 18. (b) *Pſalm.* 142.

á la esperanza en los meritos de Christo, diciendo por tì: *In te Domine speravi non confundar in æternum*: (c) esperé, Señor en vos, y espero en los meritos de vuestra Santisima Pasion, que no será vana mi esperanza, sino que lograré la vida eterna. Y quando te mostraré el costado abierto, te combido á su amor, diciendo en tu nombre: *Diligam te, Domine, fortitudo mea*: (d) Amote Señor, y te amaré fortaleza mia. Y mostrandote todo el Crucifixo, te combido nuevamente al amor, y á la esperanza, y diré por tí: *Jesu, sis mihi Jesus*: Jesus, sed para mi Jesus. Y levantando las manos al Cielo, diré en tu nombre: *Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum, ita desiderat anima mea ad te Deus.* (e) Asi como el ciervo sediento busca con ansia el agua, asi mi alma te desea, Dios mio, y bien mio.

(c) *Psalm.* 30. 70. (d) *Psalm.* 17. (e) *Psalm.* 41.

mio. Y poniendote delante la imagen de la Virgen Santiſsima, diré por tí: *Maria Mater gratiæ, Mater miſericordiæ, tu nos ab hoſte protege, & in hac hora mortis ſuſcipe.* Maria Madre de gracia, Madre de miſericordia, libradme del enemigo, y recibidme en eſta hora de mi muerte. No deſeas, hijo mio, que yo en tu nombre diga, y repita eſtas oraciones, y afectos, y todo lo demàs, que Dios me inſpiráre: Dilata, pues, el corazon, eſtá alegre, y confia en quien te ha criado, y redimido. Ultimamente te advierto, que no deſees jamás tener viſiones, y que ſi las tuvieres, no las creas, ni las adores, aunque te exorten á que lo hagas, mas bolviendote con la conſideracion à aquel Santo, que repreſentan, le adorarás en el Cielo; y ſi repreſentáren á Maria Santiſsima adorala à la dieſtra del Hijo de Dios, y repreſentando eſte Soberano Señor, le adoraràs á la dieſtra del Padre, y en el

Santo Sacramento del Altar.

CAPITULO XXXV.

Lo que se debe decir quando al enfermo se le dá el Viatico.

QUando hubiere llegado el Santissimo Sacramento, se dirá al enfermo antes que lo reciba: Aqui está el unico Salvador del mundo debajo de los accidentes de esta Hostia consagrada, que es aquel Hijo bendito, à quien el Padre, *propter nimiam charitatem, qua dilexit nos, misit in mundum*: (a) Por el infinito amor con que nos amó, y ama, embió al mundo. Aqui digo, está oculto el Cordero inmaculado, que murió en la Cruz por librar el linage humano del cautiverio de la culpa. (b) No crees firmemente todo esto, y que comiendo de este Pan Divino con la disposicion debida, recibimos muchos favores, y gracias,

(a) *Ephes.* 2. (b) 1. *Joann.* 4. *Joann.* 1.

cias, y entre otras, que en este ultimo termino de la vida nos dará virtud, y nos servirà de guia para el camino del Cielo? No tienes deseo de recibirlo para gozar de estos efectos milagrosos, y para complacer en esto à tu Salvador? No te conoces indigno de un bien tan grande, y de recibir dentro de tì este Señor inmenso? Dile, pues: *Domine non sum dignus, &c.* (c)

CAPITULO XXXVI.

Del quarto estado de los enfermos.

PUsimos en el quarto estado los enfermos, que poco ó nada sienten. El modo de ayudarles será poner frequentemente el corazon, y la mente en Dios, rogando por ellos en esta, ó semejante forma: Criador del Cielo, y de la tierra, veis aqui vuestra criatura, que con tan alto consejo, y amor habeis criado à vuestra ima-

(c) *Matt.* 8.

gen, y semejanza. (a) No menosprecies, Señor, la obra de vuestras manos, aunque con los pecados que ha cometido se halle defectuosa. (b) Veis aqui, ó Verbo Encarnado, aquella criatura, que era yá vuestra carne: no la aborrezcais, Señor, aunque se halle desnuda de buenas obras, sino vestidla de vuestros bienes, y meritos, así como nos mandais à nosotros que lo hagamos. (c) Veis aqui, Legislador Divino, esta criatura por sus pecados enemiga vuestra; perdonad, Señor, à vuestros enemigos, y hacedles bien, pues así nos mandais Vos que lo hagamos con los que son nuestros enemigos. (d) Veis aqui, ó buen Pastor, esta ovejuela perdida, (e) que habeis buscado, y seguido treinta y tres años, en este valle de lagrimas, no permitais, que de vuestros divinos hom-

(a) *Gen.* 1. (b) *Psalm.* 137. (c) *Isai.* 58. *Matth.* 25. (d) *Matt.* 5. (e) *Luc.* 15. *Joann.* 10.

hombros caiga en las manos de los lobos infernales, (f) sino reducida à vuestro aprisco. Mirad, Redentor del mundo la criatura por quien habeis sufrido tan indecibles tormentos en la Cruz; no la abandoneis ahora, aunque haya sido ingrata: salvadla, Señor, en memoria de aquellas angustias mortales, que os dignasteis de padecer en el Huerto, (g) y en virtud de vuestras sacratisimas llagas, de vuestra sangre, y de vuestra muerte.

Tambien para ayudar al enfermo podremos usar de versos de los Psalmos, que sean propios del lugar, y del tiempo; y si estuviere timido, se dirá: *Adjutor meus, & liberator meus es tu, Domine, ne moreris.* (h) *In te Domine speravi, non confundar in æternum.* (i) *In te speraverunt Patres nostri, speraverunt, & liberasti eos, ad te clamaverunt, & salvi facti sunt,*

(f) *Luc.* 15. (g) *Luc.* 22. (h) *Ps.* 9.
(i) *Psalm.* 30. & 70.

sunt, in te speraverunt, & non sunt confusi. (k) *Deus ne elongeris á me, Deus meus in auxilium meum respice.* (l) *Deus in adjutorium meum intende, Domine ad adjuvandum me festina.* (m) *Deus noster refugium, & virtus, adjutor in tribulationibus, quæ invenerunt nos nimis.* (n) *Miserere mei Deus, miserere mei, quoniam in te confidit anima mea, & in umbra alarum tuarum sperabo donec transeat iniquitas.* (o) *Domine vim patior, responde pro me.* (p) *Quare tristis est anima mea, & quare conturbas me? Spera in Deo, quoniam adhuc confitebor illi salutare vultus mei, & Deus meus.* (q) *Quam dilecta tabernacula tua Domine virtutum, concupiscit, & deficit anima mea in atria Domini: Beati qui habitant in Domo tua, Domine, in sæcula sæculorum laudabunt te.* (r) *Convertere Domine, & eripe* ani-

(k) *Psalm.* 21. (l) *Psalm.* 70.
(m) *Psalm.* 69. (n) *Psalm.* 45.
(o) *Psalm.* 56. (p) *Isai.* 38.
(q) *Psalm.* 42. (r) *Psalm.* 83.

animam meam, salvum me fac propter misericordiam tuam. (s) *Eripe me de inimicis meis, Domine, ad te confugi.* (t) *Clamavi ad te, Domine, dixi: Tu es spes mea, portio mea in terra viventium.* (u)

Si se teme, que presuma de sí, y de sus obras, se dirán estos versiculos: *Non intres in judicium cum servo tuo Domine, quia non justificabitur in conspectu tuo omnis vivens.* (x) *Si iniquitates observaveris Domine, Domine, quis sustinebit?* (y) *Non enim in arcu meo sperabo, & gladius meus non salvabit me.* (z) *Non nobis Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam.* (aa) *Deus propitius esto mihi peccatori.* (bb) Se dirá tambien frequentemente: *Jesu, sis mihi Jesus. Jesus, Maria! Jesu, adjuva me propter temetipsum, & Matrem tuam. Ma-*

(s) *Psalm.* 6. (t) *Psalm.* 142. (u) *Psalm.* 141. (x) *Psalm.* 142. (y) *Psalm.* 129. (z) *Psalm.* 43. (aa) *Psalm.* 133. (bb) *Luc.* 18.

ria Mater gratiæ, Mater misericordiæ, tu me ab hoste protege; & in hac hora mortis suscipe. Se le hará muchas veces la señal de la Cruz en la frente, en los ojos, en la boca, y en el pecho, diciendo: *Jesus, Maria: Jesus Nazarenus Rex Judæorum, salvum me fac in nomine tuo.* (cc) Tambien se le rociarà frequentemente con agua bendita, se leerà la Pasion de Christo, se dirán las Letanìas, y otras cosas, que enseña el Ritual, propias de este caso, y se dirà à los circunstantes, que rueguen por el enfermo, y todos procuraràn ayudarle del modo que pudieren, acordandose en esta ocasion cada uno de aquella sentencia del Señor: *Qua enim mensura mensi fueritis, remetietur vobis.* (dd) Con la medida con que midiereis sereis medidos. Con estos, y semejantes versos, y oraciones se ayudarà à los enfermos de este

(cc) *Joann.* 19. *Actor.* 2. & 4.
(dd) *Luc.* 6.

este estado; pues no son capaces de mayor auxilio.

CAPITULO XXXVII.

Que se debe hacer despues que el enfermo haya muerto.

DEspues que el enfermo haya muerto, será bien retirarse á otra estancia, para dár lugar á que la familia atienda à acomodar el cadaver, y entre tanto dirémos el Oficio de Difuntos; y bolviendo despues à consolar à los parientes, les hablarémos en esta forma: Os alabo que lloreis; porque demás de ser cosa agradable à Dios el llorar á los muertos, es señal de tener el corazon humano; pero tambien es cierto que ha de tener sus terminos el llanto, para que no se convierta en vicio una obra tan digna de alabanza. Y para empezar à moderar las lagrimas, oigamos lo que á cada uno de nosotros nos dice el difunto, aunque no oigamos su voz: *Me-*

mor esto, nos dice, *judicii mei, sic enim erit, & tuum; mihi heri, & tibi hodie.*(a) Yá yo he muerto, y muy en breve hareis vosotros lo mismo, sin esperanza de que buelva á empezar el curso de nuestra vida. Desde ayer á hoy se puede decir, que vive el hombre; tan velozmente pasa esta sombra fugitiva de la vida, porque no hay vida verdadera sino la del Cielo; pues para qué llorais por mí tan amargamente? Si se debe llorar, llorad tambien por vosotros, que caminais con pasos apresurados á la muerte; y por decirlo mejor, si me amais, y os amais á vosotros mismos, dexad el llanto, que à mi no me aprovecha, y à vosotros, siendo excesivo, os ocasionará daño en el cuerpo, y en el alma. Gastad, pues, el tiempo que empleais en llorar, en rogar à Dios por mi, considerando, que los juicios de Dios hallan que purgar en las almas mas de lo que imagina el mun-

(a) *Eccli* 14.

mundo. Yo, como quien os ama, os exorto á la virtud, al amor de Dios, y del próximo, y al desprecio del mundo. De qué me han servido los deleytes de la carne, los deseos, la soberVia, y la vanidad del mundo? Mirad como todo passa á manera de viento velocisimo. Lo que solo me ha quedado son penas acerbisimas, que por la misericordia de Dios, como debeis esperar, conviene que yo padezca, no en el infierno, sino en el Purgatorio, y así os pido, que me ayudeis, y socorrais con todos aquellos medios, que enseña la Santa Iglesia Católica Romana; y dando fin á mi razonamiento, os pido nuevamente, que procureis hacer en vida lo que en la hora de la muerte deseareis haber executado. O qué dolor! O que dolor es en la hora de la muerte el pensar en el bien, que pudimos haber hecho, y no hicimos! O quántos bienes eternos se pierden! Quántos tesoros se des-

perdician! Sed, pues, ſabios, advertidos, y prudentes, y ordenad, y componed vueſtra vida para la ultima neceſsidad, en que os halláreis, que en eſto conſiſte la ſuma de nueſtra felicidad; y todo lo demàs es inutil, y de ningun provecho.

CAPITULO XXXVIII.

Del quinto, y ultimo eſtado de los enfermos.

EN el quinto eſtado puſimos à los convalecientes, á quienes hablarémos en eſta forma: Muchos documentos podreis haber ſacado de eſta enfermedad, pues habeis conocido con mayor luz, que ſois mortal; que las coſas del mundo paſan velozmente; que vueſtra adheſion, y apego à las criaturas es mas tenaz de lo que creiais: que ſin grande dificultad, y ſumo dolor no puede el hombre deſaſirſe de ellas. Y ultimamente, que es grande el terror, y eſpanto, que cau-

causa la consideracion de la estrecha cuenta, que se ha de dár à Dios de toda nuestra vida. Asimismo habeis experimentado, quan dulce es la memoria de las buenas obras que se han hecho. El fruto que habeis de coger de todo esto, es, que como un prudente Capitan, habiendo visto las partes mas flacas de vuestro corazon, y reconocido vuestros defectos, procureis en este poco tiempo de vida que os queda, fortificaros con diligencia, para que quando venga la muerte, os hàlle tan bien prevenido, que os abra el paso à la vida verdadera. El modo, pues de fortificaros, y preveniros ha de ser este: Cada mañana imaginareis que os dicen: *Dispone domui tuæ, quia morieris*: (a) Procura disponer las cosas de tu alma, porque está muy proxima tu muerte. Y como si aquel dia fuese el ultimo de vuestra vida, atended en todas vues-

(a) *Isai.* 38.

vuestras acciones à tener limpia la conciencia, á mortificar las pasiones, á despreciar el mundo, y á enriquecer vuestra alma de virtudes, y buenas obras para agradar á Dios. Para esto es necesaria la vigilancia, la violencia, la oracion, la meditacion, y la frequencia de los Santos Sacramentos. Os acostumbrareis á velar sobre vuestro corazon, para que se desprenda de las criaturas, y no se pegue mas à ellas, y si en esto sintieres repugnancia, y pena, haceos fuerza, y recurrid al instante á la oracion, diciendo: Señor, libradme de mis enemigos, y de todas las inclinaciones terrenas: ayudadme, Dios mio, para que no ceda á estos movimientos, que son contrarios á vuestra voluntad. Despues meditaréis en alguna de las cosas, que hizo Jesu-Christo en el curso de su vida, y en los Mysterios de la Cruz; y considerando, que su divina Magestad se dió todo por vosotros, no tengais dificultad en entre-

tregaros enteramente á su voluntad, que no quiere otra cosa que vuestro bien, y tal, y tan grande, que no cabe en nuestra comprension, porque os quiere en el Cielo en su compañia, para que os sustenteis del mismo manjar de gozo, perfeccion, y bendicion, de que su divina Magestad se sustenta, y sustentará siempre. Y si quereis una instruccion dilatada, que os enseñe á reglar vuestra vida, y pasiones desordenadas, y adornaros de las virtudes, con todo lo demás que es necesario para adquirir la perfeccion christiana, usad de la doctrina que os doy (b) en el Combate Espiritual.

(b) *Vease al Venerable Escopuli en este lugar, y en el Tratado* 1. *Cap.* 10. *en el fin; y a D. Carlos Antonio Meazza en la Version Latina, en los mismos lugares.*

ACTO

DE CONTRICION

De un Pecador arrepentido, y dolorido de ſus culpas.

UN alma llorar ſus culpas
De ſus deleytes ſalió,
Recogiendoſe en sì miſma,
Que es el retiro mejor.
Poſtróſe à los pies Divinos
De ſu ofendido Señor,
Y ſus ojos hechos fuentes
Con lágrimas los regó.
Suſpiros de quando en quando
Deſpide ſu corazon,
Tan ardientes, como el miſmo,
Teſtigos de ſu dolor.
Deshecha en amargo llanto,
Sí llena de confuſion,
A ſu Eſpoſo en la Cruz muerto
Le dice en humilde voz:
Pequé, Señor, y Dios mio,
Pequé delante de Vos:
Quién vió tal atreviento,

Y quien tal paciencia vió?
Confieso, que mis pecados,
Tan graves, y tantos son.
Que la cuenta es imposible,
Querer pasarlo, error.
Errante perdída oveja
He sido mi buen Pastor,
Y por silvos que me dabais,
Mas daba en huiros yo.
Torcidas anduve sendas,
Buscando de flor en flor
El veneno que bebí,
El lazo que me prendió.
Acuerdome que buscasteis
(Bañado el rostro en sudor)
A un vivo retrato mio
Junto al pozo de Jacob.
Si tanto mi vida os cuesta,
Qué dudo mi salvacion?
Morir por mí fue lo menos,
Buscarme, es deuda mayor.
Quando la vida me dabais,
La muerte os dió mi rigor,
Compitiendo (bien que en vano)
Mi culpa, y vuestra aficion.
Ojalà nunca naciera

Quien tan ingrata vivió,
Para usar contra tal Dueño
De tan aleve traícion.
  De mis pasados errores
Con tanta verguenza estoy,
Como lo muestra en mi rostro
El sonrojado color.
  De la enmienda de mi vida,
Mi llanto en prendas os doy,
Porque sé que á vuestro gusto
No hay mas seguro fiador.
  Aunque mis culpas son grandes
Hallar espero el perdon,
Entrando por esas puertas
Que vuestra piedad me abrió.
  Abrióme esta puerta santa
El gran Sacerdote Amor,
Quando aquel gran Jubileo
Para mi bien publicó.
  Quando en las Aras sangrientas
(Siendo él mismo executor)
De vuestro cuerpo hizo al Padre
Grata obediente oblacion.
  Pelicano soberano,
Abiertos los pechos sois,
Para bolverme á la vida

Con ese sangriento humor.
Lavadme una vez, y otra,
Con ese fino licor,
Que bien puede, aunque purpureo,
Bolver nieve á quien lavó.
Las lagrimas, que derramo,
Hijas de mi contricion,
Mal pueden sin vuestra Sangre
Bolverme al primer candór.
Con vuestros rubís mis perlas
Serán de tanto valor,
Que solo Vos podreis darlas
La debida estimacion.
Si perlas el mundo loco
Las llama (aunque sin razon)
Para Vos son perlas finas,
Naciendo del interior.
Breve concha en mar amargo
Mi corazon las crió,
Mas el luciente rocío
Pide vuestra bendicion.
No observan de las comunes
El modo en su formacion;
Pues quando es mas pardo el dia,
Mas claro es su resplandor.
El Sol á enjugar madruga

Las que el Aurora lloró;
Pero Vos, Sol mas Divino,
A eſtas las dais perfeccion.
A la fuente de mis ojos
Las ſaca vueſtro calor,
Para que riegue las plantas,
Que vueſtra luz engendró.
Si yá el humo de mis culpas
De dentro no las ſacó,
Que agua, y fuego en una esfera
No hacen buena conjuncion.
Mis ojos dieron laſcivos
Entrada à mi perdicion,
Y en ellos hallé el remedio
De el mal, que el mirar causó.
Ventanas fueron de muerte,
Mas ſi el llanto las trocó
En nuevas puertas de vida,
Qué dulce transformacion!
Corazon, ſi no llorais,
Soſpecha tendré de vos,
Que en piedra os han convertido
Como á la muger de Loth.
Herid, mi Dios, ſu dureza
Con la vara del temor,
Porque brote vivas fuentes,
Qual

Qual la que Moysés hirió.
Siete ojos en una piedra
Profética fue vision:
O si por tantos llorára,
Yà que en dureza lo soy!
Por siete bocas el Nilo
Desagua en el mar, ay Dios!
Si tantas salidas diese
El Nilo de mi afliccion!
Quien fuera el Pastor de Juno,
Que en ave se tranformó;
Mas cien ojos fueran pocos
A tan grande inundacion.
La musica con el llanto
Siempre al mundo disonó,
Mas para vuestros oídos
Es la mas dulce cancion.
Al que llora prometeis
Eterna consolacion,
Que es justo que gozos coja
El que lagrimas sembró.
En cierto modo Rey mio,
Las debe mi salvacion,
Porque à lagrimas jamàs
Supistes decir que no.
Con ellas aquel gran Padre

De los Tribus alcanzó
La bendicion deſeada
Del valiente Luchador.
Por ellas, Ana la eſtéril,
Madre de Samuél ſe vió
Venciendo de ſu adverſaria
La afrentoſa exprobacion.
Por ellas, la hermoſa Sara
El oprobio deſterró
De tantos Eſpoſos muertos
Por Aſmodéo feróz.
Por ellas, Tobias Santo,
(Flor de la transmigracion)
Logrò por hueſped un Angel,
Nueva hacienda, viſta, honor.
Con ellas, la penitente
Pecadora mereció
Mas que con el fiel obſequio
De ſu repetida uncion.
Con ellas, la grande fé
De otra muger impetró
La libertad de una hija
De diabolica opreſion.
Con ellas, la primer piedra
De vueſtra Igleſia cobró,
Contra eſtigias avenidas,
Su

Su antigua fuerza, y vigor.
De ellas formó las ganzuas
El mas dichoso Ladron
Para robar los tesoros,
Que tanto el Cielo guardó.
Con agua, y sangre pagasteis
Mis deudas, buen pagador;
Mas yo con esta agua sola
Os pago á satisfaccion.
Con esta lluvia se riega
El Arbol de quien colgó
El Racimo, que me ofrece
La Tierra de Promision.
De la tierra de mi pecho
Suba uno, y otro vapor,
Qué hechos nubes se resuelvan
En agua de contricion.
Subid làgrimas aprisa,
Para la Empyrea Region;
Porque quanto mas subis,
Tanto la piedad baxó.
Como no hay llanto en el Cielo,
Sois de tanta estimacion,
Que siempre lo que es mas raro,
Con lo precioso se alzó.
El agua caba las piedras,
Chris-

Christo piedra se nombró,
Cabadla lagrimas mias
Hasta el mismo corazon.

Con vuestra muda eloquencia,
Si mis Abogadas sois
En el Tribunal Divino
Tendré sentencia en favor.

Dicen, que peñas quebrantan
Las dádivas de valor,
Ninguno le hay como el vuestro
Para alcanzarme el perdon.

Arrimará el Juez la vara,
Buelto en blandura el rigor,
Que á lagrimas por pecados,
Siempre la Iglesia valió.

Quando blandiendo la espada
Este Dios, de su furor,
Amagando el golpe fiero
De eterna condenacion.

Tan grande es vuestro poder,
Tan fuerte vuestro tesón,
Que á suspenderle es bastante,
Quando baxe mas veloz.

Quando en infernal incendio
Se vé el alma otro Illion,
Con vuestro rocío puede

Ma-

Matar ſu encendido ardor.
Libre paſo en vueſtras hondas
El Pueblo eſcogido halló,
Y en las miſmas ſu naufragio
Los carros de Faraon.
Sois la triaca Divina
De artificioſo primor,
Del Aſpid miſmo ſacada,
Que el veneno derramó.
Amargas ſois, y ſois dulces,
Con admirable mixtion,
De azibar para Luzbél,
De ambroſia para el Señor.
Sois triſtes, y ſois alegres;
Quién tal calidad oyó?
Mas vueſtro gozo conſiſte
En vueſtro mayor dolor.
Sois mudas, y ſois parleras
En una miſma ocaſion;
Todas lenguas en pedir,
Todas ſilencio en la voz.
Calientes ſois, y ſois frias,
Prodigioſa complexion!
Pues tanto ardor encendeis,
Y hollais el ſenſual ardor.
Sois opulentas, y pobres,

Sin que haya contradiccion;
Sois pobres en lo oportuno,
Y ricas en el valor.
Sois claras, y ſois obſcuras,
En templada proporcion;
Obſcuras, por vueſtro origen,
Claras, por vueſtro eſplendor.
Hidalgas ſois, y villanas,
Pues por un miſmo tenor,
A Dios el culto pagais,
Y le poneis en priſion.
A tanta felicidad
Vueſtra ſuerte os ſublimó,
Que á enjugaros ſe combide
La miſma mano de Dios.
Tan dulcemente violentas,
Tan executivas ſois,
Que haſta los Cielos no eſtán
Libres de vueſtra invaſion.
De la fogoſa cuchilla,
Que un Querubin eſgrimió
En guarda del Paraíſo,
Sois la refrigeracion.
Una mortal eſcritura
El primer hombre firmó,
En que quedó con ſus hijos

En infame ſujecion.
Y aunque en el Arbol Sagrado
Chriſto mi bien, la clavó,
A cancelar ſois baſtante
Su funeſta obligacion.
Si alguna llorar pudiera,
Hallára el rico Epulon,
Entre ſus llamas, alivio,
Aura freſca, en ſu calor.
Y aun ſi eſto fuera poſsible
De la muerte en la region,
Ceſáran luego ſus penas,
Pauſa tuviera ſu horror.
Piſcina ſois de Siloe,
Donde un Ciego ſe alumbró;
Que para cobrar la viſta
Sois el colirio mejor.
Lexia vierte, que quita
La mancha, el tizne, el borron,
Que en bella Divina imagen
Por el pecado cayó.
Jordán, que la lepra ſana
Con milagroſa ablucion,
De Nahamán mas incurable,
De mas aſco, y mas hedor.
Agua de Mayo, cogida

En oportuna ocaſion,
Con que el alma à cobrar buelve
La hermoſura que afeó.
Agua de Angeles fragrante,
Que el corazon deſtiló,
De flores de penitencia,
Con fuego de contricion.
Todas las noches rociaba
Con eſtas aguas de olor,
(Por quitar el de ſus culpas)
Su cama el Rey de Sion.
Quando el Abril es lluvioſo
Mas bello el Mayo ſalió;
Quán florido Mayo eſpera
Con vueſtra lluvia el Criador?
Fertil la coſecha aguarda
El Divino Labrador
De la tierra en que regais
La ſemilla, que él ſembró.
El Mercader Celeſtial
Que á nueſtras Indias dexó,
No pudo topar en ellas
Mas rica contratacion.
Teſoro ſois eſcondido,
Por cuya compra vendió
(Haſta quedarſe deſnudo)
To-

Todo quanto tuvo Dios.

Pues si las lagrimas valen
Tanto, mi dulce Amador;
Un presente os hago de ellas,
Bien sé, que es á gusto el dón.

Aunque de agua es el presente,
No pierde de su opinion,
Que el corazon de su dueño
Es quien le calificó.

Haciendo sus manos plato
A un gran Rey la presentó
Un Villano, yo en la fuente
De mis ojos os la doy.

Seros grato el sacrificio
Del agua, nos enseñó
Aquella de una cisterna,
Que derramó un Rey Pastor.

Y la que en Nasphat vertieron
Los de la Hebrea Nacion,
Delante del Arca, quando
La guerra los afligió.

El hólocausto, que Elías
Reverente os ofreció,
Nadó en agua, antes que viera
Baxar fuego abrasador.

En el agua sus prodigios

Vueſtro poder comenzó,
Y vueſtro amor en el agua
Le dió fin en la Paſion.

Quando las demás criaturas
Triſte tinieblas embolvió,
Deſaliñada la tierra,
El mundo en toſco borron:

Sola el agua, hermoſa, y pura
El agrado ſe llevó
De vueſtro Eſpiritu Santo,
Y mereció ſu favor.

Pues porque fueſe el primero
En dár vidas ſu licor,
Como en un carro triunfal
En ſus ondas paſeó.

Del agua criaſteis Cielos,
Y ſu criſtal fecundó,
Para madre de las aves
Prolifico bolador.

Paloma, que en el Jordán,
Con ſu eſplendor iluſtró
El Bautiſmo, á que acudiſteis
De vueſtro gran Precurſor.

Sus criſtalinos raudales
Primero ſantificó
Vueſtro Cuerpo, que empezarais

Vueſtro primero Sermon.
El agua en vino bolviſteis
Bolviendo por el honor
De un Eſpoſo, que á ſus bodas
Con vueſtra Madre os llamó.
Venid al agua ſedientos,
Dixiſteis en alta voz:
Venid, que os la doy de gracia,
Bebedla á ſatisfaccion.
Todo el merito del Cielo
A un jarro de agua cifró,
A obſequio tan humilde,
Qué deſigual galardón!
Si enamorar pretendeis
A un Alma que os agradó,
De las aguas os ſervis
Por eficáz perſuaſion.
Para librar á los vueſtros
Quando el baxél naufragó,
Los maritimos criſtales
Piſais con admiracion.
Para oſtentarnos humilde
De una vacía labró
Amor tranſparente eſpejo
A los pies de un Peſcador.
Bien ſaben las fieras manos.

De aquel Juez, que os condenó
Hallar de vueſtra inocencia
En agua la abſolucion.
Si en el agua hay mas myſterios
Bien lo ſabe quien abrió
En la punta de una lanza
Las fuentes del Salvador.
Pues ſi Myſterios tan altos
Son de las aguas blaſon,
En las que mis ojos vierten
Guſtoſa materia os doy.
De ellas podreis hacer Cielos,
En que deſcanſeis mejor,
Que en los Cielos que criaſteis
Para vueſtra habitacion.
De ellas podré renacer,
Con nueva generacion
Para Fenix; pues en aguas
Sacros incendios halló.
Si en dulce rapto tal véz
Dexó el alma ſu priſion,
Plumas de liquida plata
De ſu elemento ſacó.
Aunque es amargo ſu origen,
Prodigioſa converſion,
Podrá trocarlas en vino

De

De dulzura ſuperior.

Con que á los de vueſtra meſa
Daré deleyte mayor,
Qué con el nectar reciben
Con el guſto les brindó.

Ricos manteles al prado
El rocío preparó,
Para que el Maná cayeſe
Con mayor veneracion.

Pero á Vos, Maná Sagrado
(Del Cielo precioſo dón)
Mas grato ſerá el rocìo,
Que de mis ojos llovió.

Quan de vueſtro guſto ſean
Las lagrimas, lo moſtró
El curſo de vueſtra vida,
Haſta ſu remate atróz.

Llorando, en Belen nacíſteis,
Eſpoſo, y Gigante Sol
De aquella nube ligera
Que de talamo os ſirvió.

Antes de abrir el ſepulcro
De un Difunto bienhechor,
En lagrimas le ofreciſteis
Amoroſa libacion.

Sobre la Ciudad ingrata,

A quien vueſtro triunfo honró,
Vertiſteis lagrimas tiernas
De doliente compaſion.
Argos en un huerto fuiſteis
Llorando mis culpas Vos;
O viertan mis ojos ſangre,
Pues vueſtro amor la vertió!
Llorando ſalís del mundo,
Quando con grande clamor,
Y lagrimas, ofreciſteis
Al Padre vueſtra Oracion.
Paſtor, y Padre amoroſo,
Rey, Amante, Eſpoſo, y Dios,
A tanta voz de piedades,
Qué fiera ſe reſiſtió?
La ſed que en la Cruz tuviſteis
(Siendo Vos fuente) indícó,
Que la teneis de que buſque
En ella mi refeccion.
Rendida, y ſedienta llego
A vueſtros criſtales hoy,
Herida anhelante cierva
En buſca del Cazador.
Tan dulce morir me ſiento,
Que adoro por el favor
En la flecha que me ha herido,
La

La mano que la tiró.
Tan firme de no ofenderos,
Es yá mi resolucion,
Que á mil muertes diré sí,
Primero que os diga un no.
Osada vengo, y medrosa
Entre esperanza, y temor,
Espero, porque sois bueno,
Temo, porque mala soy.
Si Luna fui en mudanzas,
Vos sois mi Divino Sol,
Llenadme de vuestra luz,
Y abrasadme en vuestro ardor.
Subidme de el hondo abismo
De mi despeñado error,
En brazos de vuestra gracia
Al monte de vuestra union.

LETRA ESPIRITUAL para excitar la devocion.

UN cuidado sin cesar
me atormenta noche, y dia.
Ay Jesus del alma mia,
si me tengo de salvar!
Si no me salvo, mi Dios,

qué importa oro, ni nobleza?
qué importa el fausto, y riqueza?
Si al fin me quedo sin Vos?
Ello será una de dos,
ó gozar siempre, ò penar!
Ay Jesus del alma mia,
si me tengo de salvar!

Qué importa quanto me ofrece
el mundo, si todo es viento?
Pues su placer, y contento,
qual humo se desvanece?
Solo el pensar me estremece,
que me puedo condenar.
Ay Jesus del alma mia,
si me tengo de salvar!

Ay de mí! Si desdichado,
me condeno eternamente!
Qué será en un fuego ardiente,
sin fin estar sepultado!
Cómo si sé, que he pecado,
no me deshago en llorar?
Ay Jesus del Alma mia,
si me tengo de salvar!

Si yo supiera, que habia
aqui solo un condenado,
sin saber qual, qué cuidado
es-

esta nueva me daría!
O descuido! Y cada dia
á tropas ván à penar.
Ay Jesus del alma mia,
Si me tengo de salvar!

Al contrario, si supiera,
que me habia de salvar,
qué cuidado en no pecar,
y en servir à Dios pusiera?
Pues lo que entonces hiciera,
Quiero hacer, y no pecar.
Ay Jesus del alma mia,
si me tengo de salvar!

Que es posible à Dios perder,
posible en pecado hallarme,
que es posible el condenarme,
y posible siempre arder:
Y sobre posible ser,
Puedo dormir, reir, y holgar!
Ay Jesus del alma mia,
si me tengo de salvar!

TA-

TABLA

DE LOS TRATADOS, y Capitulos contenidos en este Libro.

TRATADO I.

Que contiene las Adiciones al Combate Espiritual.

TRATADO II.

De la Paz interior, y verdadera senda del Paraìso.

TRA-

TRATADO III.

De las Meditaciones de los dolores mentales de Jesu-Christo nuestro Señor.

TRATADO IV.

Del modo de consolar, y ayudar á los enfermos á bien morir.

Cap.

FIN.

COMBAT
ESPIRIT

II


calibrite
colorchecker CLASSIC
mm